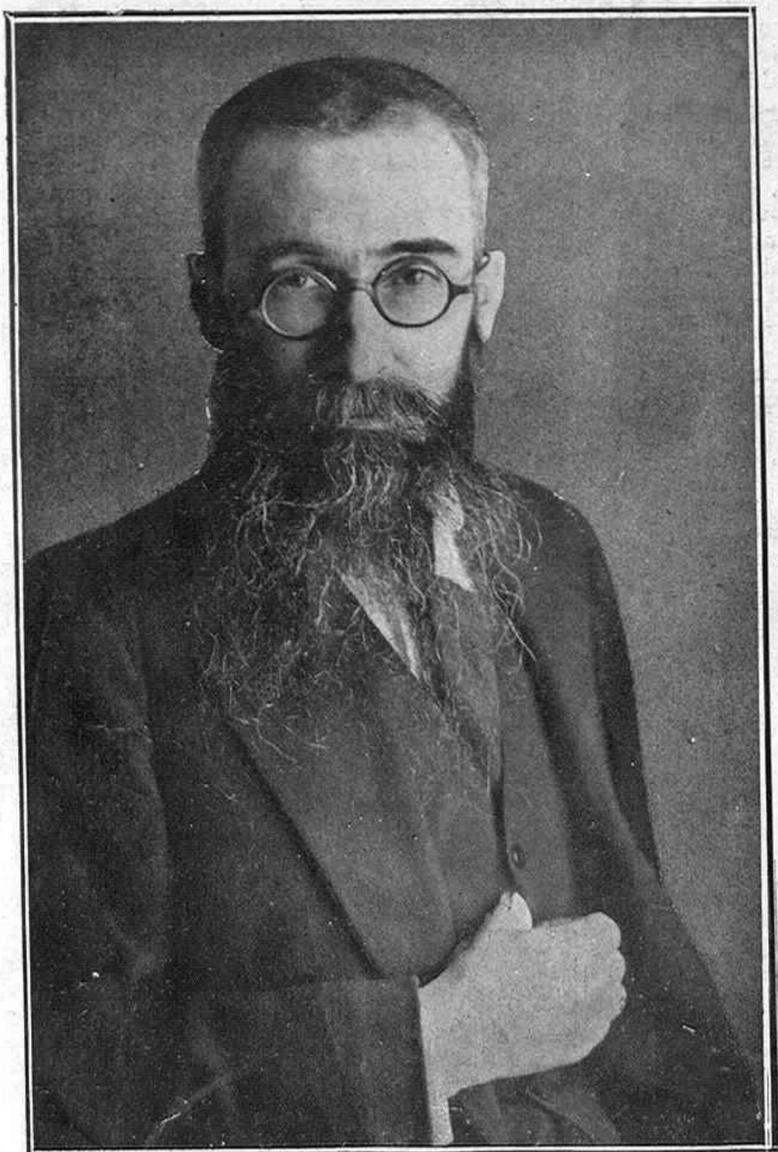


DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

TRES CANDIDATOS PARA UN SILLÓN



Don Ignacio Bolívar, siempre rodeado de libros y cuartillas, acumula saber suficiente para poder depurar el Diccionario, librándole de errores científicos



Don Ramón del Valle Inclán podría llevar al Diccionario aires revolucionarios, ¡que buena falta le hacen!

EVIDENTEMENTE, se puede llegar a ser académico de la Española por antigüedad: todo consiste en hacer sonar el nombre cada vez que suene una vacante y atenerse á un refrán que podría decir: «Candidatura que algo queda».

Después de todo, la perseverancia es también una virtud y tal vez una de las virtudes más académicas.

Salvo naturalmente cuando se persevera en el error... que es precisamente el caso de don Ramón del Valle Inclán, maldiciente perseverante y sin redención que, á juzgar por sus obras, jamás hizo á la Academia el honor de tenerla por maestra. Don Ramón en la Academia sería una nota discordante; poner la belleza por encima de las reglas ó hacer que la Belleza sea quien las promulgue en lugar de admitirlas, son cosas no sólo distintas sino contrarias en absoluto y de las dos la segunda es la única académica.

Valle Inclán sería capaz de pretender que el léxico fuese renovado revolucionariamente, aunque la revolución, como de un buen jaimista, hubiera de tener á veces sentido reaccionario. No se le concibe bien en un sillón sin que el sillón tome un poco aspecto de silla de montar, para que la pluma pueda ser esgrimida á guisa de lanzón. ¿Por qué interrumpir la dulce paz de las sesiones académicas?

Bolívar, que pasó su vida cazando insectos y clavándolos con alfileres en colecciones magistrales, bien podría cazar vocablos sutiles en léxicos nuevos de plumas frescas y fijarlos en el diccionario como en páginas entomológicas. Bolívar es, además, un «viejo académico» que llevaría á la Española las severidades científicas de la de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales: todo un vocabulario insólito, una lengua novísima que la Academia de la Lengua suele ignorar.

Bolívar, además, no es un hombre de ciencia hermetista, de los que disfrazan la penuria literaria con un abuso insoportable del tecnicismo: es, por el contrario, uno de los pocos que saben hablar de ciencia y exponer ciencia en castellano puro, claro y diáfano. Si comparásemos su estilo con el de muchos académicos, seguramente la superioridad estaría del lado del hombre de ciencia. Bolívar tiene, sobre Valle-Inclán, un mérito que seguramente apreciarán los «inmortales» de la Española: jamás ha dicho nada contra ella.

Martínez Kleiser llevaría á las sesiones la paz discreta, sin desafinaciones ni desentonos, de sus novelas gratas. Sería un académico más. ¿Sería? Será: todo es cuestión de tiempo.—A. M.



Don Luis Martínez Kleiser podría contribuir á formar un léxico discretito



«Azorín»



César Juarros



Julio Camba



Pío Baroja



Ricardo Baeza



J. María Salaverría



F. Villanueva



Luis de Oteyza

EL LIBRO POR FUERA

La presentación del libro español es, sin duda, muy superior al hispano americano, y no desmerece ni del italiano ni del francés. Pero está en condiciones de lamentable inferioridad con relación al libro alemán, al inglés, al yanqui y al ruso.

Esta inferioridad proviene, en primer término, del papel. ¿Por qué es tan deplorable la calidad del papel español? No bien se abren las páginas de un libro, con la plegadera, se pone uno perdido de hilachos y suciedad. El libro queda hecho unos zorros. Además, el papel pesa como el plomo. Un volumen de trescientas páginas, impreso en papel nacional, pesa más que tres ejemplares, de igual número de páginas, impreso en papel pluma inglés. Se comprende que esto encarece enormemente el franqueo y las tarifas de transporte. Con el importe de mil ejemplares, editados en nuestro país, envía el librero inglés ó alemán, ó el yanqui, tres mil ejemplares...

Otra tara del libro nacional, su invariable y anticuada presentación en rústica. Las ediciones en rústica van desapareciendo del mundo. Sobre nuestra mesa tenemos ediciones encuadernadas de Macmillan, de Hogder and Stoughtin, de Londres, de la University Press, de Oxford; de Longmans, Green and Co. de Nueva York, Londres y Toronto; de The Modern Library, de Nueva York; todas sencillas, pero elegantes y pulquerrimas, y ninguna más cara que las nuestras, en basta y horrenda pástica.

Aquí, fuera de las ediciones «Atenea», dechado de presentación, no sabemos de ninguna otra editorial que ofrezca todos sus libros encuadernados. Y es tiempo ya de que cese esta presentación mezquina, roñosa, de que se cuide el libro, tanto en su exterior como en su interior. Un libro en rústica es como un hombre en calzoncillos...

AVISO NECESARIO

Este resumen que ofrecemos no tiene pretensiones críticas. Como en años anteriores, en el presente hemos de limitarnos á enumerar, de entre los libros recibidos, aquellos que dejaron en nuestro ánimo alguna huella. La copiosísima producción libresca, cada día más crecida, plantea, no ya al crítico profesional, sino al simple y llano lector, un problema de tiempo y sinceridad. Leer cuantos libros se reciben, es ya un agobio. Hablar con la debida atención y el necesario espacio de todos ellos, un imposible metafísico. Encomendar la solución al azar, hablando de unos y silenciando á otros, algo que repugna toda conciencia honesta.

Cuando, no ha mucho, con ocasión del Premio Goncourt, se hizo una encuesta sobre el particular, Lucien Descaves confesaba «que habría que sortear las lecturas, como una lotería más.»

Otro problema, de crítica profesional, muy curioso; el de las dedicatorias. En el flamante y originalísimo semanario parisién «Bravo», Emile Henriot advierte «que es materialmente imposible á un escritor, no solo leer cuantos libros recibe, sino ni conservarlos.» Y propone para resolver el pleito, escoger los mejores, los de los amigos y los de los maestros, y enviar los demás á las librerías de viejo. (Henriot habla también de enviarlos á la casa de campo, pero en España el escritor no tiene casa de campo... ni de ciudad).

Ahora bien, ¿hay derecho á malbaratar un libro que se nos envía, dedicado y todo? Jean Ajalbert, también de la Academia Goncourt, para evitar remordimientos de arrancar la hoja autógrafa, y desgarrar el libro, ha puesto en su último volumen «Misterios de la Academia Goncourt», una página suplementaria, fuera de texto, en la cual página va la dedicatoria, que puede desprenderse del volumen sin dejar huella. Esto se llama curarse en salud. Y también haber sido cocinero antes que fraile...

POESÍA: CANTIDAD Y CALIDAD

Paradoja al canto; en plena época deportista, bancaria, materialista, pancista, en fin, los versos toman auge y se difunden por doquier. Amén de multiplicarse las reediciones de Bécquer, Rubén, Campoamor, Espronceda, etc., de acrecer los volúmenes de poetas nuevos, como Pedro Salinas, García Lorca, García Diego, Jorge Guillén, Moreno Villa, Alberti, Villalón, etc., de la serie de Antologías Poéticas lanzada por la Ibero-Americana de Publicaciones y en la cual serie van ya publicadas las de Salvador Rueda, Emilio Carrère y Cavestany, hay la moda impuesta por Berta Singerman de los «Recitales Poéticos», que con tanto fervor prosiguen Gloria Bayardo, Margarita Robles, Juanita Azorín, Regina, Alfredo Vargas, Gonzalo Valero Martín, González Marín, Juanito Martiánez, etc. Y hay también los «Intermedios Poéticos», de la Unión Radio, que cada día transmiten á millares de radioescuchas, estrofas de la poesía universal.

De manera que la Poesía pierde, acaso, en calidad; pero gana en cantidad.

Entre los volúmenes recibidos durante 1929, destacan, según nuestras notas, la «Antología», de Carrère, que fija, ya definitivamente, el rotundo perfil romántico, entre revolucionario y bohemio—tabardo de Villón y levita cerrada de Espronceda—del poeta de los vagabundos y de los burdeles, pero también del poeta de los autos de fe y de la barricadas.

Alfonso Camín, torrencial y espumoso, catarata lírica, ofrece en «Xochilt y otros poemas», panoramas policromos de un Méjico opulento y febril, y escenas astures de un sensualismo vigoroso.

Contrastes en tono menor, cordialidades en

* * EL AÑO

voz baja: «Lira del corazón», del cordobés Juan Soca; «Libro de Horas», de la mejicana Luisa Rubio; «Hojarasca», de J. Soler; «La clara senda», de Fernando Díez de Medina; «Ave, lira», de Francisco Ruiz Llanos. Ecos y resonancias con baluceos personales. Resplandores de llama antigua, con algunas chispas nuevas.

NOVELA: EVOLUCIÓN Y REVOLUCIÓN

Los maduros evolucionan. Los nuevos, revolucionan. Leyes fatales, de gravitación literaria, ya señaladas por el sutilísimo André Gide, ante el mito de Proust, se están cumpliendo inexorablemente en todos los países.

Por lo que toca á España, vemos cómo Pío Baroja, en su último libro «Nocturno del hermano Beltrán», destaca una modalidad evolutiva de humorismo en esos dos tipos admirables del sevillano y el bilbaíno, con una gracia sorprendente. La Risa surge á borbotones, como el agua de un caño henchido.

Por su parte, «Azorín», que en «Félix Vargas» y en «Blanco en azul», inicia una fina evolución hacia las vanguardias expresivas, llega en «Superrealismo» á ofrecerla cumplidamente. «Superrealismo» es la «prenovela»; serie de apuntes para redactar la obra. Más tan acertados y enlazados que recuerdan el soneto á Violante. Cuando el autor acaba el libro, podría repetir, con Lope: «Contad si son catorce... y está hecho».

Los dos libros de Blasco Ibáñez: «En busca del Gran Kan» y «El caballero de la Virgen», participan del mismo anhelo evolutivo hacia la modernidad, esto es, del mismo afán de inquietud por mejorar la obra, desechando actitudes definitivas.

Otro tanto acontece con Alberto Insúa, que en «El barco embrujado» afronta las dificultades de parajes nuevos, de ambientes distintos, con un fervor extraordinario. Y que en «El capitán Malacentella», procura y logra renovar los ambientes eróticos provincianos, renovando la amenidad.

Así, Fernández Flórez, en «El vendedor de glándulas», aprisiona el nuevo humorismo con la mano documental, en un tema de Voronof, dando á su libro ritmos cosmopolitas. Así, Luis de Oteyza, con «El diablo blanco» y «¡Viva el Rey!», muestra el dominio de lo exótico novelando ingeniosamente y deliciosamente países como China y Albania.

Así, también, Francisco Camba, que hace de «Una morena y una rubia» la novela de un Madrid casi inédito, pero tan castizo y real como el galdosiano. Así Francisco de Cossío, fino temperamento sthendaliano, cuya última novela «Clara», recoge la sazón de un estilo terso, ele-



Gregorio Marañón



Emilio Carrère



Francisco Camba



Fernández Flórez



Manuel L. Ortega



A. Hernández Catá



A. Royo Villanova



V. García Martí



Francisco de Cossio



Eduardo Barriobero



S. González Anaya



Mario Verdaguer



Mariano Tomás



Pedro de Répide



Juan Soca

LITERARIO

gante é ingenioso. Así, Mario Verdaguer, tan fértil en los temas intelectualistas, cuyas «Tres pipas» son un fino regalo de arte. Así, Eduardo Barriobero, en las carcajadas de «El airón de los Torre-Cumbre» y en las sonrisas de «La sonrisa de Themis». Así, Diego San José, con «Vida y milagros de Fernando VII». Así, Mariano Tomás, en «El anillo de esmeralda».

Vengamos ahora á los nuevos, á los «equipos» de avanzada, á los juramentados de la revolución estética. El fracaso de una generación que, como señalaba días atrás, en «Monde», Agustín Habaru, «ingresa en el orden conservador tras haberlo querido destruir sin dejar huella», da más valor, moral y literario, á los supervivientes de este naufragio universal.

En todas las modas estéticas—desde el «unanimismo», de Jules Romain, al «populismo» de André Therive, pasando por las zonas estruendosas del «dadaísmo», del «expresionismo», del «superrealismo», se ha producido igual fenómeno reaccionario. La colección de «L'Esprit», de «Les cahiers bleus», etc., son sus padrones de ignominia. El burguesismo ataca á las vanguardias como el agua regia al metal noble. Veinte años de un siglo nuevo, son veinte años de apostasías, conversiones ó, cuando menos, compadrazgos. Los de «menos de treinta años», que se mantienen verticales, significan, más que fuerzas literarias, principios éticos.

Todo ello hay que tenerlo en cuenta para enjuiciar sus obras, acorraladas de prejuicios y supersticiones. No es lo mismo escribir según la egoísta y altiva fórmula de «El Arte por el Arte», que según el mandato imperativo encerrado en aquella frase de Melanchton: «Si no vivimos para los demás, ¿para qué vivimos?»...

A esa literatura, cuya esencia está «en los demás», afluyen, por sendas diferentes, espíritus invulnerables á la apostasía, fortificados en la persecución, surcados de problemas sociales, como una noble frente, de arrugas. Y así, José Díaz Fernández, que, en las victorias de «El bloqueo», fué como un guerrillero bisoñamente temerario, ahora en «La Venus mecánica», es como el buzo audaz de esas aguas, con mar de fondo, que encubren la frivolidad moderna. En «La Venus mecánica», Díaz Fernández acierta á dar al César lo que es del César; esto es, amenidad en el relato, novedad en los episodios; pero también á Dios lo que es de Dios; esto es, conciencia del momento social, entraña del momento nacional... Responsabilidad... Profecía... Conjunción de la pluma y de la ética.

Y así, Joaquín Arderfús, que en «La Espuela»

se anuncia ya como un temperamento vindicador y en «Los principios iguales» como un flechero de sarcasmos, ahora en «Justo, el Evangélico»—serie de aguafuertes gorkianos, por la plasticidad y el vigor—robustece su condición de escritor con una novela implacable. Fantástico y sarcástico, como «Los Serapiones» rusos, deja los trillados caminos por las trochas, ásperas, pero vírgenes. Su novela es un «film» sonoro. Un «talkie», con canciones tristes y coros revolucionarios rugientes...

Y tras el coro revolucionario, el cuplé, picante, pimpante—«Ella, él y ellos»—de Antonio Botín. He aquí un auténtico, delicioso, fino, enterado vanguardista. He aquí, también, un libro con todo el aticismo antiguo y todas las desenvolturas nuevas. Toda la picaresca internacional—desde la hispano-americana político-financiera á la francesa del «menaje à trois»—está en él dibujado con pulso firme y dominio caricaturesco. Antonio Botín, parejo en la sutileza grotesca de Jules Supervielle y de Mac Orlán, los supera en inventiva y fluidez. «Ella, él y ellos» es, no sólo un acierto intelectualista, sino un acierto de «gran público».

Otro libro, del mismo género, también digno de franco aplauso: «Fragmentarismo», del uruguayo Antonio de Ignacio. Tipos y escenas en diez líneas, recuerda un poco «Le cornet á dés», de Max Jacob, el pontífice de la «menudencia». Más llano, por su condición novelesca, pero sin duda interesante por sus aportaciones de «bajos fondos», es «La ciudad blanca y azul», de Julio Cola. Cola fué secretario de Blasco Ibáñez, y vivió largos años en la Argentina; tiene, pues, documentación directa y personal. Su libro, —como «Buenos Aires, ciudad de placer», de Albert Londres— es revelador y sorprendente.

ENSAYOS.—CIENCIA, HISTORIA, LITERATURA, ARTE, POLÍTICA, SOCIOLOGÍA

El público español muestra un afán insólito por las lecturas culturales. No sólo de la novela viven ya los lectores hispanos. Leen «Ensayos» de todo género: científicos, literarios, artísticos, históricos, políticos, sociológicos, hasta financieros. El «Ensayo» que, desde Addison á Macaulay, fué algo genuinamente inglés, se ha trocado en el género moderno por excelencia. Participa del Periodismo y del Laboratorio. Es realmente el Tecnicismo diáfano por la Literatura; la Cultura dosificada.

Nuestro Balance anota un año específicamente «Ensayista». Especialidades insignes se incorporan á la cultura general por medio de ese tono «periodístico», que es el gran idioma moderno.

Así, Gregorio Marañón, el fino y ágil atalaya de los panoramas sociales, aporta esclarecidas normas científicas á los grandes problemas de «Amor, Conveniencia y Eugenesia», con una maestría insuperable. Así, César Juarros

—otro espíritu enciclopédico—adoctrina con sus magníficos estudios psiquiatras.

Otro gran vigía social, Angel Ossorio, dá en las «Bases para la reorganización judicial» un verdadero «Corpus juris», espejo de sagacidad política y erudición profesional. Otro maestro de la cátedra, Antonio Royo Villanova, desenvuelve en «La Regencia y el Derecho interno español» altas lecciones de legalidad y honestidad. Otro conspicuo de la política nacional, Cambó, nos ofrece en «Las Dictaduras», entre comentarios de vaguedad etérea, rotundas estadísticas, abrumadoras, definitivas, implacables para la tendencia oligarca.

Otro prestigio universitario, Quintiliano Saldaña, formula en «El momento de España» estados nacionales de picardía y corrupción con una valentía desusada y un noble y sutil sentido augur.

El periodismo militante coopera á este certamen de divulgación y enjuiciamiento con libros en que el «hombre de la calle», al pasar por la Redacción, reaviva y esclarece la actualidad. Así, Francisco Villanueva, con «El momento constitucional». Así, Salvador Cánovas Cervantes con «Soberanía Nacional y Monarquía absoluta». Así, Martín Jara con «El Rey y el Pueblo». Así, Alfonso Ayensa, con «El proceso de Sánchez Guerra».

De calidad científica pura, bien ornada de galas literarias, es el libro «El misterio de la vida», de Francisco López Ureña, cada uno de cuyos capítulos ostenta al frente una estrofa de Rubén.

Matizado de tonos filosóficos, rico en paradojas eruditas, el peruano Hector Velarde asoma por entre las páginas de «Tumbos de lógica» una personalidad recia. Fina de escorzos literarios, al amparo de un neo-clasicismo delicado y fuerte, aparece «La muerte es vida», del joven castellano Teófilo Ortega. Seráfica por su ardimiento es «La Mística» (estudio de almas), de «Halma Angélico», nuevo y raro pseudónimo que inicia una capacidad sensible y férvida.

Los libros de viajes acrecen con el reportaje «gran estilo» de Chaves Nogales, «Un pequeño burgués en la Rusia roja», buído de observaciones nuevas y de augurios audaces. Con «Los hebreos en Marruecos», gran acierto, de Manuel L. Ortega, prontuario étnico y folklórico de gran valor social y político. Con «Estampas guatemaltecas», del gran poeta gallego Rey Soto. Con «¡Sevilla!», de Rogelio Pérez Olivares, espléndida guía sentimental, lírica y gráfica. Con «La saeta de Abaris», donde culminan la erudición y el terso estilo de Pedro de Répide.

Julio Camba inaugura el «ensayo gastronómico», con ese ingenio, entre de Heine y Larra,



A. Ossorio y Gallardo



«Halma Angélico»



J. Díaz Hernández



Alfonso Camín



M. Chaves Nogales



Joaquín Arderfús



Quintiliano Sa'daña

que elegantiza cuanto toca. Su «Lúculo en casa de Lúculo», es el acrisolado inventario de la cocina universal, sazónada con las especias del donaire y con las sales del ingenio.

A su vez, ese infatigable polígrafo que se llama Dionisio Pérez, archiva en «El buen comer español», con su claro arte de periodista, el gusto, denso, áspero y sabroso, de la cocina nacional.

El ingenio de Joaquín Belda inventaría en «Vinos de España» toda una selección enológica, con su peculiar desenfado y gracia.

Y refrendando su progenie golosa, la interesante biblioteca de «Los clásicos olvidados», que dirige Pedro Sáinz Rodríguez, lanza «El libro de los guisados», de Ruperto de Nola, que fué «quien trajo las gallinas... y las salsas».

MEMORIAS, BIOGRAFÍAS, CLÁSICOS

Entre las «Memorias» del año destacan las del conde de Romanones, que, con el segundo volumen de sus «Notas de una vida», obtiene un éxito rotundo. Más de cincuenta artículos de firmas indistintamente derechistas ó izquierdistas atestiguan lo unánime del aplauso.

José María Salaverría logra con su «Loyola», afortunada estilización de una vida monumental, vencer las enormes dificultades de tan ardua empresa. «Loyola» es una «Vida novelesca» narrada con amenidad y brío.

María Teresa de la Parra, en las «Memorias de Mamá Blanca», estupenda novela de pasajes autobiográficos, aporta al idioma castellano un libro tan considerable, profundo y sólido, como «La gloria de don Ramiro», de Larreta. La insigne escritora venezolana, proclamada maestra por maestros como Unamuno, Vasconcelos, Gabriela Mistral y Francisco García Calderón, es un blasón para las letras hispanas.

Eloy Bullón ha revelado en «El doctor Palacios Rubio» una figura de letrado regalista anticlerical, recto en su democracia castellana, espejo de jurisconsultos y dechado de consejeros.

Hernández Catá, en su «Mitología de Martín», —aunque de estampas llenas de animación y emoción— profundiza en la vida trágica y múltiple, romántica y fiera, del Misionero de la Libertad cubana. Obra de poeta y de psicólogo, henchida de fervor, pero templada de discurso, la «Mitología de Martín» auna la Leyenda y la Historia con el lazo, fino y consistente, de un estilo cabal.

Prosigue «La Lectura» su preciada labor de divulgar los clásicos castellanos, en ediciones cuidadosamente anotadas. Durante el año 29 dió á la estampa: Cristóbal de Castillejo (Volumen II de sus obras); Bretón de los Herreros (teatro); Mateo Alemán (segundo tomo de «Guzmán de Alfarache»); Jorge Manrique (poesías); Arolas (poesías); Alonso de Valdés (diálogo de Mercurio y Carón), y Teresa de Jesús (Camino de perfección).

Igual noble misión cultural realiza la «Nueva Biblioteca de Autores Españoles», en su serie «Los Clásicos Olvidados», editando, durante el año último, obras tan verdaderamente raras y curiosas como «Dramáticos del siglo XVII»; Alvaro Cubillo de Aragón («Las muñecas de Marcela» y «El señor de Noches Buenas»); las «Obras completas de Álvarez Gato»; «Desengaño del hombre en el tribunal de la Fortuna»; «Philosophia secreta», del bachiller Juan Pérez de Moya; «Las apologías de la lengua castellana en el siglo de oro» y «El libro de los guisados», de Ruperto de Nola.

Debemos señalar, por su excepcional importancia, la revelación de un dramaturgo como el yanqui O'Neill, hecha en un esmerado prólogo, por una traducción fiel, de Ricardo Baeza. Las dos obras que integran el volumen—«El emperador Jones» y «Antes del almuerzo»—son originalísimas y de un vigor escénico sorprendente.

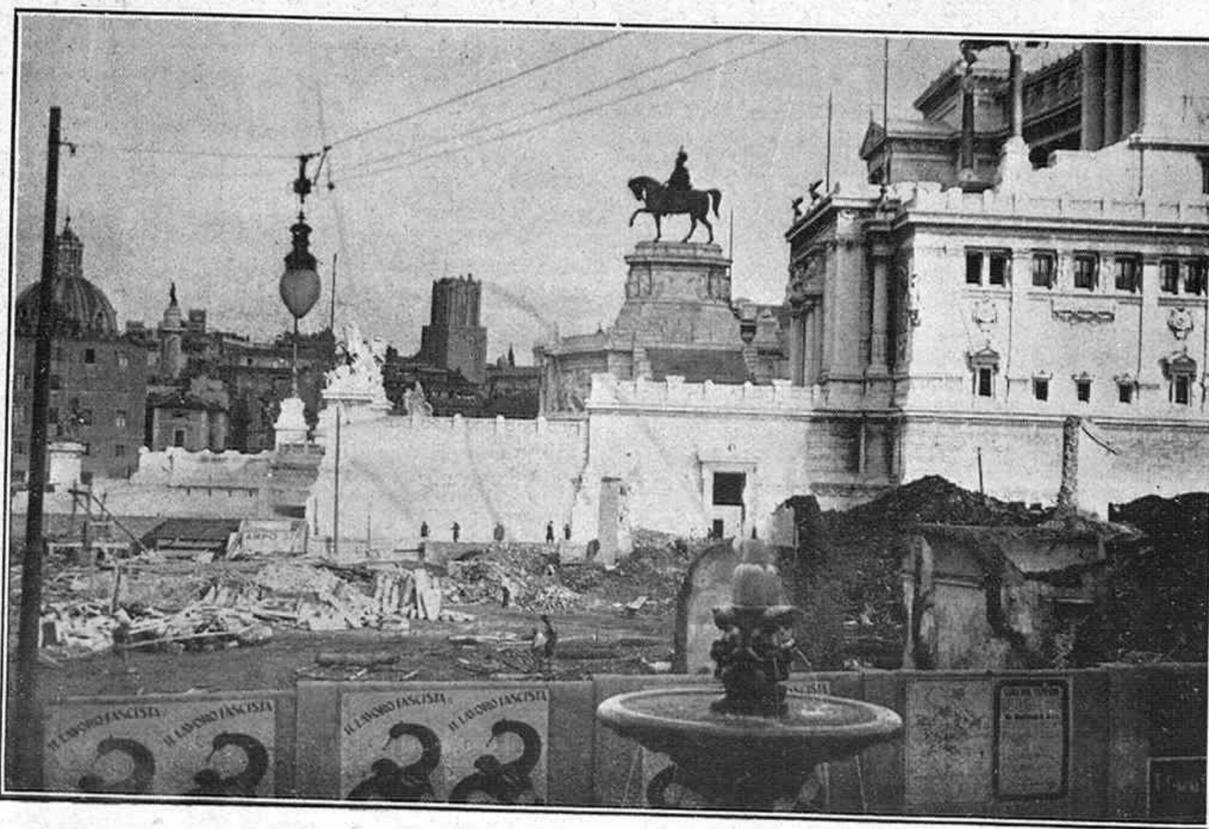
Antes de terminar, invocamos el nombre insigne de «Andrenio», poniendo bajo su advocación nuestros fervores por el libro.

Hecho nuestro modesto Resumen, pedimos perdón por sus muchas faltas, en gracia al propósito que nos impulsó. Que Dios, lector, te guarde y á mí no me olvide.

CRISTÓBAL DE CASTRO

LA OBRA DEL «DUCE»

Una nueva Roma resucitadora de la Roma clásica



Aspecto del monumento á Víctor Manuel durante las demoliciones que han de permitirle todo su esplendor

EL Duce tiene siempre puntos de vista elevados que determinan y requieren horizontes amplios, y tiene, además, empeño constante en hacer resaltar con máxima prestancia los aspectos monumentales de la vieja Roma.

Uno de sus empeños más intensificados durante los últimos meses, ha sido activar las demoliciones que habían de mostrar las construcciones de la Roma antigua, como el mercado de Trajano, y las que habían de abrir una gran plaza que diese la grandiosa perspectiva que merece al magnífico monumento á Víctor Manuel.

Limitaba el tiempo disponible para hacer esas demoliciones, sobre todo la que había de dar por resultado la gran plaza: la fecha fijada para el enlace del príncipe del Piemonte con la princesa María José de Bélgica; y las informaciones telegráficas han dado cuenta de cómo el plazo breve y perentorio ha sido, sin embargo, suficiente para que la transformación haya sido terminada.

El grandioso monumento adquiere así to-

da su magnificencia. La elevación de la figura culminante de él, colocada á 107 metros de altura, requería, para que esa figura tuviese todo su valor, una amplísima perspectiva que permitiera verla, y como á ella á la totalidad del monumento, á una gran distancia, vez y media, por lo menos, aquella altura total.

Para formarse una idea suficientemente exacta de la magnitud de la estatua ecuestre de Víctor Manuel, coronadora del monumento,

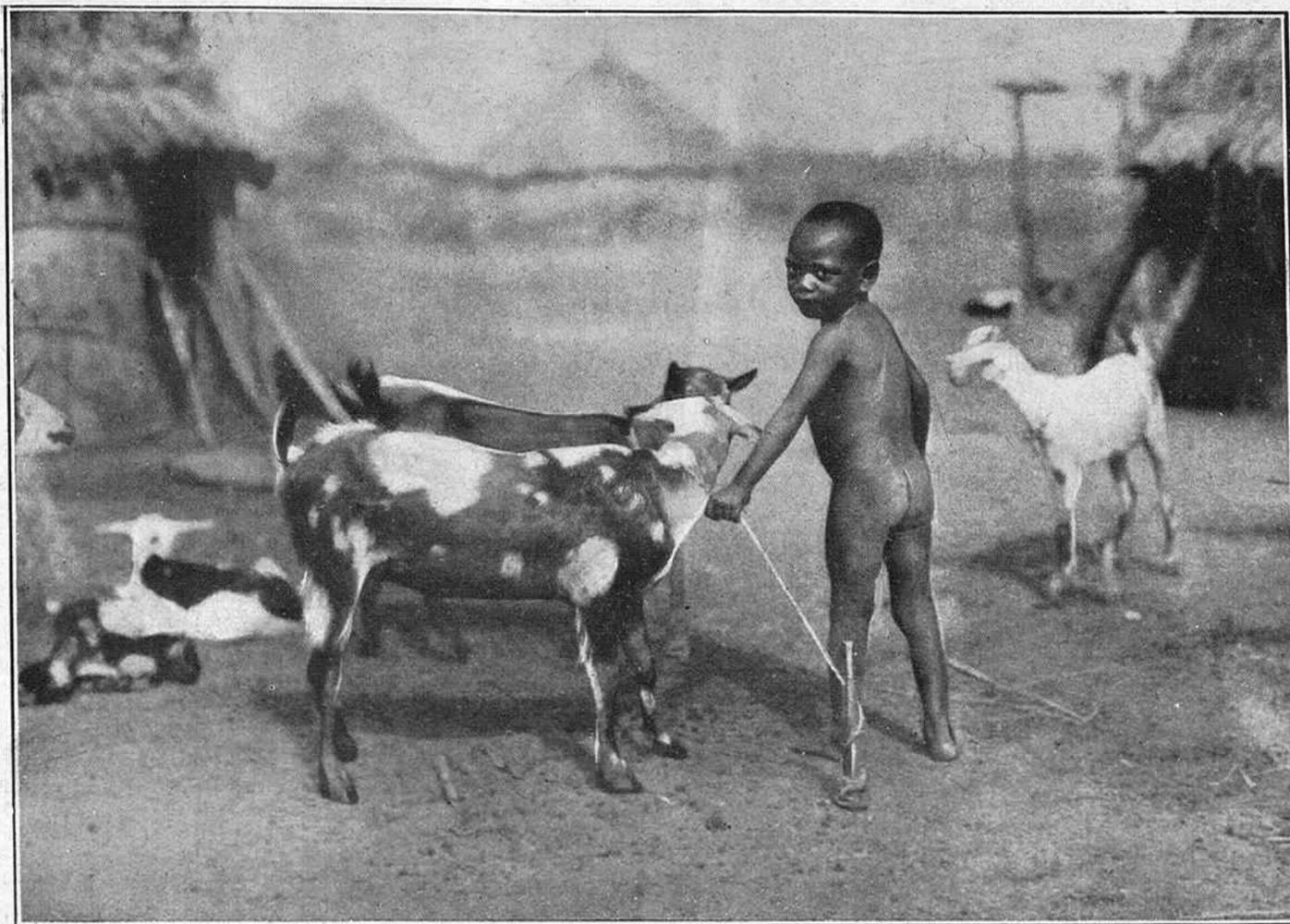
basta con ver la fotografía que publicamos, en que aparece un obrero limpiando una de las gigantescas patas del caballo. El hombre, que es, sin embargo, de talla muy elevada, aparece como insignificante ante la magnitud total del equino y más aún ante la talla de la estatua completa.

Dentro de un par de años, Roma presentará un aspecto nuevo, que, no obstante, irá admirablemente bien con el concepto clásicamente romano.

Mussolini tiene la penetración de las posibilidades actuales y el concepto patriótico arraigado en el conocimiento exacto de la antigüedad clásica.



Un obrero limpiando una pata del caballo de Víctor Manuel



Un negrito sudanés, para quien no llegarán los Reyes Magos, se sentirá feliz cuidando sus juguetes vivos
(Fot. Vidal)



LA SEMANA DE LOS NIÑOS

EL JUEGO FORMADOR DE HOMBRES

PPRIMERA semana del año: semana de los niños. Con el año que nace prima bien la humanidad naciente y no es mucho ocuparse de los pequeños, intensamente, durante seis días de los trescientos sesenta y cinco que tiene el año.

Hay que pensar, sobre todo, en los niños pobres, aunque los haya también ricos sin calor de hogar. La «vida de sociedad» está organizada para un mundo de adultos únicamente y ahora mismo *Pequeñeces* nos ha recordado, una vez más, que en todas las esferas sociales hay



Las lágrimas son un elemento fundamental del lenguaje que tiene la máxima universalidad: en todas partes son iguales y significan lo mismo. He aquí cómo lloran los niños negros de una tribu africana



La «American Legion» ha obsequiado á sus niños de París con una fiesta, en que hubo merecida representación de guignol y árbol de Noel. Las más altas personalidades de la «Legion», entre ellas Mr. Cab disfrazado de Padre Noel, asistieron á la fiesta

niños abandonados. Antaño, en una sociedad menos espiritualista que la actual, aunque su fama era mejor, sólo se pensaba, para alegrar las horas pascuales de los niños, en el pan del cuerpo; después, recordando que «no sólo de pan vive el hombre», hemos pensado en darles algo más y en todas partes se procura dar al niño la alegría espiritual, infinitamente más fina y sutil y por lo mismo más penetrante.

Fiestas para los niños, en que generalmente aparecen con figura corpórea y en acción los personajes legendarios que vienen de remotos lugares para traer á los pequeñuelos algunas horas de felicidad que tal vez después pagarán caras en la vida; funciones infantiles en teatros y circos, cortejos que recorren las calles fingiendo regias cabalgatas pródigas; por todas partes, el ensueño infantil de los Reyes Magos ó del Padre Noel, hechos carne y suficientemente pródigos aún para que los niños tengan en estos días tan suyos unas horas de dicha.

Tal vez los dones tan anhelosamente aguardados durante muchos días nos responden á lo que la rica imaginación inventó; pero la imaginación actúa también sobre ellos y los embellece: los niños hacen con los juguetes lo que más tarde harán hombres y mujeres con el ser amado: prestarle toda suerte de preferencias y cegar ante todos los defectos. Sin imaginación no podrían vivir chicos y grandes.

Las ciudades más populosas, convertidas durante diez ó doce días en inmensos bazares, revelan esa universal preocupación por la infancia, un poco febril y que tal vez por esta razón no es perdurable; si de élla quedase solamente lo necesario para dar á los niños una orientación fuerte y decisiva hacia un porvenir luminoso, la humanidad se transformaría muy pronto y los más nobles ideales tendrían no sólo posible, sino fácil realidad.

Si los hombres hiciesen de vez en cuando un hondo exámen de conciencia para buscar el origen remoto de sus ideas y de sus sentimientos, serían infinita y constantemente más humanos para los niños, porque se darían cuenta de la profunda huella que dejan las emociones, los dolores, los sufrimientos, al actuar sobre los pequeñuelos.

Una ley psicológica demostró, antes de Freud, que los recuerdos infantiles son los que perduran más tiempo, cuando la memoria va desvaneciéndose en la vejez y en la enfermedad y es trágico ver cómo en la agonía resurge también lo más remoto de la vida pasada: todos esos recuerdos lejanos, actuando con mayor ó menor fuerza, son los que constituyen el subconsciente freudiano, los que determinan las mentalidades diversas, los caracteres aparentemente incomprensibles, las dolencias menos explicables físicamente.

Por eso, tal vez sin darse cuenta, la Huma-

nidad muestra ahora un máximo en proporcionar á los niños días felices. ¡Lástima que otras preocupaciones y menos interesantes, por mucho que lo sean, dominen sobre esa durante la mayor parte del año!

Ningún espectáculo más lamentable que el de los niños llorando. Por fortuna en estos días hay que buscarle muy lejos. Los niños de las tribus salvajes lloran exactamente lo mismo que los más civilizados europeos; es el de las lágrimas, tal vez porque el dolor es también universal, el más universal de los lenguajes.

Los juguetes constructivos han sido este año los que más han sostenido la atención de los niños, y el más festejado en Alemania ha sido el que sirve para formar un enorme y complicado Dreadnought.

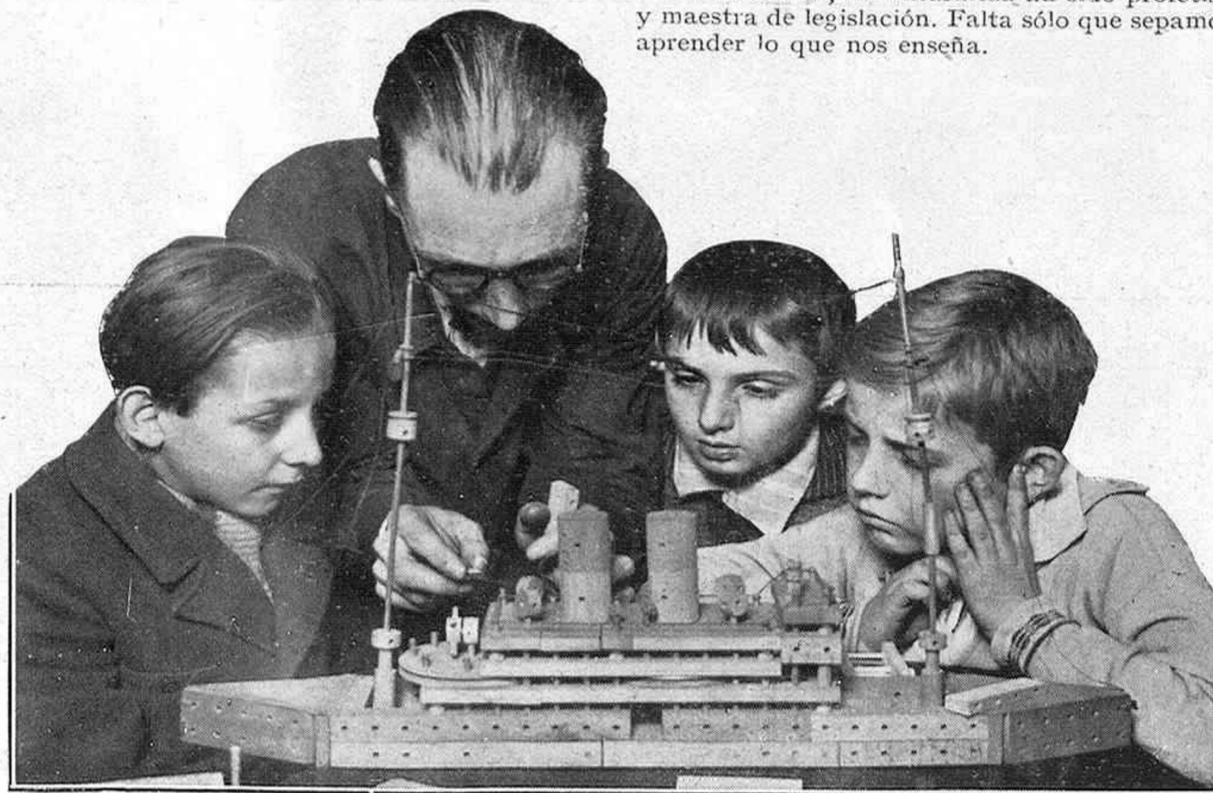
Por fortuna, en todos los demás países los juguetes belicosos han perdido la boga que antaño tuvieron, y el instinto combativo que aún perdura en la infancia como residuo ancestral, se difunde, más humanamente, en los deportes.

Nadie pone en duda hoy, efectivamente, la influencia decisiva que en la formación de los espíritus de los hombres tienen los juegos infantiles; por eso mismo extraña que, como tantas otras conquistas de la psicología infantil, esa del valor formativo de los juegos y, por tanto, de los juguetes, no haya sido utilizada aún en la educación.

Precisamente en estos tiempos de tan extraordinario, y en gran parte lógico, intervencionismo del Estado, en que se regula mediante leyes apropiadas la vida infantil, sería complemento de esas leyes la que adecuara la fabricación de juguetes, á lo menos en cuanto á elección de modelos, á las normas que la psicología infantil determinase como conducentes á la realización de un ideal de paz, bondad y belleza.

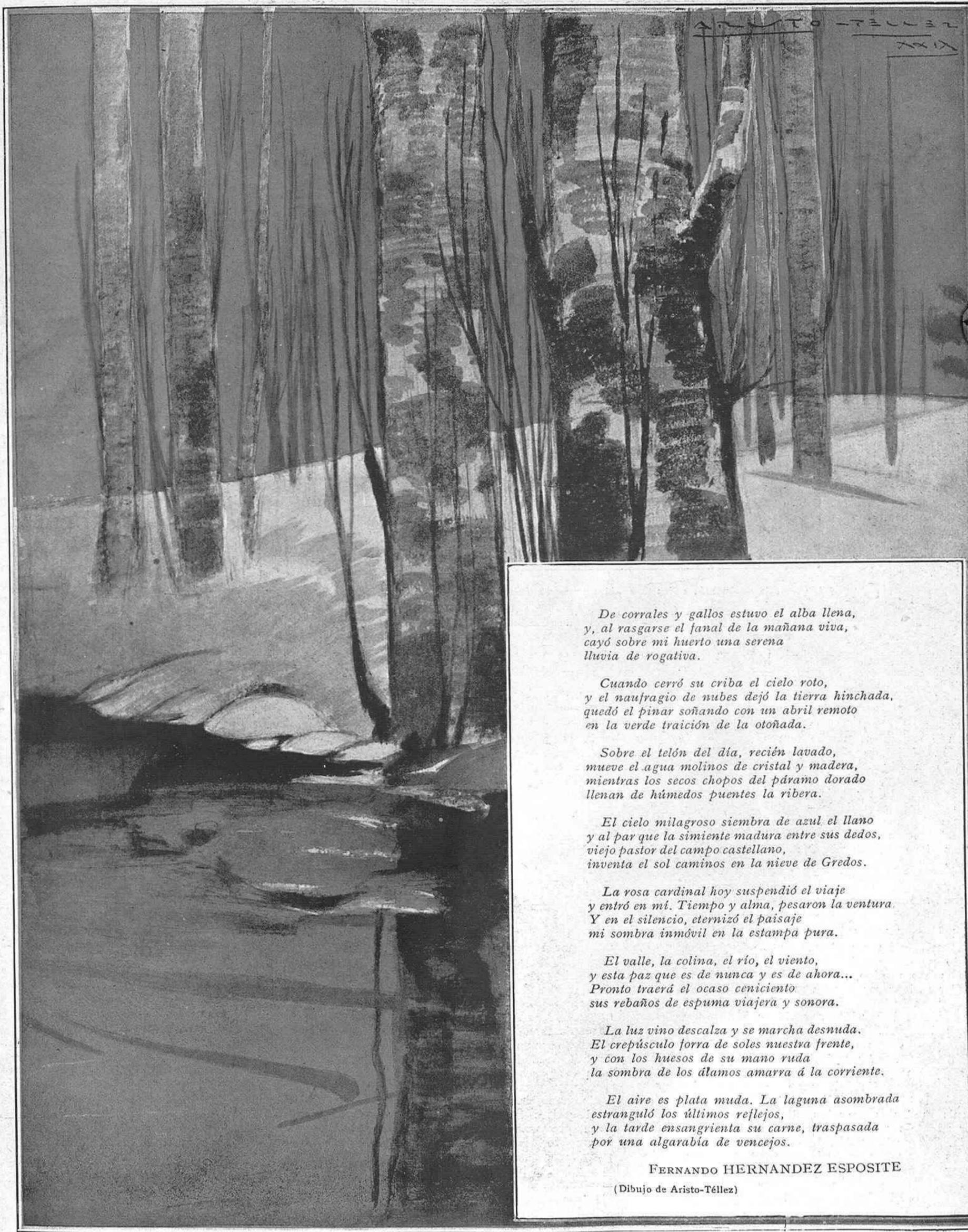
Las estadísticas señalan como un fenómeno natural, ya que en ningún país se han promulgado leyes en ese sentido, la decadencia de todos los juguetes que podrían significar imitación infantil de luchas crueles.

Una vez más, la Naturaleza ha sido profetisa y maestra de legislación. Falta sólo que sepamos aprender lo que nos enseña.



Alemania sigue mostrando afición á los juguetes belicosos: los mecanos y las construcciones los utiliza para mostrar á los niños la forma externa de los instrumentos de lucha

romanceso



*De corrales y gallos estuvo el alba llena,
y, al rasgarse el fanal de la mañana viva,
cayó sobre mi huerto una serena
lluvia de rogativa.*

*Cuando cerró su criba el cielo roto,
y el naufragio de nubes dejó la tierra hinchada,
quedó el pinar soñando con un abril remoto
en la verde traición de la otoñada.*

*Sobre el telón del día, recién lavado,
mueve el agua molinos de cristal y madera,
mientras los secos chopos del páramo dorado
llenan de húmedos puentes la ribera.*

*El cielo milagroso siembra de azul el llano
y al par que la simiente madura entre sus dedos,
viejo pastor del campo castellano,
inventa el sol caminos en la nieve de Gredos.*

*La rosa cardinal hoy suspendió el viaje
y entró en mí. Tiempo y alma, pesaron la ventura.
Y en el silencio, eternizó el paisaje
mi sombra inmóvil en la estampa pura.*

*El valle, la colina, el río, el viento,
y esta paz que es de nunca y es de ahora...
Pronto traerá el ocaso ceniciento
sus rebaños de espuma viajera y sonora.*

*La luz vino descalza y se marcha desnuda.
El crepúsculo forra de soles nuestra frente,
y con los huesos de su mano ruda
la sombra de los álamos amarra á la corriente.*

*El aire es plata muda. La laguna asombrada
estranguló los últimos reflejos,
y la tarde ensangrienta su carne, traspasada
por una algarabía de vengejos.*

FERNANDO HERNANDEZ ESPOSITE

(Dibujo de Aristo-Téllez)

Cómo se hace la Patria grande y respetable

El Diccionario tecnológico es la formación magnífica de una obra espiritual á la que aportan sus talentos los sabios sudamericanos y españoles

DECÍA *El Sol*, en un suelto publicado el 30 del pasado Octubre, lo siguiente:

«De ingeniería. Sobre terminología científica: En la revista *Ingeniería y Construcción* ha comenzado hace poco á publicarse una sección, «Cartas de nuestros lectores», cuyo interés lo demuestra, entre otras cosas, un escrito del ingeniero español Sr. García Díaz, residente en Méjico, lamentando la falta de términos científicos españoles de uso general con los cuales señalar observaciones al margen de los planos de ingeniería, notas técnicas, etc. En Méjico esa falta se suple con la terminología inglesa usada en los Estados Unidos, y es de suponer que ocurre lo mismo en otros países hispanoamericanos.

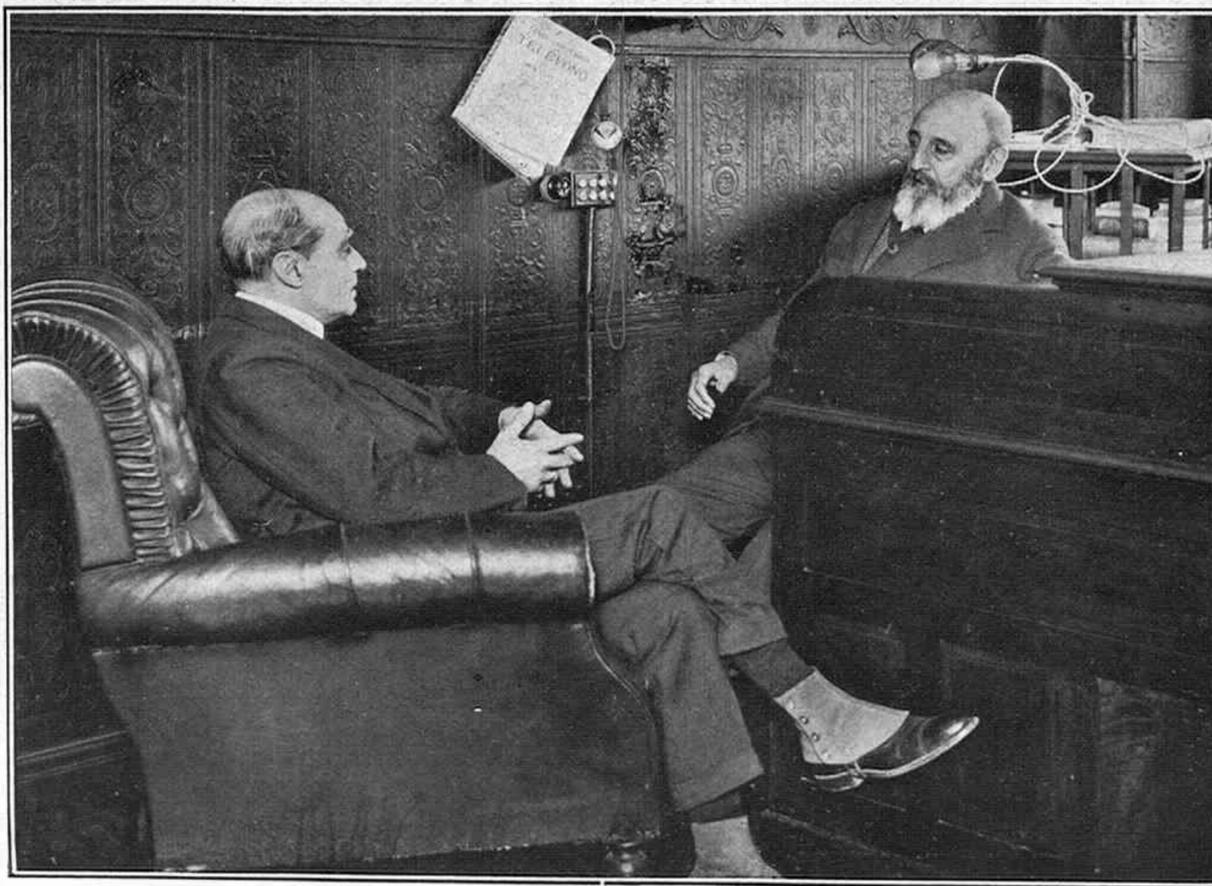
«El Sr. García Díaz cree que es un deber de los ingenieros españoles poner los medios para evitarlo, creando esa terminología y estableciendo su uso, por patriotismo y por amor á la propia profesión, que tan brillantes elementos cuenta en nuestro país y en los de habla española. *Madrid Científico*, que ha copiado una parte del escrito de *Ingeniería y Construcción*, añade por su cuenta: «Queremos recordar que para remediar en lo posible ese mal, se nombró antaño una Comisión oficial, presidida por el Sr. Torres Quevedo; mas ignoramos si ese organismo llegó á constituirse, y, en caso afirmativo, si su actuación ha dado algún fruto.»

«No habrá que decir—añade *El Sol*—que estamos de acuerdo con ambas revistas y que celebraremos mucho que la indicación del ingeniero Sr. García Díaz dé los mejores frutos.»

LA MISIÓN DEL PERIODISTA

La lectura del suelto anterior trae á mi memoria mis primeros devaneos periodísticos. Cuando yo desconocía el proceso ó desarrollo de un asunto público, en vez de buscar las fuentes informativas, preparaba mi batería de preguntas y ametrallaba con ellas al lector. Subido en los zancos de las interrogaciones, empezaba yo: «¿Qué hay de tal problema? ¿Se sabe algo de eso? ¿Se ha nombrado una comisión? ¿Y esa comisión qué hace? ¿Da fruto? ¿No lo da? ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre con ese asunto?...»

Hasta que un día una mano experimentada me tocó en el hombro. Y limpió de interrogaciones mis modestos trabajos, diciéndome: «—El lector sale de sus artículos como un pajarillo de la liria. Porque la misión de usted como periodista es informarle; es decir, responderle á sus interrogaciones, y no al contrario. Hay una palabra que debe usted llevar siempre escrita en su bloc, como las «empresas» en los antiguos caballeros. Y es esta: «¡Entérate!»



Los Sres. Torres Quevedo y Vizuete, presidente y secretario técnico, respectivamente, en la Unión Internacional de Tecnología, redactores del Diccionario Tecnológico. Torres Quevedo, el sabio español, ha puesto en esta empresa del Diccionario toda su inteligencia y autoridad para llevar á cabo su obra, que será orgullo de España y una prueba patente del valer extraordinario de nuestros hombres de ciencia

UNA PREGUNTA DEL SEÑOR GARCÍA DÍAZ Y TRES RESPUESTAS PERIODÍSTICAS

Porque los queridos colegas *Ingeniería y Construcción*, *Madrid Científico* y *El Sol* podían haber respondido al ingeniero español señor García Díaz, que su patriótico deseo de crear una terminología científica española está ya en parte realizado, y que en tan magna obra trabajan, en patriótica hermandad y con un noble desinterés, los sabios y hombres más destacados de Hispanoamérica en todas las disciplinas científicas.

El *Diccionario Tecnológico Hispanoamericano*, del cual van publicados cinco grandes cuadernos de 160 páginas (cada tomo contendrá cuatro cuadernos), es una magnífica tarea que pone bien de relieve la importancia de nuestro acervo artístico, la voluntad y el encendido afán de los sabios españoles y americanos por llevar á cabo empresa tan importante de cultura, y la tenacidad y el amor necesarios en sus autores, para no rendirse ante los grandes obstáculos que obstruyen el camino de las realizaciones científicas.

De la redacción del *Diccionario Técnico Hispanoamericano* está encargada La Unión Internacional de Bibliografía Científica. El proyecto de este organismo nació en Buenos Aires, con motivo del Congreso Científico internacional celebrado allí á mediados de Julio de 1910. Formularon sus bases los Sres. Barabino y Torres Quevedo, y para obtener, antes de someterlos al Congreso, la aprobación de todos los delegados de países de lengua española que en él figuraban, provocaron una reunión extraoficial, á la que todos ellos fueron convocados. Y allí, por fervorosa aclamación, fueron aprobadas las siguientes bases:

1.^a Se constituye una Unión internacional hispanoamericana de Bibliografía y Tecnología científicas, al efecto de reunir, catalogar y fo-

mentar las publicaciones científicas en lengua castellana, y cuidar, mantener y perfeccionar el tecnicismo de las ciencias.

2.^a La Unión estará representada: a) por una Junta internacional de Bibliografía y Tecnología científicas; y b) por las Juntas nacionales de los países que constituyen la Unión.

3.^a La Junta internacional tendrá su residencia en Madrid, y estará formada por los delegados de las Juntas nacionales. Los delegados serán nombrados por los Gobiernos de cada país, á propuesta de la respectiva Junta nacional; cada Gobierno podrá nombrar el número de delegados que estime oportuno, pero no tendrá en la Junta más que un voto.

4.^a Las Juntas nacionales se constituirán en cada país en la forma que el Gobierno respectivo estime más conveniente.

UN DISCURSO DE RECEPCIÓN DEL SEÑOR TORRES QUEVEDO

Al llegar á España el Sr. Torres Quevedo, de vuelta de América, el sabio español, que ha puesto en esta empresa todo su valer y autoridad, tropezó con la frialdad y apatía gubernamental hacia estos problemas. Su esfuerzo se estrellaba ante la fría muralla de la incompreensión de los políticos. Y así transcurren diez años, en que, al fin, las cosas cambian al elegir la Academia Española miembro suyo, en la vacante de Pérez Galdós, al Sr. Torres Quevedo. Este, que no cesaba en su propósito nobilísimo, al leer su discurso de recepción, dijo que su escasa cultura literaria no le permitía desarrollar en él un tema apropiado á las circunstancias, y, contando de antemano con el beneplácito de la Academia, lo había substituído con la exposición de un proyecto. Dió cuenta de éste, y para justificarse de su aparente incuria durante tantos años, habló de las grandes dificultades administrativas que había encontrado.

Desde aquel momento, gracias a la protección cordial y eficaz de la Academia y muy especialmente de don Antonio Maura, que entonces la presidía, se resolvieron fácilmente todas las dificultades administrativas. El señor Allende-Salazar, por entonces presidente del Consejo, firmó el 19 de Abril de 1921 el R. D. nombrando la Junta Nacional española.

EL PRIMER CUADERNO DEL DICCIONARIO

El año de 1926 se publica el primer cuaderno del *Diccionario Tecnológico Hispanoamericano*. Con este motivo se celebra una solemne sesión en la Academia Española, presidida por el Rey. En ella, D. Pelayo Vizuete, eminente polígrafo que dedica su vida y su talento á los trabajos del *Diccionario*, hace un admirable discurso. Y dice: «¿Qué significa un Diccionario Tecnológico?»

¿Qué especie de función puede representar un Diccionario en la mecánica de la cultura científica? En el estado actual de la lexicografía técnica, esas dos palabras, Diccionario Tecnológico, significan algo ingente, algo formidable que hace vacilar las voluntades más reciamente disciplinadas: significan una *revisión* y, en buena parte, una *renovación* de la técnica científica; es decir, algo que, para ser considerado como resultante eficaz, exige la feliz concurrencia de muchas fuerzas poderosas que actúen á un tiempo en la misma dirección y en el mismo sentido.

«La razón de este significado es evidente: acaso no exista un sabio español que no se haya lamentado alguna vez de la falta de un vocabulario propio y lo más completo posible de su ciencia; expresivo, adecuado y justo en la denominación de muchas cosas ó acciones que no tienen nombre, ó que lo tienen dudoso ó erróneamente adoptado, y que hacen suspender la tarea en el silencioso estudio del erudito, ó en las perseverantes, á veces gloriosas, investigaciones de laboratorio del físico, del químico ó del biólogo.»

Y añade el Sr. Vizuete:

«De la redacción del *Diccionario Tecnológico* están encargados muchos de los hombres de más limpia ejecutoria de la ciencia en los dominios de habla española. Para dar á esta incomparable obra nacional, escrita por trescientos sabios de España y de todas las repúblicas hermanas de América, el carácter de armonía y coordinación que exige todo libro hecho con amor y conciencia, tan ilustres colaboradores se han agrupado en secciones, y, al modo como las laboriosas abejas van llevando á la colmena común la dulzura de sus mieles para llenar los panales, cada una de aquellas acude á la institución central á llevar sus papeletas, las cuales, después de revisadas y con las notas y observaciones que considera oportuno hacer la Comisión de revisión de originales, se redactan definitivamente y se llevan al fichero, no sin haber puesto previamente en ellas las etimologías correspondientes, excepto en aquellos casos en que á pesar de toda la diligencia de nuestro esfuerzo inquisitivo, nos vemos desairados por la fortuna.»

LOS QUE COLABORAN EN LA GRAN OBRA

La falta de espacio hace que se constriña el periodista, bien á pesar suyo, pues hay temas como éste en el cual el reportero tiene el patriótico deber de ser «pesado».

La Junta directiva del *Diccionario* está compuesta por D. Leonardo Torres Quevedo, presidente de la Unión; D. B. Fernández y Medina, ministro del Uruguay, vicepresidente; D. Enrique González y Martínez, mi-



La Secretaría de la Unión Internacional de Tecnología, con el personal auxiliar, en una de las horas de trabajo más intenso

nistro de Méjico, vicepresidente; D. Manuel S. Pichardo, consejero-ministro de la Embajada de Cuba, secretario; D. Alberto Urbaneja, consejero de la Legación de Venezuela, secretario; y redactor-jefe del *Diccionario*, D. Pelayo Vizuete, ex director del *Diccionario Enciclopédico Hispanoamericano*. Son colaboradores de las distintas secciones los Sres. D. José María Plans y Freyre, D. Luis Octavio de Toledo, D. José G. Alvarez Ude, D. Pedro Carrasco Garrorena, D. José A. Sánchez Pérez, D. José María de Madariaga, don Blas Cabrera, D. José Rodríguez Mourelo, don José Martínez Roca, D. Santiago Ramón y Cajal, D. Francisco Tello, y Sres. Villaverde y Fernando de Castro, D. Joaquín María Castellarnáu, D. Ricardo García Mercet, D. Lucas Fer-

El redactor-jefe, D. Pelayo Vizuete, trabaja hundido en la trinchera de papeles y de fichas. No es un hombre adusto ni desgarrado, sino de atuendo cuidado y exquisito trato. Amablemente me dice:

—Se ha hecho para el *Diccionario* un índice-guion que tiene aproximadamente 300.000 voces. El trabajo preliminar ha sido enorme. Usted sabe que siempre que se quiere publicar un diccionario, existen predecesores que sirven de apoyo, de orientación y de guía. Para éste no lo hay, y la mayor parte de los trabajos son de obras especiales, de distintas disciplinas, de revistas, etc. Hace tres años que se publicó el primer cuaderno, y desde entonces acá hemos lanzado cinco. Ahora pensamos intensificar el esfuerzo hasta realizar el propósito de la Junta de dar á la publicidad anualmente dos tomos (cada tomo, como hemos anotado más arriba, tiene cuatro cuadernos) y poder dar por terminada la tarea en el plazo de cuatro años. En ocho naciones americanas tenemos constituidas Juntas colaboradoras del *Diccionario*, y en otras muchas más repúblicas se están reuniendo valiosos elementos con este mismo fin. Este es un trabajo fraternal, al que contribuyen cordialmente los hombres más destacados de la ciencia hispanoamericana; es la formación de una obra espiritual á la que aportan sus talentos los sabios sudamericanos y españoles.

El Sr. Vizuete hace un fervoroso elogio del presidente, Sr. Torres Quevedo. Yo aprieto su mano y salgo pensando en la labor callada, silenciosa, recoleta, de estos hombres, que de espaldas al ajetreo humano, cargado de frívolos afanes y de apetencias materialistas, trabajan denodadamente, echando con sus oscuros heroísmos los jalones de una patria grande y respetable.

H. R. DE LA PEÑA
(Fots. Cortés)



Don Pelayo Vizuete, Secretario técnico de la Unión Internacional y Redactor-jefe del Diccionario y eminente polígrafo, que dedica su vida y su talento á esta labor científica, tan admirable y tan patriótica





EL PINTOR EN EL BARRIO

UN gato atigrado, con pupilas de oro, le seguía los pasos.

Y su escepticismo le espoleaba haciéndole mirar cruelmente las callejas estrechas, envenenadas de prestigio. Era la hora en que los adoradores del «barrio» le encontraban la máxima belleza. Las tres de la madrugada en el mes de Mayo. Es decir, la hora en que Sevilla «pela la pava» en Santa Cruz.

Aquella noche, primera de su estancia en la tierra andaluza, rechazó las compañías que se le brindaron, y fué solo, para librarse de influencias extrañas, para no escuchar ni una palabra de literatura. Quería contemplar fríamente aquel trozo de ciudad antigua, que el apasionamiento meridional convertía en «alma recóndita» de la ciudad nueva. Iba en crítico, con la censura afilada en los ojos, recogida en los labios. Todas las grietas, todos los desconchones tuvieron su mirada. El hombre de su tiempo buscaba inútilmente la belleza de «aquello». ¿Es que el romanticismo no sabía vivir en avenidas amplias y en casas confortables? ¿Por qué buscar su ambiente en lo sórdido?

¿Y qué dirían ellos, los que le hablaron del «barrio» con tanto entusiasmo, al saber su opinión?

¡Sólo por sugestión, de la que él huía para ser imparcial, pudieron convertirlo en reliquia sus admiradores!

Y continuaba el reconocimiento con una hostilidad inconfesable.

El gato iba dibujando sus pasos al compás de los pasos del hombre, clavando en él sus ojos con burlona curiosidad. Era el único ser animado que hablaba de vida entre aquellos muros, y en las pupilas de oro se encendían reflejos febriles, interrogaciones luminosas.

«¿No te gusta esto?—parecían decir—. ¿Por qué te obstinas en desdeñarnos? Yo he sido espectador de muchos nocturnos románticos. He

visto prenderse en muchas miradas la chispa contagiosa de la ilusión; pero nunca me he asomado á unos ojos tan desencantados como los tuyos!»

Un gesto brusco del pintor alejó al gato vertiginosamente.

—El encanto comienza—bromeó aquél, mientras su escepticismo le impulsaba á descifrar el arabesco plateado donde las calles eran como espacios de luz entre el misterio confidencial de las casas.

Al llegar á una plaza cargada del aroma de las «Damas de noche», se sintió cansado y se dejó caer en uno de los bancos que rodean los jardillos. Y sintió sed al descubrir la fuente que adornaba el centro de la plaza.

Un airecillo suave exaltó la violencia del perfume, que las paredes blancas sintieron resbalar sobre sus lienzos, decorados fantásticamente por las pinceladas azules de la luna.

Al cabo de unos minutos pulsaba ya los sonidos del recinto, y se sintió atraído por un rumor suave, como un crujido de maderas finas. Orientado por él, llegó hasta el ángulo formado por una de las casas que limitaban la plaza, y quedó parado ante la última reja que daba sobre aquel lado de la fachada. Una celosía escrupulosamente cerrada protegía la estancia baja de miradas indiscretas. La alta estatura del pintor sobrepasaba el límite impuesto á la curiosidad, y sin escrúpulos de cortesía, en hombre primitivo ante la soledad alucinante que le rodeaba, y en la que sólo aquel espacio luminoso que se alzaba sobre la suave clausura de la celosía hablaba de otra existencia contemporánea, miró ávidamente, con olvido absoluto de la discreción.

En la sala de paredes blanquísimas y techo de vigas oscuras, unas cortinas de damasco rojo y unos cuadros de tonos sombríos, en los que su pericia reconoció inmediatamente obras notabilísimas de la escuela española, ponían un sello

monacal, que los candelabros—con bombillas!—que la iluminaban contribuían á aumentar.

Al lado de la reja, sobre una mesa de nogal, un jarrón de cerámica trianera sostenía un ramo de rosas.

Inmediata á la mesa, una muchacha, con una almohadilla apoyada en la falda, manejaba suavemente unos bolillos finos y largos que iban tejiendo su blonda de seda sobre la tira roja que marcaba el dibujo. Tenía la cabeza inclinada, y el pintor sólo podía ver su cabellera oscura recogida en la nuca, y la maravilla de sus manos, pálidamente doradas, recogiendo en el aire, con la flecha breve de los alfileres, las sutilezas del encaje.

Quizá sintió sobre ella el magnetismo de los ojos del indiscretísimo noctámbulo, porque se estremeció nerviosamente y tuvo un movimiento rápido de retirada.

El no pudo contemplarla como hubiera querido, ante el temor de ser descubierto, é inició el regreso melancólicamente.

La madrugada le sorprendió antes de llegar al hotel, y pudo ver sus manos señaladas aún por los hierros de aquella reja.



Volvió muchas noches á la plaza de Doña Elvira. Conocía ya todos los itinerarios del barrio laberíntico, todos sus rincones misteriosos, todas sus leyendas. Una noche, la siguiente á su descubrimiento, al pasar por un puesto de flores, se dejó convencer por la florista, que le brindaba unos claveles para su novia. El sonrió con la esperanza de poder ofrecérselos á alguien; pero la reja de la casa blanca no se abrió aquella noche, y á la madrugada, cuando se retiraba decepcionado, dejó las flores rojas ante un retablo, en el que ardía una luz alumbrando una imagen de Nuestro Señor.

Durante muchos días hizo propósito de no volver por caminos que le inquietaban demasiado; pero, con las luces del crepúsculo, sus proyectos quedaban reducidos á una claudicación. Volvía. Aunque inútilmente, porque las ventanas que le interesaban permanecieron obstinadamente cerradas. Llegó á irritarle como un insulto su hermetismo burlón, y trató de forzar la barrera puesta á su deseo, quebrantando el secreto de aquellas puertas.

Indagó, sin tratar de ocultar su interés, quienes eran los dueños de la casa, y le informaron con toda clase de detalles. Se trataba de un matrimonio linajudo que hacía recaer sobre su hija única la pesadumbre de cuatro ramas nobilísimas. La muchacha era joven y bonita—¡ya lo sabía él!—, y los padres cumplían celosamente la obligación de vivir como millonarios. Esto no le interesaba al artista. Lo que quería saber era por qué las puertas de aquella casa le ocultaban ahora las veladas románticas de su dueña. Y su informador le habló de un viaje emprendido en fecha que coincidía exactamente con la que él guardaba.

Todas estas noticias se las dió un sevillano amigo, que ocultaba muy discretamente esa sonrisita especial de los que están en el secreto, antes que el propio interesado; sonrisa que no quiso ocultar el día que le anunció «para la misma tarde» la presentación de la causante de sus inquietudes sevillanas.

—¿Ha llegado ya? —preguntó él, impacientísimo.

—Pero, ¿tú creías que se había marchado? —le contestó el otro, guasonamente zahorí.



Rafael Frontera estaba nerviosísimo.

Entre la fila de automóviles que desfilaban por Las Delicias no habían conseguido encontrar á la que buscaban. Si ahora, entre el bullicio del público, se les escapaba también, se aguaba la presentación.

Marianito Alday le tranquilizaba.

—No te preocupes, hombre, que ella ha de venir.

—¿Seguro?

—Segurísimo. Desde que inauguraron en el parque esta sucursal de la casa de te, no ha faltado ni un día, mientras ha estado en Sevilla.

—Pero, ¿en qué quedamos? ¿Ha viajado ó no?

—No hagas caso á éste—le aconsejó, evasivo, Carlos Hernán.

—Además, estamos colocados en el punto estratégico de la terraza—añadió Mariano, desentendiéndose de interrogaciones—. Desde aquí no se nos escapa nadie.

Rafael, á pesar de todo, no estaba tranquilo. Marianito Alday, con un conocimiento admirable de la situación, se despidió de ellos.

—¿Por qué te marchas?—le preguntó el pintor.

—Me aguardan mis ocupaciones—se excusó él—. Y quedas en buena compañía.

—Como quieras.

—Hasta luego, entonces.

—Vete con Dios, hombre.

Antes de perderse de vista, se volvió el amigo para señalarles un coche, á cuya ocupante saludó familiarmente.

—Ahí está—le previno Carlos.

—¿Ella?

—Sí.

El *auto*, un último modelo niquelado y bruñido como un estuche, hizo una maniobra habilísima y paró muy cerca de donde se encontraban los dos amigos.

Rafael Frontera vió á Carlos acercarse á la conductora para ayudarla á bajar, y se en-

contró en seguida ante una mujer, maravillosa.

—Mariquita Aguilares... Rafael Frontera...

—¿El pintor?—preguntó la muchacha.

—El gran pintor!—subrayó Hernán.

—Encantadísima! ¡No sabe usted lo que corre su nombre entre nosotros, aunque á usted no le interese nuestra admiración!

—Señorita, ¡por Dios! ¿Esa fama tengo?

—¿Como español, no es muy buena!

—Pues se equivocan los que me juzgan.

—Yo rectifico desde ahora.

—Y yo se lo agradezco profundamente.

Rafael, contemplando á Mariquita Aguilares, se preguntaba, sorprendido, si era esta mujer la misma que él esperaba. Su silueta menuda se perdía en la butaca de mimbre, envuelta en un amplio chaquetón de antlope con cintura claveteada de plata. Sus manos estaban ocultas por la piel áspera de unos guantes mosqueteriles, y bajo el casco de fieltro, ceñidísimo, recortado en la frente con arbitrariedad geométrica, asomaban dos ondas oscuras muy pegadas al rostro, y un pico recortado sobre la nuca.

Un momento, al descubrir sus manos—¡las



bellas manos, pálidamente doradas!—; un instante, al inclinarse con una gracia noble, recobraba el romántico empaque de la noche romántica; pero en seguida la perfecta modernidad de la unigénita de Aguilares borraba el parecido.

Carlos Hernán debió advertir también una gran mudanza en su amiga, porque le preguntó, extrañado:

—¿Qué es lo que veo, Mariquita? ¿Te has cortado el pelo?

Ella, como si se tratase de la mayor victoria de su vida, confirmó, con un suspiro de satisfacción:

—¡Al fin, hijo mío! Parece mentira que mi madre, tan moderna, tan tolerante, no transigiera en ese terreno.

—¡Eran maravillosas tus trenzas!

—¡Pero completamente anacrónicas!

El pintor meditaba en la gran influencia que debió sufrir esta aristócrata ultramoderna, á la que él había imaginado tan distinta, tan «completamente anacrónica», para acomodar su ambiente actualísimo al ritmo quimérico de un encaje, de abolengo lejano.

Después de una tarde pasada, como tantas otras, en una charla clara y fácil, llena de inge-

nio é ironía, se despidió de la muchacha, decepcionado, y cuando Carlitos comenzó á elogiarla, él le atajó sinceramente, con una rudeza inesperada:

—Chico: perdona, pero, ¡no me interesa ya!

El otro, sin dejar asomar su sonrisa, contenida al filo de los labios, trató de sorprenderse.

—¿Es posible? ¡Con el entusiasmo que tenías!

—¡Ya ves!

—Lo que veo es que te desilusionas fácilmente, porque Mariquita es encantadora.

—Sí—concedió muy vagamente.

—¡Ay, Rafael, no sabes tú mismo lo que quieres!

—¡Ahora sí; ahora lo sabía!

Carlos Hernán no quiso decirle que él también lo sabía; que su desilusión era cosa prevista por sus amigos. No quiso decirle muchas cosas.



Rafael Frontera volvió á pasear por las callecitas estrechas y floridas, en busca de la plaza de Doña Elvira, y estuvo contemplando desde lejos la ventana cuyas rejas señalaron sus manos una noche.

Esperando inconscientemente, vió encenderse la habitación y escuchó mucho tiempo, queriendo adivinar el rumor suave de los bolillos, chocando entre los dedos finos de Mariquita Aguilares; pero el silencio claro de la plaza no se turbó con ningún ruido. Sintió la tentación de acercarse, para arrancar de nuevo á la celosía el secreto de su intimidad, y el recuerdo de su desencanto le hizo vencerse fácilmente.

Volvió sobre sus pasos, y se encontró, sin proponérselo, ante la cruz de hierro de la plaza que da su nombre al barrio.

Estuvo contemplándola mucho tiempo, primero con interés artístico, ganado después por la emoción mística del lugar infinitamente bello.

Permaneció abstraído, ensimismado, lejos de la vida y de sí mismo, tremendamente triste, loco de nostalgia y de anhelos, ambicioso sin saber de qué.

Al cabo se arrancó de allí y salió á los jardines. Un gato atigrado le seguía los pasos. En el oro de su mirada se encendían chispas de inteligencia. Era comprensivo y amable. Con guiños felinos que sembraban de esmeralda sus ojos, acompañó al artista confiadamente, seguro de que esta vez no tendría que huir ante su gesto huraño.

En una glorieta, un surtidor lanzaba al cielo su hilo claro como un arco de plata, y el aire quebraba su impulso, lanzándole vencido á besar en su taza á las estrellas, que se contemplaban en el temblor del agua.

Y este agua vibrante refrescó en el alma del pintor sus dolores oscuros, y ya no supo si sentía la pesadumbre de los siglos ó su impulso gigante, porque le sacudieron ráfagas de optimismo y se despojó de la carga inútil de su cansancio, estremecido ante la noche saturada de esencias fecundas.

Fué el sol, incendiando en su brasa los perfiles de la ciudad, quien le borró en los ojos el ensueño.

Y recordó las palabras de Carlos, desprovistas de sentido hasta entonces:

«Pero, ¿tú creías que se había marchado?»

Se marchó la mujer, no la sugestión que le amarró una noche á su reja. Esa quedaba en la ciudad, ganando sutilmente el ánimo de Rafael Frontera, que, como todos los luchadores nobles, confesaba su vencimiento.

ROSARIO DEL OLMO

(Dibujos de Máximo Ramos)



ACABA DE PUBLICARSE

«Vida y milagros de Fernando VII»

DIEGO SAN JOSE
Autor del libro

(Fot. Campúa)

Diego San José, nuestro querido compañero, tan especializado en las evocaciones históricas, escritor de pura cepa clásica, acaba de publicar con el título que encabeza estas líneas un interesantísimo libro, en el que la figura del rey-maño aparece con todo el vilipendio y horror que su paso ha dejado huella en la Historia. Al través de las páginas de esta obra pasa el horror y toda la miseria de aquel reinado execrable en que España, atolondrada por los golpes que la asestaba el tirano, tan pronto gritaba ¡Vivan las cadenas! como ¡Viva la libertad!

Ofrecemos á nuestros lectores uno de los más interesantes capítulos de esta Vida, que, desde luego, no puede recomendarse como ejemplar.

LA MUERTE DEL TIRANO

REVUELTA andaba España, como parecía tenerlo por costumbre, en las postrimerías de 1833, entre liberales y absolutistas, ya que el Rey, viéndose morir, nadaba, como dicen, entre dos aguas; miraba al reino y se miraba a sí mismo por dentro, y viéndose al borde del sepulcro, tenía miedo de la herencia que dejaba á su hija Isabel (nacida el 10 de octubre de 1830), y de que si fuera cierto que tras de esta vida hay otra en donde se premia ó castiga, según el comportamiento de cada uno en este que llaman «valle de lágrimas», no le iba á suceder tan bien por aquellas misteriosas regiones como le fué por los caminos del mundo.

Y tan cerca andaba de hacer un acto de contrición, y con tal diafanidad parece que veía acercarse á la Descarnada, que ya en el año anterior hubo de verla sentada á los pies del lecho, hasta el punto de cubrirle sus servidores el rostro, porque pensaban que habíale tomado por entero, que para instruir á su bella consorte en el arte de gobernar—que él no aprendió nunca más que para su propio medro—, dió un decreto el 4 de Enero, que dice entre otras cosas:

«Quiero que asista al despacho mi muy cara esposa, para la más completa instrucción de los

negocios cuya dirección ha llevado, y para dar esta prueba más de mi satisfacción por el celo y sabiduría con que ha desempeñado mi soberana confianza.»

Y como si todavía esto le pareciera poco, hizo publicar en la *Gaceta*, una carta dirigida á María Cristina dándole gracias por los infinitos cuidados y desvelos que se tomó en asistirle durante los días que estuvo á horcajadas entre la vida y la muerte, y como colofón de tan sincero agradecimiento y tan buenos propósitos para el porvenir en el gobierno, que se proponía llevar personalmente, mandó acuñar una medalla en memoria de las esclarecidas acciones de su muy amada esposa.

Tanto cariño conyugal hizo torcer el gesto á don Carlos, que ya se veía con el cetro en la mano y la corona en la cabeza. El y sus partidarios dedicáronse á revolver el reino más de lo que ya lo estaba, por si Fernando, al llegarle la hora de todos, daba en acordarse de que era padre antes que rey, aunque, si todo ha de decirse imparcialmente, quienes movían la egoísta máquina de la intriga eran la Infanta María Francisca y la Princesa de Beir-

ras, pues el Infante, bonachón é inepto como su padre Carlos IV, verdaderamente encariñado con su hermano, antes era rémora que acicate en aquella empresa; buena prueba de esto es que cuando una especie de Junta, de la que eran miembros los condes de Negri y de Prado, pensó en un inmediato alzamiento de Madrid, D. Carlos se puso de parte de los que consideraban que tal cosa era una verdadera locura y nada habría de intentarse mientras el Rey viviera.

Los carlistas de provincias, más vehementes que los de Madrid y que no sentían tan de cerca los escrúpulos de su ídolo, llevaron sus propósitos más adelante, y fué la castellana ciudad de León, excitada por su obispo D. Pedro Abarca, la que inició el primer chispazo de aquella funesta guerra civil que había de trocar á España en una hoguera alimentada con sangre de hermanos.

Con un pretexto puramente familiar, partió á Portugal D. Carlos, con su intrigante y desapacible esposa, y ya no volvió á ver á Fernando, del que se despidió cariñosa y sinceramente, sin acordarse para nada de ambiciones ni de herencias.

La vida del soberano daba cada día un paso hacia la huesa de El Escorial.

En el rostro y en todo su cuerpo veíanse repugnantes augurios de un próximo fin. Mortificábanle de continuo sus antiguos padecimientos de gota, no dejándole un solo instante de sosiego; martirizábale la hidropesía y ahogábale el asma.

No podía acostarse, porque la disnea, cada vez más intensa, poniale el alma en la boca, y entre almohadones, recostado en un sillón, pasábase todas las horas del día y de la noche, constantemente asistido por su fidelísima esposa.

Solían endulzar de vez en cuando las tristes horas del enfermo los inocentes juegos de la princesita Isabel y su hermana Luisa Fernanda; mas pronto los acerbos dolores hacíanle recordar que no era más que un infeliz caminante de la vida, que con la pesada carga de sus dolencias, se iba acercando á las fronteras de la muerte, y de

esta manera llegó el 29 de Septiembre de 1833. En tal fecha, hizo el augusto enfermo su vida habitual. Despertóse temprano, rezó sus oraciones; vió á sus hijas; habló largos ratos con Cristina, sin sentirse muy acuciado por sus achaques consabidos; almorzó con desgana, pues la enfermedad le quitó el buen apetito de que siempre hizo alarde, y luego del almuerzo durmió una breve siesta. Despertóse al cabo de una hora, y sintiendo un poco de desmayo, se reanimó con una copa de vino rico que le sirvió la misma reina.

Observaron los médicos cuando pasaron á visitarle, que tenía muy hinchada la mano derecha, y aunque parece que era fenómeno que se presentaba aislado, por si acaso fuera aviso de una nueva complicación que se presentara en los pulmones, aplicáronle un par de cantáridas en el pecho y otras dos en los pies.

De allí á poco, y sin que ningún nuevo síntoma advirtiese la inminencia del peligro, sobrevinole un ataque de apoplejía «tan fulminante—según dice el parte facultativo—, que á los cinco minutos, poco más ó menos, terminó su preciosa existencia».

Eran las tres menos cuarto de la tarde.

No pudo cumplirse el deseo de la reina de que no se tocara el cadáver hasta pasadas veinticuatro horas, porque empezó á descomponerse rápidamente y hubo que soldar el féretro, del cual se hizo cargo, con la formalidades de ordenanza, el Mayordomo mayor, conde de Torrejón.

El 3 de Octubre fué trasladado con gran pompa al panteón de El Escorial, y á las ceremonias acostumbradas en tales casos la adulación cortesana añadió la siguiente:

El duque de Alagón, capitán de la Guardia real y confidente que fué de los regios trapicheos con Chamorro, Ugarte y Tasticheff, luego de reconocer el cadáver del monarca, exclamó por tres veces:

—¡Señor! ¡Señor! ¡Señor!

Y viendo que el difunto, como era de esperar, no abría la boca para responder «¿Qué quieres?», dijo con muy grande seriedad:

—¡El Rey es muerto!

... Y partiendo contra la rodilla su bastón de ébano con cabeza de marfil, le arrojó á los pies del ataúd y salió precipitadamente, como persuadido de que aquella muerte había de traer la ruina y destrucción de España.

DIEGO SAN JOSE



Portada del libro

(Fot. Cortés)

La vida accidentada de un payaso

Cincuenta años en la pista

HABRÁ quien adivine, bajo la faz enharinada y los trazos caricaturescos del maquillaje, la edad exacta de un *clown*?

Un famoso payaso del Circo Medrano, de París, Ilés, el *partenaire*, como dicen allí, del famoso Loyal, ha celebrado hace pocos días sus bodas de oro con la pista: lleva cincuenta años trabajando en la pista, y sus admiradores, engañados por la perdurable frescura juvenil del artista, por la grácil impetuosidad de sus cabriolas, por la rapidez de sus respuestas, le creían muy lejos aún de esa edad.

Ilés, sin embargo, la tiene, y aún es más viejo; cincuenta años de pista suponen, naturalmente, algunos más de edad. Exactamente, el *clown* del Circo Medrano tiene cincuenta y tres años.

Esto quiere decir, puesto que ha celebrado ahora sus bodas de oro, que comenzó a presentarse en la pista cuando tenía tres: el 18 de Diciembre de 1879.

Los artistas de circo, cuando lo son de abo- lengo, suelen comenzar su carrera muy niños; pero no será fácil encontrar ninguno que supere a Ilés en precocidad. Su *début* fué en el Circo Cineselli, de San Petersburgo, donde trabajaba su padre haciendo, con otros miembros de la familia, un número acrobático. Un día, Ilés padre, queriendo bromear con unos amigos que estaban entre el público, imaginó una variación en su número y se presentó en la pista llevando en la mano una maleta; en ella llevaba al Benjamín de su dinastía, al que ahora ha celebrado su fiesta en París, que entonces solía dormir en el *camerino* mientras sus familiares trabajaban.

El muñeco, un poco sorprendido al principio por las carcajadas y los aplausos que saludaron su aparición cuando fué extraído de la maleta, y deslumbrado por la espléndida iluminación del Circo, se rehizo pronto, sin embargo, y —estaba en la edad de la imitación!— quiso hacer titeres, como sus hermanos, y sobre el brazo de su padre hizo algunos ejercicios de equilibrio que había aprendido ya. Fué aplaudidísimo, y desde aquella noche inicial no se interrumpió ya su carrera de artista.

Tres años más tarde, ya cumplidos los seis, ya tenía en el Circo de la Avenida de Alma, en París, su número especial de *ecuyer*. Era la

época en que los circos se llamaban aún con razón «circo de caballos» y en que los programas solían comenzar con un número de volteo sobre una jaquita, por un niño, maestro ya en tal arte.

Aquella moda pasó; pero Ilés tenía ya otro número; con uno de sus hermanos, aprovechando la boga de la bicicleta, hizo un trabajo de ciclismo que produjo extraordinaria sensación. El actual payaso tenía entonces once años.

A los trece, se manifestó muy ostensiblemente su vocación de *clown*; inventó un truco, *El hombre que lucha consigo mismo*, que se hizo famoso en muy poco tiempo y valió a Ilés aplausos y ganancias copiosos.

Aún, sin embargo, volvió a sus números gimnásticos y trabajó como anillista; pero por poco tiempo. A los catorce años debutó ya como excéntrico en el Circo de Leonard Honeke, en Constantinopla, y desde entonces no ha sido más que *clown*, excéntrico unas veces, gimnasta algunas, parlante otras, *clown* siempre y *auguste* la mayor parte del tiempo.

Formaba en Constantinopla pareja con su propio padre, que, pasada la juventud, tenía ya cincuenta años, y había cambiado el *maillot* de acróbata por el traje multicromo y abri- llantado por las lentejuelas, del *clown* parlante.

En el Circo Medrano comenzó a trabajar en 1905, como *tonto* de un *clown* español, Antonio. Aquel Circo tiene abolengo castellano. le fundó el *clown* Medrano, popularísimo en Madrid en la época en que trabajaban en Price Tony Grice, uno de los payasos más famosos del mundo; Billy Hayden, su émulo; aquel Bob que se hizo famoso paseando por la Villa y Corte con un cochinito amaestrado, y otros *ases* de la pista en sus mejores tiempos.

Medrano fué contratado a París y no volvió a trabajar en su tierra. Edificó en los linderos de Montmartre el Circo que lleva su nombre, y se hizo rico explotándolo.

Con Antonio recorrió Ilés gran parte de Europa. Fué a Berlín, a Suecia, donde, además, logró excelentes éxitos como actor de pantomimas, y en Lisboa actuaba con él cuando estalló allí la revolución que derribó la monarquía de Braganza.

Otro momento trágico de la vida del payaso fué en 1914, cuando estalló la guerra. Trabajaba entonces también con Antonio en Charleroi y le fué difícilísimo librarse de la furia alemana. Inglés, naturalizado francés, logró hacerse pasar por sueco y llegó a Rusia, donde vivió en la época revolucionaria.

Allí fué durante poco tiempo *clown* parlante; pero perdió su brillante y costoso equipaje, y tuvo que volver a ser *auguste* en los circos de Polonia.

Por fin, en 1917, logró volver a París, y trabajó nuevamente con Antonio en el Medrano; pero poco tiempo ya.

Antonio murió é Ilés formó pareja con Larata, que ascendió a jefe de pista y dejó de actuar como *clown*; luego con Walther y, finalmente, con Loyal, con quien trabaja aún.

La fiesta de conmemoración ha sido brillante. Ilés tiene no sólo las simpatías del público, sino las de sus compañeros.

Ilés, sin embargo, no pudo impedir que una lágrima le humedeciera la mejilla:

—¡Pobre papá! ¡Cuánto hubiera gozado!—dijo.

Y es que el *padre* Ilés, como le llamaban en el Circo, que sentía un extraordinario placer en vestirse de nuevo el traje de payaso para asistir a las fiestas de sus compañeros, murió hace un mes, a los ochenta y seis años.



Los «clowns» del circo Medrano, y aun los que ya no trabajan en él, celebran siempre los jubileos de sus compañeros. Ahora han festejado al popular Ilés, al cumplir los cincuenta años de trabajo



Nadie adivinará, viendo al «clown» Ilés entre sus compañeros, que ha trabajado ya cincuenta años en la pista



Los actuales directores del Circo Medrano, herederos de un famoso payaso español, festejaron también a su artista

MI AVION EN LOS CIELOS



HELICES

*De la gran Rosa de los Vientos
haré la hélice de mi avión,
será el motor mi corazón,
dominaré los elementos
y en alas de todos los vientos
podré volar
hasta la luna, sin parar,
¡y más allá!, hasta las estrellas,
donde mi mano arrancará
á la más luminosa de ellas,
¡la Polar!,
para hélice de mi avión,
y así podré volar, volar...
¡volar, volar!...
¡si no se para el corazón!...*

*De los Cuatro Horizontes,
NORTE-SUR-ESTE-OESTE,
haré la hélice de mi avión,
cuyo motor será mi propio corazón,
y así podré lanzarme á los más amplios vuelos,
desde los trasatlánticos hasta los tras-etéreos.
Y sobre el gran misterio sideral,
en donde cada estrella es un dormido enigma,
me bañaré en la Vía Láctea
para limpiarme de cualquier estigma
y de toda impureza terrenal.
Y después llamaré
á la puerta de todas las estrellas
¡y las despertaré!...*

Goy DE SILVA

(Dibujo de Baldrich)

Los museos arqueológicos dan la impresión de estar llenos de muertos y reclamar también su conmemoración en el «Día de Difuntos».

Todas las momias egipcias, todas las que salieron de sus sepulturas, todos los esqueletos de Nikings encantados dentro de esos extraños barcos que eran sus caballos de mar, son muertos á los que parece que no llega la piadosa evocación anual que se hace á los que fueron en casi todos los pueblos.

Pero hay, además de los restos humanos, una representación de estatuillas, especie de «Animas benditas antiguas» que mueven también la piedad en la contemplación.

Así como nosotros simbolizamos el alma, necesitada de sufragios, en esas figuras envueltas en llamas, los pueblos orientales, que se atrevieron á hacer la imagen humana, quisieron perpetuarla en su vida común, en sus ademanes habituales; las condenaron á una danza perpetua, á un perpetuo reposo ó á exhibir—como precursoras de las modernas maniqués—sus tocados y trajes de gala en un interminable paseo.

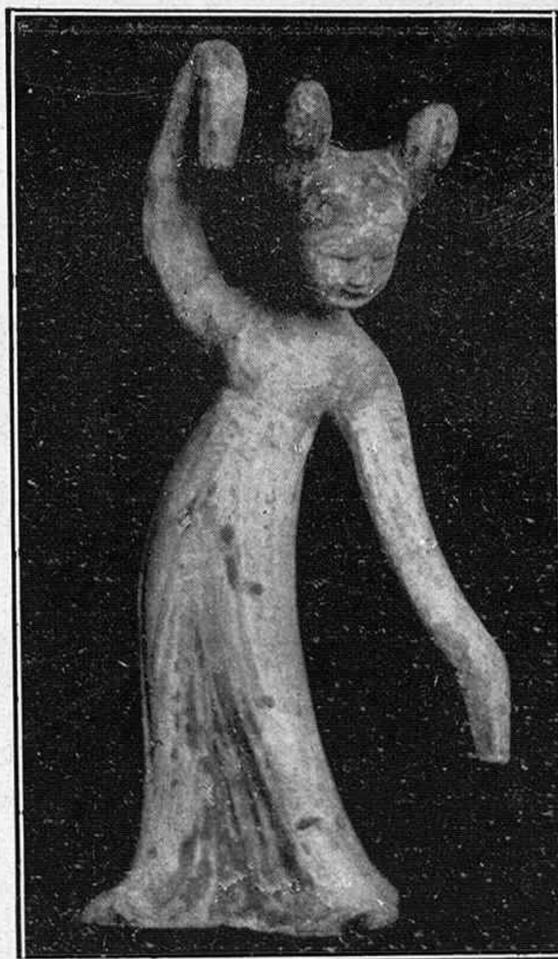
No hace apenas veinte años que volvieron á la luz una multitud de esas cautivas ocultas durante más de trece siglos en la obscuridad del sepulcro, y descubiertas al fin por la espiocha de los obreros europeos, para venir desde el Celeste Imperio á tomar plaza en las vitrinas de los museos de Europa, donde parecen vivir, satisfechas en su vanidad de mujeres, al sentir sobre su piedra las miradas de admiración.

Las estatuillas funerales chinas son, en su mayor parte, de mujer.

Les cupo la honra de ser las primeras en acompañar á los muertos en esfinge, como los habían acompañado en cuerpo y alma, pues en la antigüedad eran las mujeres las servidoras que se



Damas en el paseo



Danzadora

sacrificaban sobre las tumbas de los príncipes chinos. Sus viejos *Anales* atestiguan que sólo en 678 (antes de J. C.), ó sea cinco siglos antes de nacer el Salvador, se inmolaron, por vez primera, setenta hombres, y poco después otros ciento setenta y siete formaron el séquito de ultratumba del duque Mou. Algunos años más tarde, el rey Ling de Tchou exigió, cariñosamente, que lo acompañaran al sepulcro sus dos hijos.

Al fin, un edicto imperial suprimió la bárbara costumbre en el año 384; pero aún, al siglo siguiente, en los funerales de Che-Hoang, todas las mujeres estériles y gran número de hombres fueron sacrificados, lo mismo que todos los obreros que se emplearon para ocultar los tesoros en la montaña donde reposó el Emperador, fueron emparedados, para seguridad de su silencio.

Es éste el último sacrificio sangriento de que se tienen noticias. Cien años antes de nuestra Era se reemplazaron, por razón de economía, los sacrificios humanos por simulacros de estatuillas de madera, sustituidas muy pronto por las de arcilla. Estas estatuillas ocuparon el puesto de las personas de carne y hueso, con la ventaja de que no se podían descomponer.

Las más graciosas de esta serie de figuras datan de los siglos VII al X, época de la dinastía de los T'ang, que es la del *Siglo de Oro* de la China, por el refinamiento de su arte.

Entonces se dió á los muertos la más variada y elegante compañía no sólo de personas, sino de toda clase de animales: camellos, caballos, perros, puercos y aves. Se trataba de alegrar la existencia del muerto, y se colocaban á su alrededor maestros de ceremonias, portadores de palanquín, servidores de todas clases, guerreros con sus brillantes armaduras, damas prontas para acompañarlo en el paseo ó en el festín; actores juglares, enanos y gran número de músicos y bailarinas que llevan en una mano la flauta y en la otra la pluma de faisán.

:: Estatuas :: fúnebres chinas

No tienen estas estatuas grandes pretensiones; fabricadas por modestos artesanos más ó menos hábiles, su barroco hieratismo tiene algo de los comienzos del gótico. Salían, sin ellos pretenderlo, *estilizadas* de modo que su inexperiencia había de resultar *moderna* diez siglos más tarde. Ellas no pedían al arte más que el pan cotidiano; las esculpían toscamente y mal cocidas y groseramente pintadas de rojo, azul y verde, iban á cumplir su misión de *convivir con el difunto*, sin pensar que un día se apoderarían de ellas los *bárbaros de Occidente*.

Sirven esas estatuillas de documentos históricos para apreciar trajes y costumbres de la vieja China que permanecía cerrada para el extranjero por una astuta cuquería, de no dejar penetrar al extraño dentro de sus murallas, pero que aguzaba sus anteojos para ver cuanto pasaba en los pueblos que la rodean; y sabía aprovecharse de lo que era de su agrado y le convenía á su progreso.

Parecen parlanchinas y vengativas esas figuras que cuentan cómo los chinos observaban las costumbres de la Siberia, del Asia Central y hasta de los turcos y del Occidente romano, para retratarlas en las representaciones de elegantes y servidores que formaban el séquito de sus muertos.

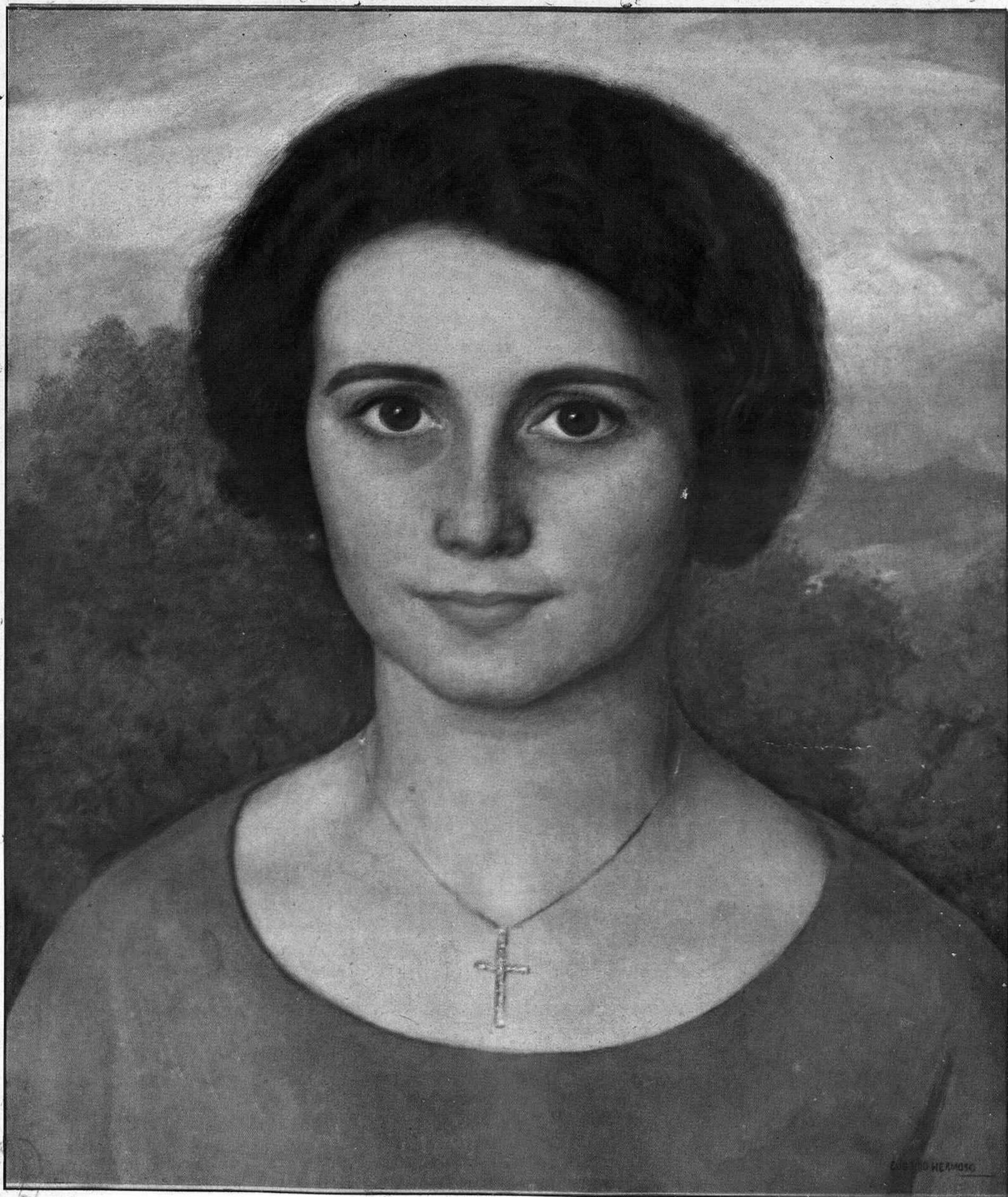
Esos muertos lejanos son los muertos *más* muertos; quizás los *únicos* muertos, puesto que no se muere del todo mientras se vive en el recuerdo de las personas ó de las generaciones que sobreviven y forman la *sobrevivencia del difunto*.

Son estos *muertos desconocidos* los más apiables, los que merecen una lucecita más en la gran fuente de las mariposas conmemorativas el Día de Difuntos, como al *Anima sola*, que simbolizan pérdidas en la sombra del tiempo.

CARMEN DE BURGOS
(Colombine)



Músico en reposo



«Retrato», cuadro
de Eugenio Hermoso

ESTENCO
80
HADR

RUTAS HISPANICAS

EN EL CAMINO DE SANTIAGO

EL PASO DE PUERTOMARÍN

Por esa calle de Puertomarín, donde nuestra presencia—y sobre todo, el trípode y la cámara fotográfica de Lira—congregan una muchedumbre de chiquillos, en alegres bandadas, vinieron siglo tras siglo generaciones de peregrinos, cuando pasaba por aquí «el camino francés», el camino de Santiago. Se rompió el puente, ó lo rompieron, como en el cuento del baturro, para que acabara de penar; pero en aquella fecha ya había cesado la pere-

estuviese dispuesto al sacrificio y al martirio. Sin embargo, el peligro no era realmente grande. Había menguado, eso sí, la atracción de Compostela. Cada nación católica tenía sus sepulcros. Cuando surgió Lourdes, el foco de atracción lejano,—y extranjero—tenía ya un brillo muy tenue.

Hay que imaginar, por consiguiente, la ruta compostelana en tiempos muy anteriores. El siglo XIX está demasiado cerca. Hasta para el pueblo tuvo su crisis que puede hallarse manifiesta en pequeños detalles históricos. Yo vi



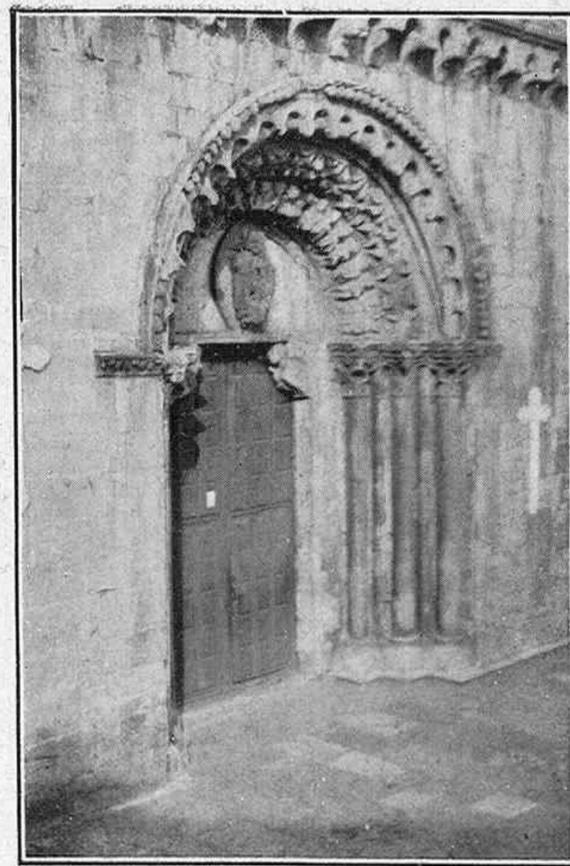
Una calle de Puertomarín

grinación de Compostela. Los peregrinos extranjeros, francos ó tudescos, podían traer otra ruta. Venían ya en pequeño número, casi siempre para el día del Apóstol. El pueblo afluía, como siempre, por todos los caminos, veredas y «corredoiras» y era ya el único, el verdadero peregrinante de Santiago. Con su capucha, su bordón y sus conchas asomaban ya muy pocos. Los trastornos de España, las revueltas del siglo, alteraron no sólo el régimen, si no los espíritus. Primero, la guerra de independencia; luego, las luchas civiles. No era el mejor paraje España para hacer una peregrinación religiosa, y los fieles de tierras remotas creían que no debían ponerse en camino para Santiago quien no

el último día del Apóstol, en este mismo año, aglomeración tal como si hubiera afluído á Santiago toda Galicia, y sin embargo, los compostelanos se quejaban de que el año había sido malo. El acto de ofrenda tuvo la mayor solemnidad y el Estado quiso darle relieve enviando un Ministro de la Corona. El año anterior había acudido el propio Monarca. Como recordatorio ó librito de circunstancias hojeé una monografía del Rey Alvite, dedicada á la ofrenda: «Antología de las respuestas á las invocaciones de los oferentes», y en ella advertí las fluctuaciones del interés popular ya que no del sentimiento, que es inmovible. La crisis notable á que aludo es la de la revolución. Sabido es



La hospedería de los peregrinos



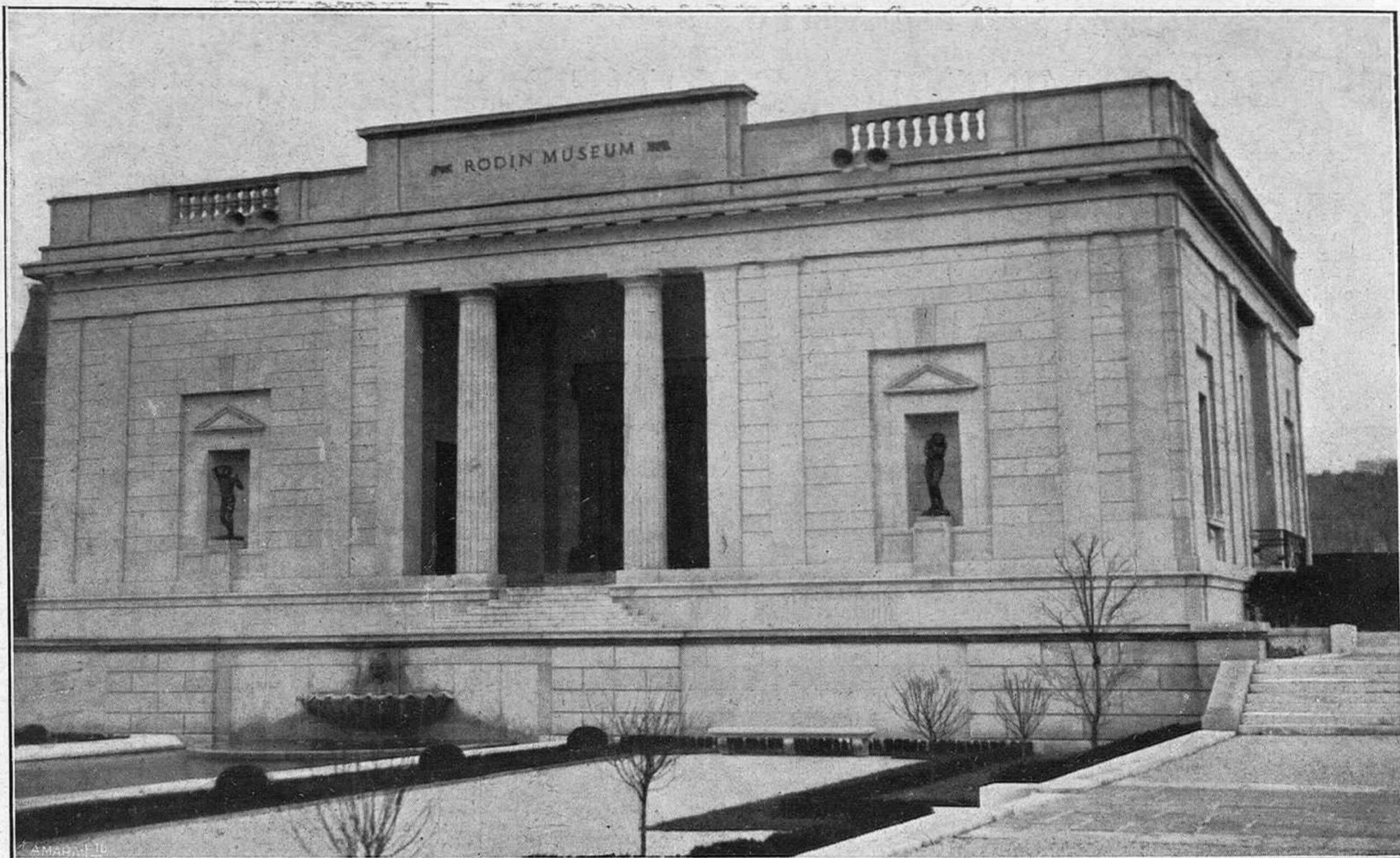
Portada de la iglesia románica de Puertomarín, que, según tradición, es de mano del maestro Mateos, como el pórtico de la iglesia de Santiago
(Fots. Lira)

que la ofrenda, desde Felipe IV, era de mil escudos en oro, «resto del voto que la nación pagaba en cuantiosas rentas como agradecimiento por la aparición del Apóstol en la batalla de Clavijo». (Otero Pedrago: «Guía de Galicia»). He ido á buscar lo que ocurriera durante la Revolución, momento de prueba en que la piedad quedó desasistida del apoyo oficial. El 69, Año Santo, suprimida la ofrenda por el gobierno revolucionario, se hizo entre el mismo pueblo de Santiago una colecta secreta, llegando de este modo la ofrenda popular á 15.704 reales. El año 70 se reunió la suma de 11.210 reales. El año siguiente, 3.151. El 72 subió la ofrenda á 7.862. Y el 73, el año más cruel, la ofrenda era la misma espiritualmente, pero no pasó de 1.426 reales. El 74 salvó el honor el Tesorero de la Junta, Marqués de Figueroa, gracias al cual se pasó de 1.000 reales y al otro llegó la restauración de la monarquía con don Alfonso. La crisis había pasado y el peligro estaba vencido.

Pero nos hemos separado un poco del camino de Santiago. La investigación histórica va buscándola para precisar bien sus huellas, porque muchas están borradas y cada época trajo variaciones en la ruta. Hay jalones fijos. Uno de ellos es el del monte Cebrero, en el puerto de Piedrahita. Otro el de Puertomarín. En el Cebrero, están el santuario y las ruinas del hospital para atestiguarlo. En Puertomarín, la hospedería, junto á la iglesia románica del Cebrero, quizá fuera cortando por Triacastela y Samas por Sarria y Paradela, hasta llegar al Miño que cruzaban los peregrinos por el puente de Puertomarín. De allí á Mellid podía seguir varios caminos viejos, por Monterroso, por Santiso ó por Palas del Rey. Visto el paisaje de Puertomarín á esta luz adquiere para nosotros una claridad y como transparencia sagrada. El presente parece dulcificarse y los caminos por donde vienen chirriando las carretas galaicas tienen algo de vía celeste. Y esa calle era el camino de la iglesia, parada forzosa. Y esa casa de piedra, la hospedería. Donde antes se agolpaban rendidos los peregrinos de lejanas tierras, sayales pardos, rosarios, conchas simbólicas, vemos hoy una fila de chiquillos.

Pero el pueblo conserva no sé qué trasunto medieval. ¿Es nuestro prejuicio ó es que, en efecto, siguen pasando las almas de los peregrinos de Santiago?

LUIS BELLO



Vista general del Museo de Rodín, recientemente inaugurado en Filadelfia

OTRO MUSEO RODIN

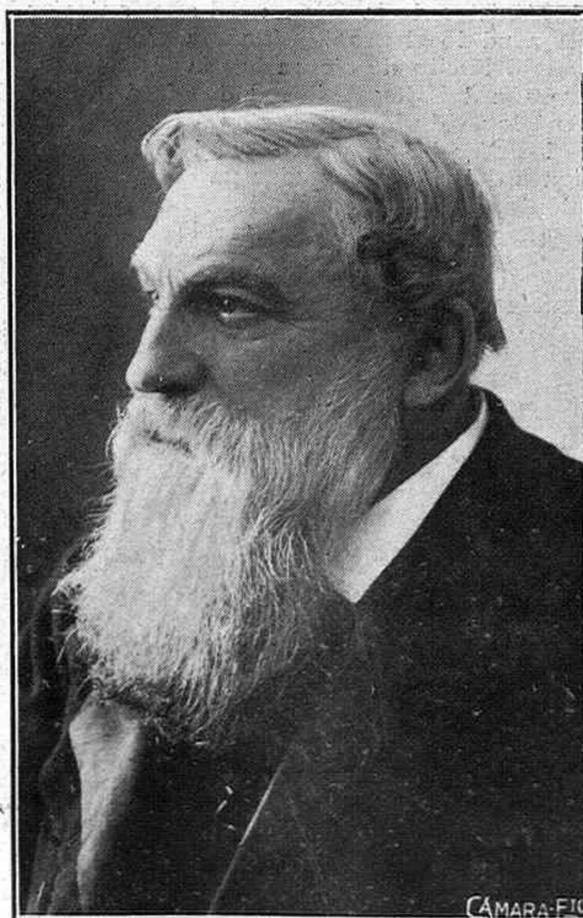
Cómo entienden el patriotismo los millonarios yanquis

Los multimillonarios norteamericanos tienen una idea del patriotismo muy distinta de la que suele imperar en los países europeos; exaltan los artistas por sus méritos, sin preocuparse de su nacionalidad, y así hacen a los Estados Unidos las más espléndidas ofrendas de Arte.

Ahora, debido a la munificencia de un multimillonario de Filadelfia, Julio Mastlaimn, que legó para esa obra el capital necesario, muy crecido, naturalmente, ha podido abrirse, con gran solemnidad y ceremonia, a que han asistido los altos dignatarios del Estado y los más conspicuos representantes de la colonia francesa, presididos por su embajador, un museo, dedicado a la obra del glorioso escultor Augusto Rodín y que lleva, naturalmente, su nombre.

Julio Mastlaimn fué en vida un culto aficionado a las Bellas Artes en general, hombre de excelente gusto artístico y sobre todo muy devoto admirador de Rodín.

Para formar el museo que ha sido inaugurado ahora, había reunido ya obras muy importantes y la colección ha sido completada al hacer las instalaciones de tal modo, que, ampliando la voluntad del fundador, se ha podido formar una completísima representación de la obra total de Rodín, en que son perfectamente apre-



AUGUSTO RODIN
en la época en que modeló el «Balzac»

ciables todas las etapas de la evolución artística del gran escultor francés.

La figura artística de Rodín resulta así colocada a plena luz y podrá ser estudiada en Filadelfia, tan completa y aun más completamente que en los mejores museos del mundo.

Las obras maestras finales de la evolución espiritual y estética de Augusto Rodín, quedarán así perfectamente explicadas y resultarán más inteligibles, puesto que se verá por qué etapas llegó a ellas, muy razonadamente, el autor.

Gracias a esa seriación se comprenderá también, con mayor claridad, por qué los imitadores de Rodín no logran hacer sino obras simiescas, en que no aparece por ninguna parte, ni en reflejo siquiera, el espíritu de Rodín.

La evolución total del gran escultor debe ser estudiada, y seguramente así podrá serlo, en el Museo de Filadelfia, partiendo de la famosa cabeza titulada *El hombre de la nariz rota*, obra de plena juventud que modeló a los veintitrés años, fué rechazada en el *Salón* de París de 1864, y por contraste, que prueba hasta qué punto Rodín se anticipó a su tiempo, aclamada como obra maestra en el *Salón* de 1874.

La obra que sintetiza mejor el genio de Rodín es *La puerta del Infierno*, inspirada en el



«La puerta del Infierno», obra magna de Rodín, inspirada en el poema del Dante, tal como ha sido reproducida para el Museo de Filadelfia

(Fots. Agencia Gráfica)

poema del Dante. Rodín trabajó en ella durante veinte años y la destinaba al *Museo de Artes decorativas* de París.

Esa puerta, verdaderamente monumental en la más amplia extensión de la palabra y en todos sus sentidos, ha sido reproducida también admirablemente para la puerta principal de entrada al Museo de Filadelfia, y la reproducción, nada fácil, es tan fiel como puede verse en la

copia fotográfica que reproduce nuestro grabado.

En esa puerta admirable puede seguirse también en cierto modo la evolución total de la obra del gran escultor francés.

En ella caminaba naturalmente hacia una síntesis simplificadora que había de proporcionarle, por incomprensión de la crítica y del público, nuevas decepciones: el boceto de *Estátua de Balzac*, hecho por encargo de la Socie-

dad de Literatos de París, produjo gran escándalo y fué rechazado por los escritores que encargaron el Balzac á Falguières.

El mérito extraordinario de aquel boceto fué comprendido, años más tarde, como el de *El hombre de la naviz rota*, tan distinto del Balzac, y ese boceto figura entre los más admirables que se conservan en el magnífico museo que la villa de París dedicó á su hijo preclaro,





PANORAMAS ESPAÑOLES

En el extremo meridional de la provincia de Avila, en medio de elevados montes y valles y cañadas, se levanta este pintoresco lugar de Arenas de San Pedro, cuyo castillo es un testimonio más de la grandeza pasada de España

(Fot. Wunderlich)



CASI en la linde de la provincia granadina, coronando las crestas altivas que á menudo se pierden entre las nubes, hay un pueblecillo orgulloso de sí: Salar de la Sierra. Un pueblo misérrimo donde, sin embargo, cada cual trabaja su propio terreno, merced á la magnanimidad de un señor de otro siglo, dueño de la aldehuela, quien dispuso al morir que las tierras pasasen á ser propiedad de los colonos. Un pueblo repartido, cuya administración local es paradigma de justicia teórica. Un pueblo blanco y señero que parece albergue de paz; refugio contra las humanas pasiones; nido de águilas; balcón prodigioso, desde donde creemos que los rústicos vecinos han de contemplar á la ciudad en el valle con cierto soberbio é irreprimible desdén. Un pueblecillo olvidado, en suma, donde los hombres se odian y se acechan como en las grandes urbes: con menos disimulo que en éstas, pero con el mismo encono.

Salar de la Sierra tiene su plaza mayor, y en ella, la iglesia—que destaca su torre mudéjar con noble señorío—y el palacio de los condes de Orantes, casalicio de la estirpe y única mansión notable de la aldea. Varias calles desempedradas desembocan en la plaza que es el centro del poblado. Se dijera que las casas se agrupan alrededor de la iglesia y del palacio, como al amparo de ambos poderes. La iglesia es el único signo espiritual que en Salar de la Sierra permanece, y ello con supersticioso terror; el palacio de los condes de Orantes es el símbolo respetado de la hidalguía, de cuya largueza todos viven con una tácita, inexpresable y sumisa gratitud.

Quien habitó el palacio—su dueño ó algún invitado de éste—fué siempre llamado en Salar «el señorito», y altos y bajos rindiéronle pleitesía, acaso excesiva, como si la donación generosa del prócer ascendiente mantuviera al través de los siglos una fidelidad espontánea y una vo-

luntaria servidumbre. La deuda contraída por los primeros colonos beneficiados se renueva en los corazones y se hereda como los puñados de tierra. Tal dependencia gozosa, tal libertad otorgada, son como cláusula inexpresa de un contrato sagrado. La libertad material de aquellos hombres les hizo—al par que á sus descendientes—esclavos de un agradecimiento cada vez más pueril.

Peró en Salar de la Sierra la gratitud no se razona. Bien es verdad que, en cambio, se siente de un modo en extremo pintoresco. Los humildes labriegos conceden al conde tratamiento con adulasas sonrisas: creen que le deben sumisión y respeto; pero esto no impide que le asedien con súplicas y lágrimas serviles, ni que murmuren de él, si algo les niega, ni que le odien en secreto, aunque le bendigan en público.

•••••

Uno de los condes de Orantes, el «señorito» Pablo, solía pasar en el pueblo algunas temporadas. Joven, soltero y rico, Pablo Fernández de Córdoba buscaba en Salar tregua á sus vicios y reposo á su cansada juventud.

Era magro, ceñudo, de expresión hosca y desapacible carácter; un poco gastado en orgías y otro poco tiránico de suyo, placíale el ambiente de Salar. Desaprensivo y cínico, el señorito Pablo embaucaba con su repugnante prestigio ciudadano á los pobres labriegos, cegándoles con la

aureola de sus relatos donjuanescos y captándose la admiración de los insatisfechos apetentes del pueblo, cuyos bajos instintos despertaban al calor de la palabra del conde.

Frecuentaba éste la taberna con los más desvergonzados ociosos de El Salar, entre quienes se engallaba como un amo efectivo, con aire de capitán de partida, y fruía con deleite el efecto de sus engaitadoras historias. Para el señorito Partito, aquellas tertulias, lejos de constituir un delito, ó por lo menos un juego cruel, significaban sólo un inocente esparcimiento en que invertía las horas más honestas de su vida.

En una de las casucas del pueblo, al socaire de una roca gigantesca, vivía el «tío Cantera» con su hija, preciosa chavica de unos veinte años, flor silvestre de aquellos contornos, apetecida por gañanes y pastores. El ingénito pudor y la sencilla discreción de la moza hacíanla inasequible para todos. «Sabel» se bastaba para defenderse contra el importuno asedio de los más audaces rondadores. Sola en la casa siempre—pues el padre, desde que enviudara, no conoció más cobijo que el de la taberna—, la muchacha sacrificaba con gusto todos los días un poco de su lozana juventud, entre las humosas paredes del mísero hogar, con tal de ser respetada de sus convecinos, á quienes molestaba la virtud de la chica como un reproche, ó como un desprecio.

La orgullosa y arisca paloma sufría, sin embargo, el desvío de su progenitor, más por la burla y menosprecio que de éste pudieran hacer, que por el trato que á ella le alcanzase, como consecuencia de las libaciones. En honor á la verdad, el «tío Cantera» respetaba á su hija como á una reina, aun en los momentos en que el vino le enfurecía.

Así las cosas, hubo de encontrarse la niña una mañana con el señorito Pablo, cerca de la casa

de ella. Requebróla él en términos sóeces, que la moza no supo comprender; mas su fino instinto la movió á contestar al piropo con una mirada fría que, al corresponderse con la del señorito, repulsiva y llameante, tornóse medrosa y débil. Se apresuró la niña, llena de espanto, á internarse en la casa, corriendo el cerrojo. El señorito, sonriendo, aun estuvo un rato llamando á la puerta con terco apremio; tanto, que el buen perro lobo, que dormitaba en su garita del corral, comenzó á inquietarse y á ladrar con rabia creciente.

Malhumorado el conde, picado en su vanidad y herido en su amor propio, abandonó el lugar del fracaso.

Al entrar en la taberna, topóse de manos á boca con el padre de la rústica beldad y se encaró con él.

—Oye, «Cantera»: tenemos que hablar—le dijo, cogiéndole nerviosamente del brazo.

El interpelado entreabrió los ojos, que la borrachera nublaba, y le miró sin ver.

—Bueno, lo que tú quieras.

—Que soy el conde, majadero. ¿No te fijas?

El «tío Cantera» remiró algo más lúcidamente al «señorito» y pareció despabilarse un poco.

—Perdone el señorito... No veo...—y llevóse la mano al sombrero, sin acertar á descubrirse del todo.

Pablo arrastró aquel fardo humano hasta una mesa del fondo y pidió una botella de anís.

«Cantera», perdida toda noción de tiempo y de lugar, dejóse caer en la silla pesadamente, y apoyó ambos codos sobre la mesa, fingiendo una actitud normal y atenta.

—Tienes una hija muy esquiva, y es preciso que le des un poco más de educación. ¿Te enteras? Acabo de pasar por tu casa, y la hembrita se ha asustado de mi presencia. Y ni es tan niña ya como para eso, ni yo debo asustar á nadie en este pueblo. A ella menos, puesto que, á yo querer, ni casa tendrías, ni un mal pedazo de pan que llevaros á la boca. Desagradecida es la moza y desagradecido tú, si no le das el escarmiento que merece.

—Se lo daré, se lo daré—repetía estúpidamente el «tío Cantera», extrañado á la realidad.

—Que aun me debes los intereses de la hipoteca de tres años, y de un plumazo os tiro á la calle y me alzo con todo... Si, á pesar de que ni te hablo de la deuda, que ya me va pesando, la niña se estremece porque yo la miro...

—¿Na más que mirarla?—inquirió el «tío Cantera», volviendo á la razón.

—Nada más. Y aunque más fuera... El pueblo es mío. Me lo debéis todo... Puedo disponer á mi antojo de ti, de ella...

El menospreciado, como si en su cerebro se hubiese hecho la luz de repente, irguióse rápido. De un manotazo brutal apartó la mesa y abalanzóse contra su colocutor con ira salvaje. El «señorito», más dueño de sí, repelió ágilmente la acometida descargando su puño sobre el cráneo del «tío Cantera», quien vaciló un instante y cayó al suelo sin sentido.

•••••

Llegó la noche, poblando de misteriosas sombras la aldea. En la casuca del «tío Cantera», cerrada á piedra y lodo, «Sabel», entregada á la pena de su injusta soledad, rezaba cerca de la chimenea, en que ardían quejosamente unos rastros. Péndula de los llares, una cacerola ennegrecida por el humazo consumía escaso condumio ante el desgano sollozante de la moza.

Plañía con ella, desde fuera, la Naturaleza. La lluvia y el viento combatían la humilde morada. La



Se apresuró la niña, llena de espanto, á internarse en la casa...



«Cantera», perdida toda noción de tiempo y de lugar, dejóse caer en la silla pesadamente

niña, asustada, compartía sus horas entre el fervor en que buscaba alivio á su quebranto y las ideas de desaliento que involuntariamente le asaltaban el magín.

«Sabel» recordaba su desamparada niñez, desde la muerte de su madre, una santa mujer cuyas dotes de bondad y gobierno discipinaron los bajos instintos del padre; evocaba con dolor los primeros años de orfandad, cuando el «tío Cantera» huyó del pueblo, abandonándola á la caridad de los vecinos; y, por último, aparecía ante sí, como visión de pesadilla, la antipática silueta del conde.

Al llegar á este punto en su angustioso soliloquio, sentíase más sola que nunca. A aquellas horas, probablemente, el «tío Cantera», olvidado de sus deberes, como de costumbre, estaría holgando en la taberna, ajeno al peligro que «Sabel» advertía próximo.

Por primera vez, un pensamiento rebelde contra su padre le nubló la mente. En seguida, una profunda congoja le oprimió el pecho y le subió á los ojos.

Siguieron unos minutos de silencio. De pronto, roncós ladridos del perro lobo en el corral la sacaron de su postración. Escuchó atenta. El perro aulló débilmente otra vez... Y de nuevo el silencio...

«Sabel», presa de pánico insuperable, irguióse temblando. La puerta del corral gimió entonces, como bajo la presión de una fuerza extraña; y la muchacha, instintivamente, miró la escopeta del padre, que pendía de una escarpia á manera de trofeo. Rebuscó en la cornisa de la chimenea. Había tres balas. Azorada, nerviosa, como quien realiza un supremo esfuerzo, la niña asió el arma con desesperada furia y la cargó. Con la escopeta entre las manos, la moza sonrióse ferozmente de su insólita bravura.

Rechinaron los goznes de la portalada una y otra vez. Luego, rudos y descarados golpes confirmaron á «Sabel» sus temores, concretando el peligro. Por último, la puerta cedió, y en el umbral apareció un bulto informe, una sombra cobardemente replegada. Contra ella disparó, sin esperar á más, la valiente chiquilla, retrocediendo al último rincón de la pieza.

La puerta del corral seguía franqueada, pero la sombra habíase acostado en el umbral. Ella sabía que había matado á un hombre, y estaba segura de no haber obrado de ligero.

Fué no más un segundo lo que duró la escena. En el campo, un silbo agudo rasgó el monacorde bordoneo de la lluvia. «Sabel» recogió el aviso conocido y corrió á abrir la puerta de la entrada principal de la casa, sin remordimiento, dando gracias á Dios que no la abandonaba.

—¡Padre, padre!—gritó ella.

—¡«Sabel!»—jadeó el «tío Cantera». —¡«Sabel!»—repitió más cerca—. ¡Hija!

Y ambos se encontraron en la terraza azotados por el agua, que seguía cayendo en densas cortinas y ráfagas oblicuas.

Primero se abrazaron furiosamente, sin curarse del agua ni del viento. Luego, el «tío Cantera» preguntó con ansia:

—¿Y... ése?...

Ella murmuró con sordo acento:

—Le he matado—y rompió á llorar con desesperación.

—No, «Sabel»—rugió, mintiendo, el «tío Cantera»—, le he matado yo.

JOSÉ y MANUEL
PRADOS LOPEZ

(Dibujos de San Martín)



DEL PARAISO BOLCHEVIQUÉ EL COSTE DE LA VIDA EN RUSIA

EN anterior artículo expusimos algunas de las interesantes revelaciones acerca del *Paraiso bolchevique* hechas en un periódico inglés por el intérprete de la Comisión de mineros ingleses que ha visitado Rusia durante el verano último, con objeto de investigar la verdadera situación de las clases trabajadoras.

Referíanse dichas declaraciones especialmente á las actuales condiciones del trabajo en Rusia, que, por lo que cuenta Mr. Southan, acompañante de los mineros ingleses, no parecen ser más desastrosas bajo el régimen *libertador*.

A continuación reproducimos varios párrafos de otro artículo de Mr. Southan, en el que estudia punto tan interesante como es el del coste de la vida en el ex-imperio de los Zares.

«Para llegar á una exacta comprensión del asunto, lo primero que se impone es precisar el valor exacto de un rublo. Fuera de Rusia se pueden comprar rublos sobre la base de 33 de dichas monedas por cada libra esterlina. Ello equivale á asignar al rublo el valor aproximado de 7 peniques (unos 70 céntimos de peseta, á la par). Ahora bien, si se cambia moneda en un banco de Rusia, le entregan á uno, por cada libra esterlina, sólo 9 rublos y unos céntimos. Ello no es sino una habilidad del Gobierno soviético que así consigue dos objetos: primero, explotar al extranjero, y luego hacer creer al pueblo que el rublo con que le paga el trabajo vale dos chelines (Ptas. 2,50 á la par).

Cabría, ciertamente, el recurso de comprar rublos en Varsovia, por ejemplo, al tipo de 33, y llevarlos á Rusia; pero esto es impracticable porque el gobierno soviético decomisa toda la moneda nacional que entra en la república ó sale de ella.

Entrando ya de lleno en el tema á estudiar, veamos cómo vive el trabajador ruso, tanto manual como intelectual, bajo el régimen soviético.

Tomando como tipo el obrero de minas de hulla, diremos que el jornal medio es de 4,6 rublos, ó sea, según la valoración oficial, unos 9 chelines; pero, en realidad, 2 chelines y 8 peniques (pesetas 3,30, á la par). ¿Y qué es lo que puede comprar un trabajador ruso con un rublo? La libra de manteca cuesta en Rusia 2 rublos; de modo que el minero tiene que trabajar medio día para adquirir esa cantidad de manteca. En general, los productos alimenticios, así como todo lo relativo al vestido, son suministrados al obrero por las cooperativas. Pero como quiera que unas cosas y otras se pueden adquirir más baratas en los comercios particulares, el comprador acude á éstos, ya que contra lo establecido por el régimen comunista, aún subsiste la industria privada.

Vestirse cuesta en Rusia carísimo. Por lo que



Un grupo de mineros rusos de Cheliabinsk

pude averiguar, un traje de americana, corriente, vale allí tres veces más que en Inglaterra. Por una camisa de algodón se pagan 8 ó 10 rublos y por un par de zapatos 32 rublos, lo que significa diez y siete días de trabajo, respectivamente, para un minero.

El pan, áspero y negro, está racionado por el Gobierno, entregándose á los obreros 800 gramos por individuo y día. El azúcar también racionado, está más escaso, puesto que la cantidad suministrada por individuo es de medio kilo mensual. Los no trabajadores manuales sólo reciben la mitad de las raciones expresadas.

El transporte urbano es caro y malo. La carrera de *Noshki* (una especie de *landeau* de un solo asiento), cuesta 2,50 rublos por kilómetro, y si al terminar el servicio se da al cochero propina inferior á un rublo, le mira á uno tan despectivamente como el conductor de taxi londinense si le gratificamos con un penique. El servicio de taxímetros en Moscú no es muy abundante, y además tiene tarifas elevadísimas. Cuando llegamos á dicha ciudad y tomamos un taxi que nos condujera al hotel, distante dos kilómetros, aproximadamente, el chofer nos pidió por el servicio 12 rublos. Como

le entregáramos 7, que era lo debido, en realidad, más un rublo de propina, nos puso el camarada cual no dijera dueñas. Y, sin embargo, aquellos 7 chelines, ganados por el obrero mecánico en pocos minutos, representaban la paga de un minero, por día y medio de trabajo.

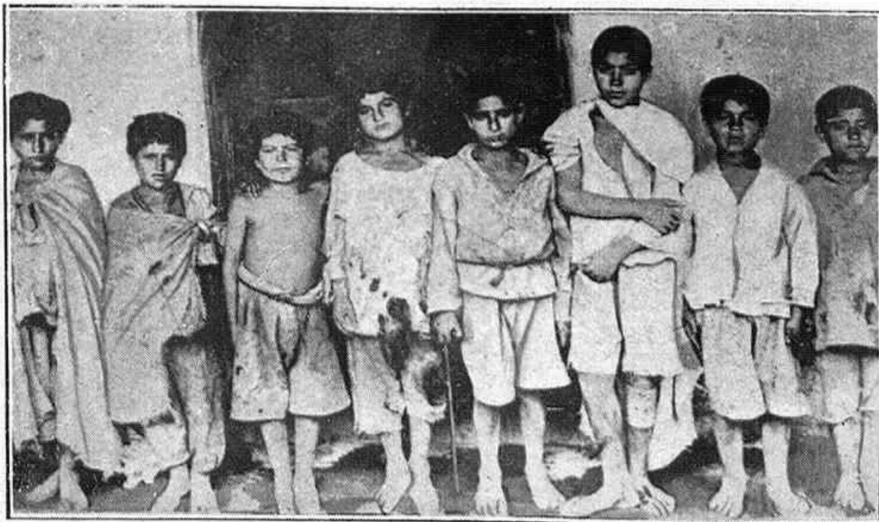
En Artemovosk, donde nos detuvimos la mayor parte de nuestra visita á Rusia, el agua había que ir á buscarla á una fuente determinada en la plaza del mercado. Un empleado del Gobierno hacía funcionar el grifo luego de cobrar por cada cubo ó jarro, ochenta céntimos de rublo. La cerveza, malísima, cuesta 3 rublos las dos botellas, y la cabida de éstas apenas llega al cuartillo.

La alimentación diaria del minero no puede ser más sobria, dada la carestía de la vida. Sus comidas suelen consistir en un plato de sopa, á base de verduras, patatas guisadas, un par de rebanadas de pan y una taza de te. Es posible que el pueblo ruso estuviese acostumbrado á tal sobriedad, y que por tanto no eche de menos alimentos que nosotros consideramos indispensables. Lo cierto es que jamás vimos á los obreros comer huevos ó hacer sus guisos con manteca. Verdad es que los huevos son artículo de lujo en Rusia. A nosotros nos cobraron una vez 2 rublos y medio por media docena. De ellos tuvimos que devolver dos al camarero que nos los sirvió pasados por agua. Otro huevo, el que parecía más fresco, estalló por efecto de la expansión de los gases, al cascarlo con el cuchillo. Y he de advertir que esto nos ocurría en el restaurante cooperativo, que era el mejor de la ciudad.

De las cifras anteriormente consignadas puede inferirse que el coste de la vida en Rusia es elevadísimo, y que, por tanto, el obrero lleva allí una existencia dura. Y, aun es peor la situación del trabajador intelectual, en cuanto percibe remuneración inferior al del obrero manual y sólo la mitad de las raciones de pan y azúcar.

Como no me interesa la política, declaro que fuí á Rusia libre de todo prejuicio de ese orden. Lo que hemos visto nos ha convencido de que el experimento comunista está totalmente destinado al fracaso. En cuestiones obreras Rusia no tiene nada que enseñarnos, salvo el día de asueto semanal con el jornal entero. Por el contrario, en su terreno lleva con relación á Inglaterra un retraso de muchos kilómetros. Y es de suponer que dada la lentitud con que avanzan los elementos directivos del movimiento libertador, no lograrán nunca alcanzarnos ni superarnos. En suma, la Rusia por nosotros vista es algo totalmente distinto de lo que ven las comisiones ó los viajeros conducidos por delegados del Gobierno soviético.»

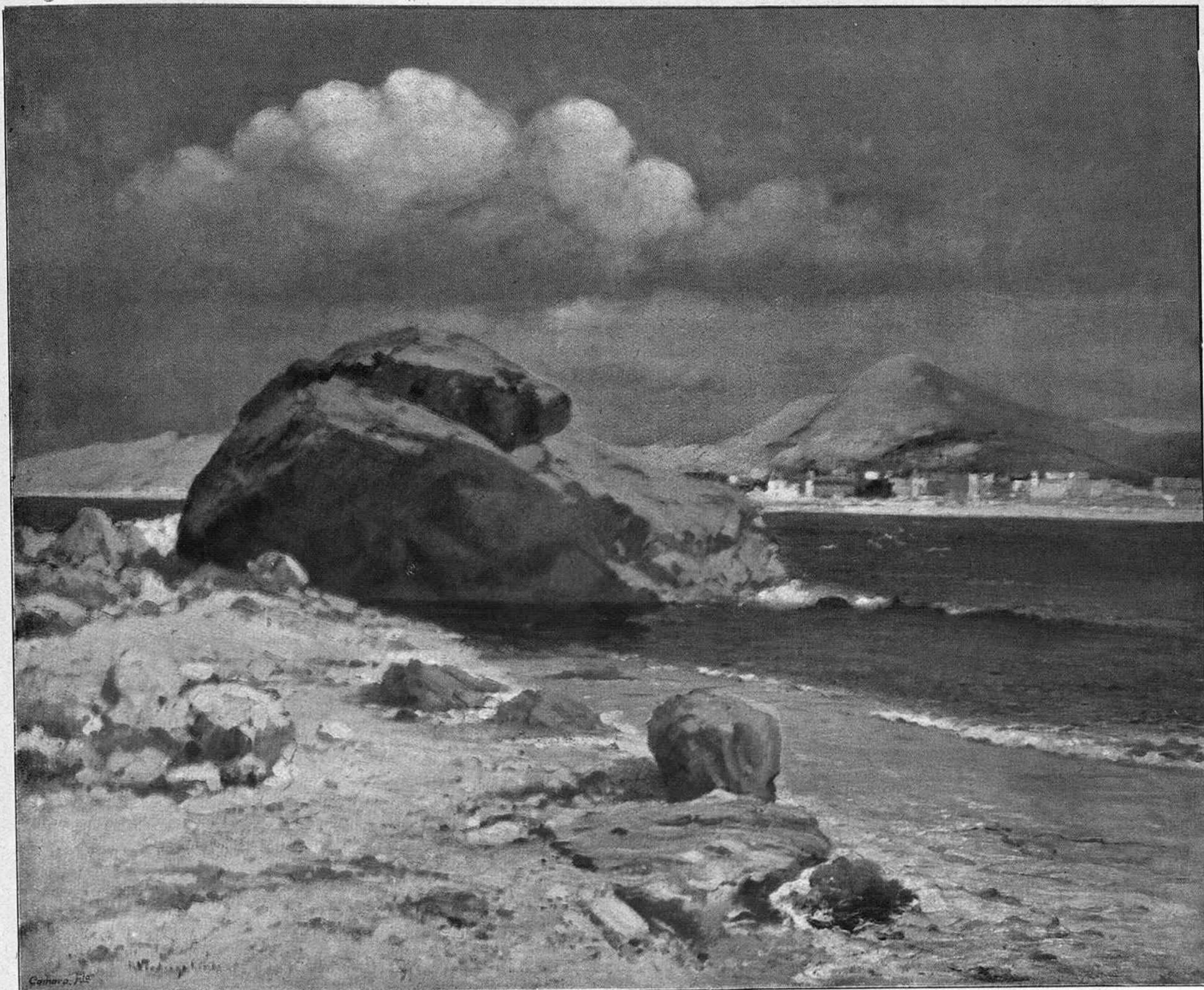
A. READER



Niños abandonados que mendigan en las calles de Moscú



Una «cola» ante la oficina distribuidora de bonos para el pan



«Piedras del Morlaco» (Málaga),
cuadro de Ricardo Verdugo Landi

AMANECEER DE PLAYA

*Es la hora indecisa en que aún pone
el augusto silencio del alba
en la dulce quietud de la costa
tamizados clarores de plata,
y á lo lejos se extiende en el orto
un cintajo de luz viva y cárdena.
Ya es más tenue el rumor mar adentro
y menor el silencio en la playa,
y el costero—costero temido—
hoy muy débil, tan sólo levanta
perezoso temblor en las velas,
quejumbroso chirriar en las jarcias.
Ya el recodo playero amanece
del domingo mostrando sus galas
—galas son unas horas inquietas
convertidas en horas de calma—,*

*y el patrón de un falucho cansino
—viejo lobo que apenas descansa—,
junto á proa, fumando ceñudo,
silencioso contempla que se alza
la primer espiral de su pipa
sobre el horizonte que nunca se acaba...
Ya más claro aparece el recodo,
ya una barca despierta á otra barca
con silbidos que quieren ser nombres
y palabras que no son palabras,
y el mastín sus ladridos envía
al primer marinero que canta.
Ya la luz de la torre del faro
con la última estrella se esconde cansada.*

MIGUEL PORTOLES



NUEVOS DESCUBRIMIENTOS ARQUEOLÓGICOS EN EGIPTO

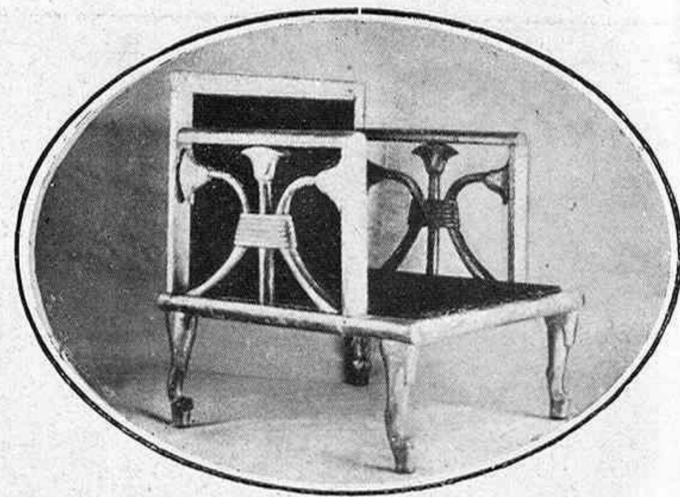
EL MOBILIARIO Y LAS JOYAS DE LA REINA HETEP-HERES I

No por su valor material, sin duda enormemente inferior al que ha llegado a suponer el tesoro funerario de Tutankamen, sino por el arqueológico, aventaja a todos los conocidos el resultado de las excavaciones que viene efectuando en las galerías sepulcrales de las inmediaciones de Gizeh la comisión científica norteamericana enviada a Egipto por la Universidad de Harvard y el Museo de Bellas Artes de Boston.

Dirige los trabajos de exploración el doctor George A. Reisner, y tienen ellos por objeto hacer un estudio a fondo de esos hasta ahora ignorados hipogeos donde recibían sepultura los Faraones egipcios antes de que las colosales pirámides y las cámaras sepulcrales del Valle de los Reyes fuesen edificadas para pasmo de los siglos y eterno testimonio del poder de aquellas lejanas dinastías y del progreso de su civilización.

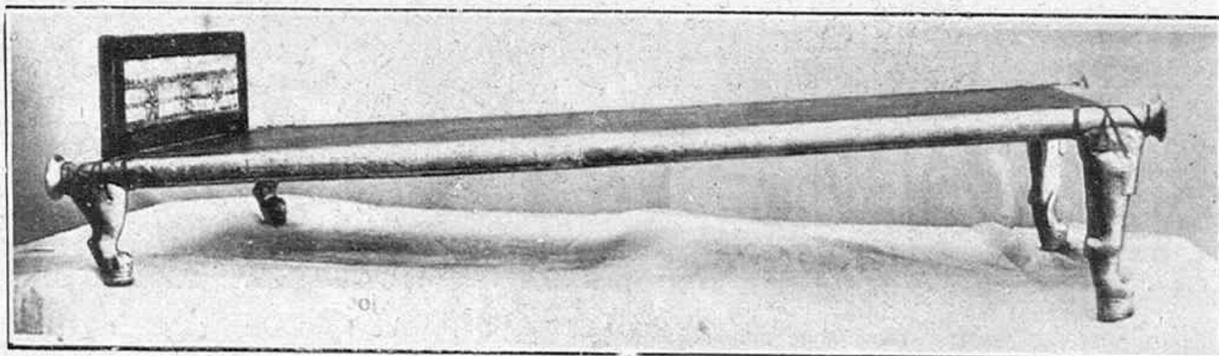
Los hallazgos realizados durante la última de sus campañas por la expedición Reisner superan en interés arqueológico a cuantos se realizaron en Egipto a partir del descubrimiento de la tumba de Tutankamen. Y ello se explica en cuanto lo exhumado tiene la antigüedad comprobada de cinco mil años (unos quince siglos anteriores al reinado del Faraón de referencia), puesto que data de tiempos en los que aún no había sido levantada la soberbia pirámide de Cheops, el Faraón cruel y tiránico al decir de Herodoto, que debió reinar del año 3091 al 3067 antes de Jesucristo.

Trátase, en efecto, del mobiliario funerario de la reina Hetep-heres I, que fué madre del déspota Cheops, Sufis I ó Saofis I, que de todos esos modos fué llamado el constructor de la pirámide que lleva su nombre, y que hubo de ser hallado, hará próximamente un año, en insospechado sepulcro subterráneo inmediato a la gran pirámide de Cheops. Comprende dicho hallazgo el sitial de ceremonia; el lecho, con su taburete, para apoyar la cabeza, y las joyas de la reina Hetep-heres, que, conforme a la costumbre de los antiguos egipcios, hubo de ser enterrada con todos los objetos de su uso personal.

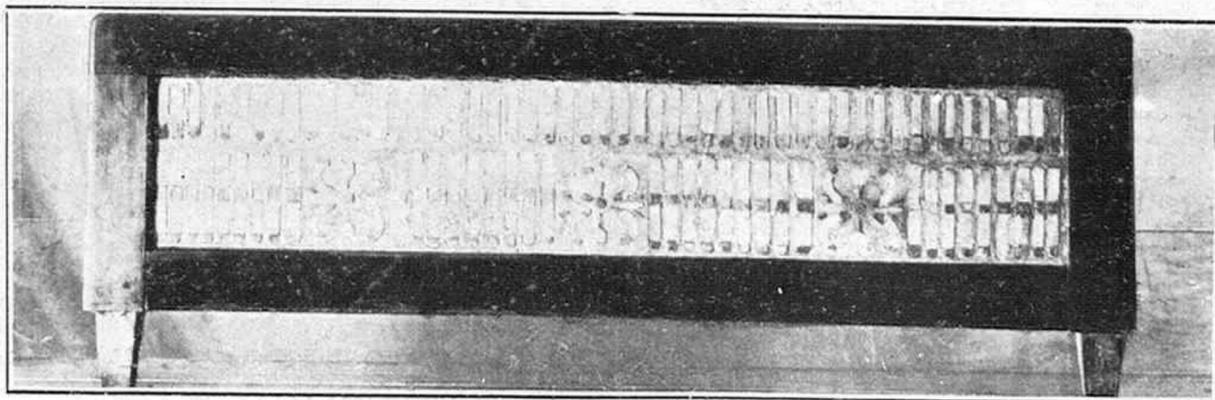


El sitial de ceremonia de la reina Hetep-heres.

los hipogeos reales egipcios. De la momia de Hetep-heres I no ha aparecido en el sepulcro el menor rastro. Más previsora que la de Tutankamen y otros Faraones, ha querido evitar, por lo visto, convirtiéndose en polvo, acaso el mismo que ha aparecido mezclado con las astillas, los



El lecho de maderas preciosas con incrustaciones de oro, de la madre del faraón Cheops

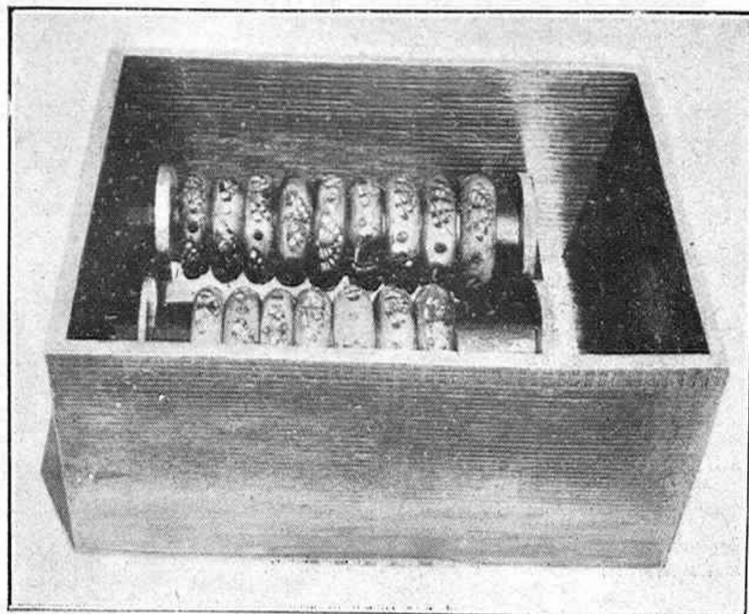


Cabecera del lecho de Hetep-heres, después de ser restaurado

fragmentos de lapislázuli y las laminillas de oro, las profanaciones inevitables de su exhumación y de las curiosidades museales.

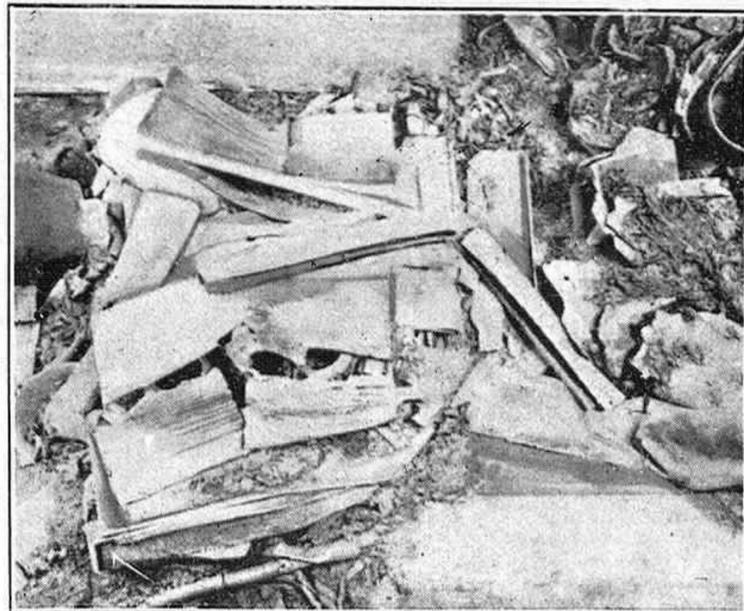
Lo en realidad más admirable de estos hallazgos es la paciencia infinita y el arte y el saber prodigiosos con que los miembros de la Comisión norteamericana, Mr. D. Dunham, Mr. Wheeler y el pintor y decorador Mr. Stewart, han logrado reconstruir esos restos, hasta el punto de darles su primitiva apariencia. El sitial, el lecho y el joyero, reconstruidos del modo en verdad sorprendente que muestran las fotografías adjuntas, han sido regalados por la Comisión al Museo Arqueológico de El Cairo, donde son admirados por los aficionados a los estudios de aquellos pretéritos tiempos.

D. R.



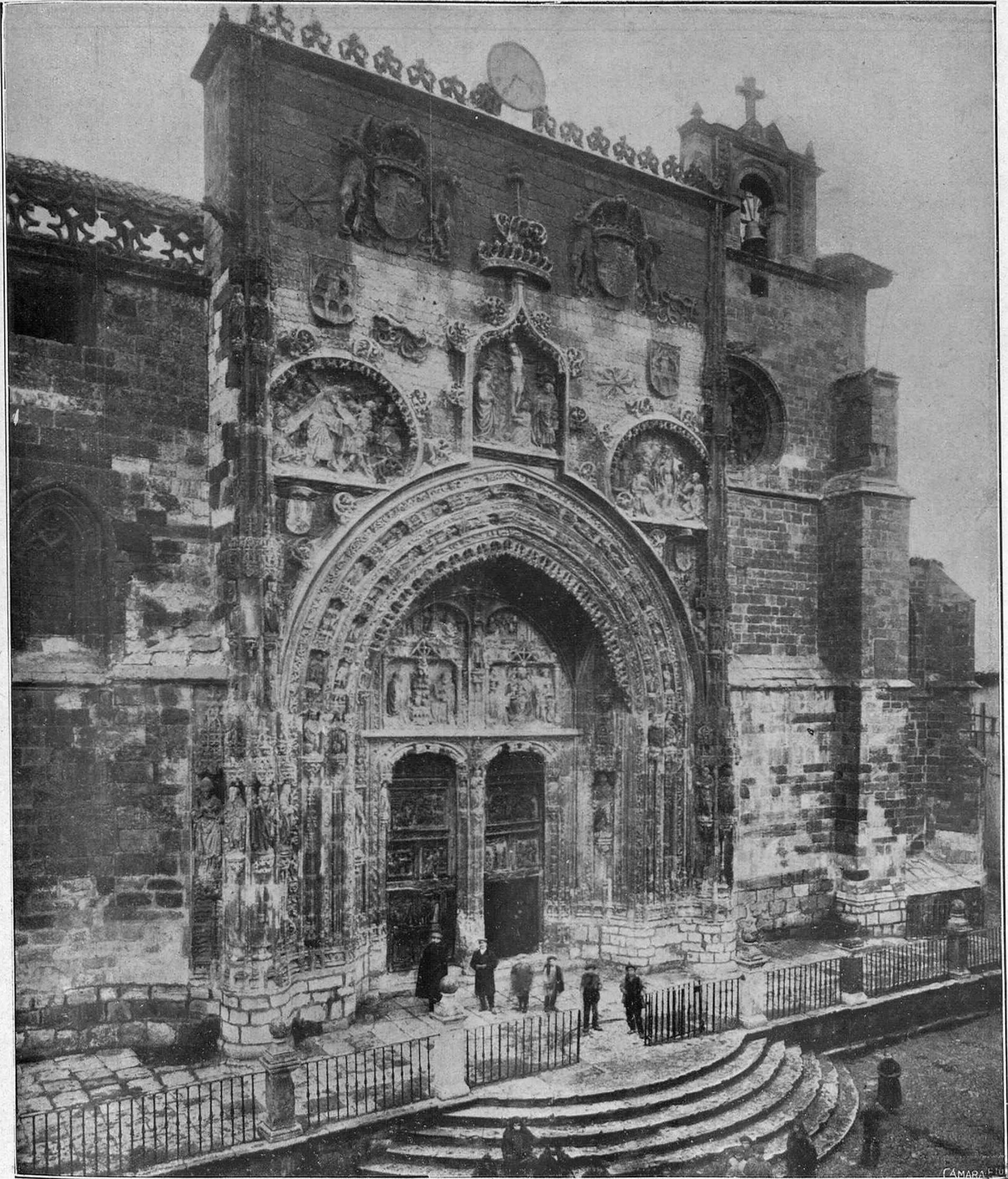
El joyero de la reina Hetep-heres

Huelga decir que los cinco mil años transcurridos desde el enterramiento de esta reina Hetep-heres, que da ahora noticia de su existencia a través de ese largo rosario de siglos, han influido terriblemente sobre los restos de su grandeza terrena. Montones de astillas roídas por la humedad y de fragmentos de incrustaciones de piedrecillas policromas, con algunas dispersas laminillas de oro, más hasta docena y media de anillos de plata, es todo lo que han respetado los gusanos, los agentes de destrucción naturales y las depredaciones repetidas que en tiempos lejanísimos pesaron sobre



Cómo apareció el tesoro de la reina Hetep-heres en la tumba de Gizeh

ESPAÑA MONUMENTAL



Puerta de la iglesia de Santa María de Arando (Burgos)

CÁMARA FOT.





Fachada norte de la Catedral de Ciudad Rodrigo

CASTILLA

En el claustro de la Catedral de Ciudad Rodrigo

Ciudad Rodrigo, bañado por el Agueda, en la frontera portuguesa. El alcázar de Enrique de Trastámara sobre el río, el torreón, la barbacana y las almenas. Y el puente levadizo de la puerta del Conde, y la casa señorial de los Salcedo junto á ella, y la iglesia románica de San Andrés, y las columnas romanas de la vieja *Miróbriga*, y la capilla plateresca de los Pacheco, que dieron nombre al marquesado de Cerralbo, y la Catedral, con el cimborrio, y la torre, y las cornisas, abollados por el cañón francés en los gloriosos sitios de la guerra de la Independencia.

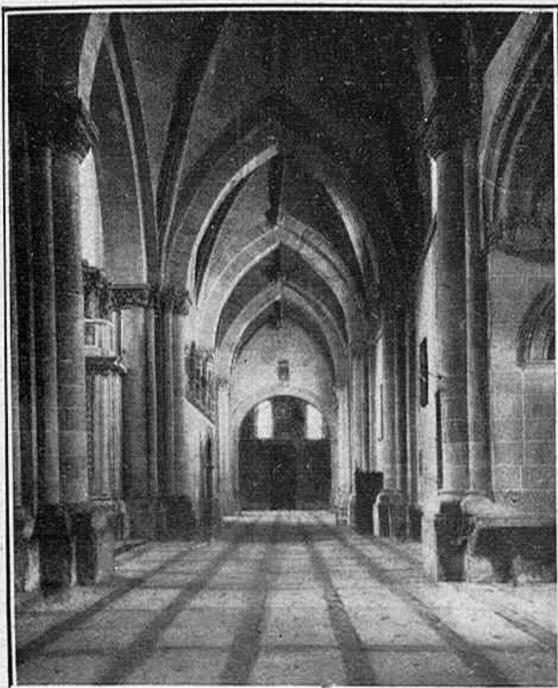
La Catedral... Y junto á ella, y adosado á ella, y arrimado á ella, el glorioso claustro. Por la nave norte de la basílica hemos venido, durante unas horas, á reposar en él. La arquitectura de los clunienses dejó bien marcada la huella de su decoro y de su gracia en estas piedras. Piedras viejas, piedras toscas, piedras venerables,



Ventana de la galería norte del claustro de la Catedral de Ciudad Rodrigo

su historia, un poco confusa de estilos y de épocas, desesperación de eruditos y de arqueólogos, nos dice menos á nosotros que el brocal del pozo capitular, y que los cipreses altivos y melancólicos del patio, y que los hierbajos caídos en el suelo, y que las ramas desgajadas de los arbolucos tiernos, recién plantados en este lindo camposanto de la iglesia mayor.

En estos cuatro lienzos del claustro, todos distintos, con sus cinco grandes ventanales cada uno, ocho, diez generaciones de artistas han ido labrando y dejando su propio espíritu en la talla y en el ornato de las piedras. Los arcos del poniente, adornados de tréboles de columnitas con capiteles románicos asentados en antepechos amplios, es seguramente coetáneo de la fundación de la Catedral. Concierta á maravilla con la portada de la Virgen, con la nave del Evangelio y hasta con aquella leyenda del obispo miróbricense que, por encomendarse á San

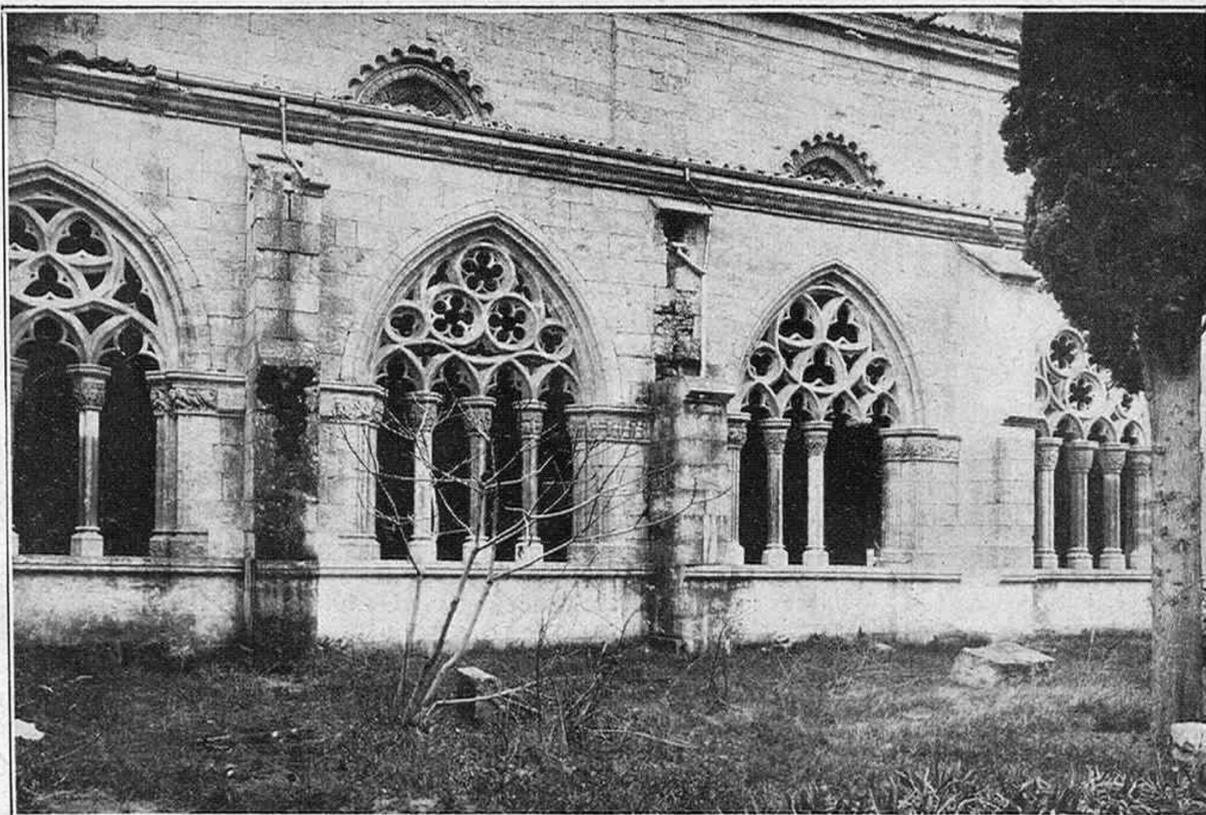


Nave del Evangelio de la Catedral

Francisco de Asís, su patrono, del que se dice que predicó en Ciudad Rodrigo, resucitó de entre los muertos, levantándose de su ataúd durante los funerales para hacer pública penitencia de sus pecados. El lienzo del mediodía, más arrimado a la basílica, de columnitas boceladas, de capiteles más finos y con estrellas bellamente recortadas entre sus encajes, responde mejor a la traza de los ricos ventanales que por él asoman.

Y la primera tumba, en el delicioso ángulo que forman los dos lienzos. Unas letras góticas, debajo de un calvario toscamente labrado, nos descubre el nombre del artista. No pide la leyenda recompensas, ni exhibe ante la posteridad el catálogo de glorias del muerto. *Aquí yace*—nos dicen estas letras—*Benito Sánchez, maestro que fué desta obra, e Dios le perdone, amén.*

En cambio, los otros dos lienzos del claustro de la Catedral mirobrigense ya caen dentro de la buena tradición gótica. Cada arco de estos dos lienzos aparece dividido en cuatro menores, con pilares sin capitel. Los calados ya no son tan graciosos ni sugestivos como los de sus hermanos mayores. Los botareles de crestería sirven de remate a los contrafuertes de fuera. Las bóvedas, de arcos cruzados, están recargadas de



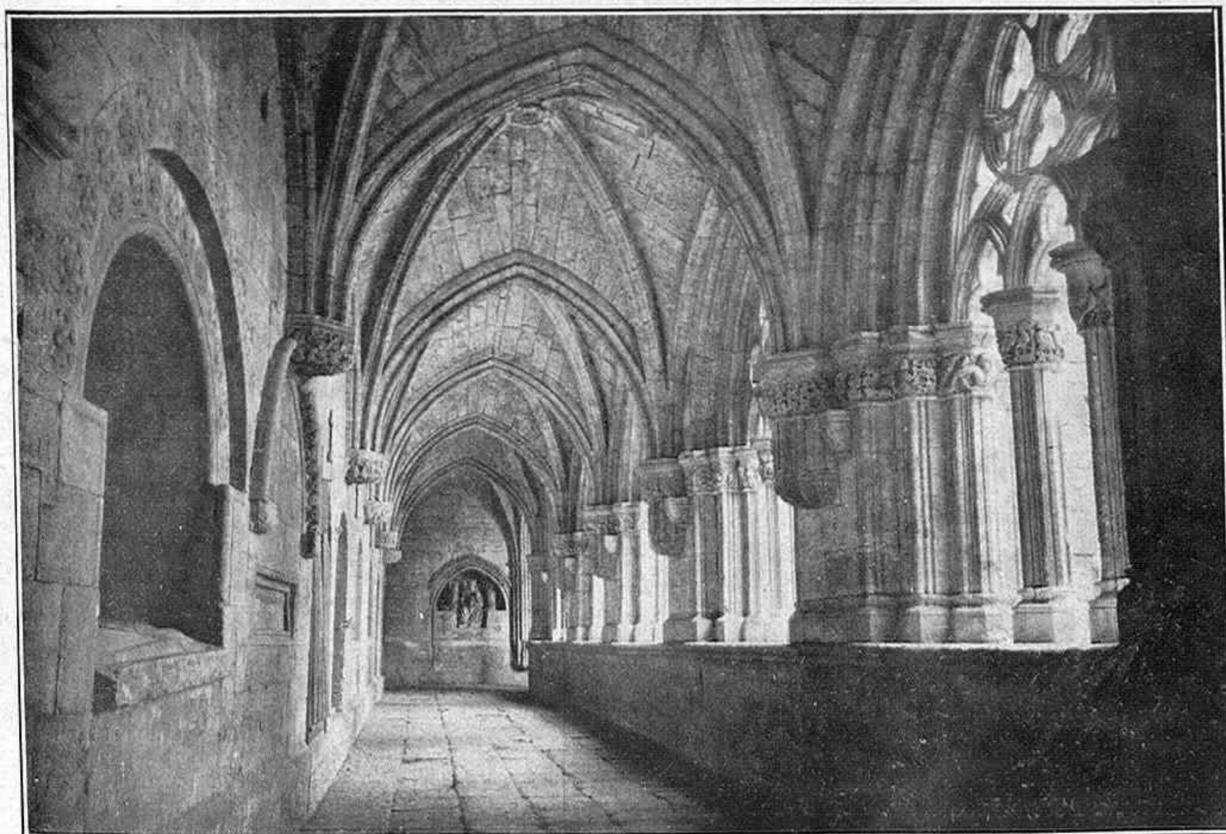
Ventanas ojivales del claustro. A la derecha, una presenta la particularidad de faltarle un capitel y su columna, sin duda por caer frente a la boca del pozo

detalles, despegándose de los mascarones que aparecen con profusión en la galería. Y nuevos nichos, generalmente vacíos. Y urnas. Y sepulcros. Dibujos bizantinos, follajes góticos, molduras renacentistas aparecen decorando estas tumbas abandonadas. Pedro Güemez, arquitecto de estos lienzos, ha dejado su efigie viril en un medalloncito sobre la puerta de salida. Lleva el compás del oficio en la diestra, y agrupa las letras de su nombre en una especie de corona que rodea su cabeza. El canónigo fabricante, don Juan de Villafañe, aparece junto a Güemez en esta soledad. Rompen también la sencillez de estos lienzos dos capillas. La de Bartolomé Sánchez de Arévalo muestra una Virgen del siglo XVII; para que se diga misa en ella, funda una capellanía con las rentas «del molino de Carbonero y heredades de Ivanrey». La otra, fundación de Fernando Ribera de Avila, exhibe, dentro de un nicho forrado de estrellas, otra Santa

María, carcomida y borrosa, bizantina, frente a la puerta de ingreso de la iglesia.

Pero el encanto mayor del claustro no puede adivinarse por esta riqueza ni por esta variedad decorativas, ni por estas capillas solitarias, ni por estas tumbas abandonadas. Estriba en la gracia de los cipreses, y en el color de la piedra, y en el silencio del patio, y en la majestad y el abandono del paraje. Nada turba el sosiego de este verdadero cementerio capitular. Juegan los gorriones en los ventanales; el aire abribeño meanea los arbolucos; los cipreses ponen su nota decorativa junto a los muros. Las campanas tañen a la oración, y por un momento las piedras parecen vibrar de angustia. Pero pronto se recobran de su turbación y tornan a arroparse en su silencio de siglos; silencio denso, silencio macizo, silencio que habla derechamente al corazón y le hace olvidarse de los afanes de cada día. El tiempo también se ha parado, asustado de su carrera, junto a estas galerías, y nos hace otear brevemente una noción remotísima de lo permanente y de lo eterno.

José SANCHEZ ROJAS



Nave del claustro



Un ángulo del claustro



UN NUEVO ASPECTO DE SUSANA LENGLEN

Del deporte á la alta costura

SUSANA Lenglen ha dado un buen ejemplo á las gentes que se aferran á sus posiciones, sin darse cuenta de que el tiempo pasa y las facultades se pierden; se ha convencido de que había pasado su hora deportiva, y cambiando de profesión, ha establecido una Casa de «alta costura» en el barrio de la Opera,

es decir, en el corazón de la alta modistería francesa.

Susana no ha renunciado, naturalmente, á jugar al *tennis*: jugará aún; pero no en grandes *competitions*, sino más plenamente deportiva: jugará, por jugar; no para ganar campeonatos, como se jugaba al *tennis*, al *foot-ball* y aun á la



Susana Lenglen, al retirarse del «tennis»



mismísima pelota vasca, antes de que hubiera profesionales del deporte: como si esas dos palabras no estuviesen un poco reñidas.

En realidad, si hemos de creerla, Susana Lenglen va á las modas como á un nuevo deporte; no por industrialismo burgués, sino por distracción, por su propio placer. Es muy posible, sin embargo, que sus parroquianas no lo crean cuando vean las facturas firmadas por la gran *tennista*.

Aun piensa continuar ligada al deporte por otra razón: se especializa en *toilettes* deportivas y se propone idear, componer y croquizar especialmente trajes para deportes: trajes de *tennis*—que, naturalmente, dejarán las piernas completamente libres—, trajes para «auto», para alpinismo, para todo lo que sea vida al aire libre.

El solo propósito de esa especialización ha producido ya una idea original, que dará un matiz especial á la labor de Susana: su salón de prueba no será un salón y menos aún el salón un poco teatral de las otras grandes modistas francesas; los maniqués de Susana, al presentar sus modelos, y sus clientes al estilizarlos, los pondrán en su ambiente al aire libre, y el salón será un jardín, en que probablemente se fingirán también paisajes con diferentes características, para que sirvan mejor á los diversos géneros de deporte.

En ese ambiente, Susana conservará aún la movilidad, sin la cual no se concibe bien su posibilidad de vida. Gastón Leroux la llamó una vez «la diosa de los pies ligeros», y aunque no tanto como en los *courts*, podrá seguir siéndolo. Realmente, no se concibe bien á la famosa deportista, y más aun cuando todavía no es realmente vieja, en la quietud de una cojera, «tronando», como dicen en su tierra, á máxima altura.

En este avatar, la Lenglen, con todo el prestigio de su nombre y de su fama, seguirá ganando dinero, como en los últimos tiempos en que manejó la raqueta, y añadirá un nuevo título á los que la valieron su bien ganada popularidad.

Susana Lenglen presentará sus modelos y hará sus pruebas en pleno aire libre, en un jardín

Elegancias



EN mi última crónica os hablaba del esplendor y de los trajes de las grandes damas romanas, habiendo dejado intencionadamente, para un estudio más detenido, los peinados favoritos, la moda de las pelucas, los postizos y los instrumentos que empleaban para parecer más bellas aquellas coquetas, cantadas por Horacio, amadas de Ovidio y festejadas por Marcial.

Un ingenioso escritor de Roma había hecho el catálogo de esos instrumentos: «Estoy seguro —decía— de haber olvidado aún muchas cosas, cuyo olvido hará sonreír á todas las damas»: tijeras, navajas, pinzas, raspador, punzón; veinte

Las elegancias para la noche ofrecen los más variados y atractivos aspectos. He aquí, en primer lugar, un traje en «mouselina brochada» en oro y colores, de forma envolvente, en que los volantes marcan su tema gracioso y ondulado.

En el centro, el traje de «gross» rosa pálido riza sus vuelos en la falda bajo un ajustado cuerpecito sin mangas, cortado en costadillos, y sobre él un abrigo corto en terciopelo crespón coral rojo, de acuerdo con la boga, que requiere cortos los abrigos, sobre los largos trajes.

Y, por último, el terciopelo negro sigue la ruta de las sobrepuestas inserciones en forma; anchos volantes que trazan su tema favorecedor y de acuerdo con los últimos dictados de París.

cepillos para los dientes, las uñas y los cabellos; peines de diferentes formas; corchos quemados y preparados para ennegrecer las cejas; jabón, pastas y cosméticos; frascos de esencias; perfumes naturales y compuestos; extractos de olor, etcétera; *strigilles*, especie de pequeña raedera en marfil, para raspar y limpiar la piel al salir del baño; trenzas, pelucas, dientes falsos, ahuecador, piedra pómez para pulir el cuello, los brazos, las espaldas; pinturas rojas y blancas, pomadas suaves y astringentes; collares y pendientes; alfileres de mil formas variadas para el peinado; cadenas de oro; broches, pulseras, sortijas, camafeos, flores artificiales, coronas de piedras y

de perlas preciosas; mariposas, cigarras, moscas; mantas bordadas y franjeadas; chales brochados de oro y de plata; cinturones resplandecientes de pedrerías, las cintas, los velos y los zapatos.»

Las pelucas y los postizos son casi tan antiguos como el mundo. ¿Qué ciudad fué su cuna? Los historiadores no han sido afortunados en sus investigaciones, y nosotros no vamos á abrumarnos, como los cronologistas, con el peso de fechas históricas y cifras.

La peluca es hija de la coquetería; nació del deseo de gustar de las mujeres y de la invención de los hombres para ocultar sus defectos naturales.

Herederos de las artes, hijos de Egipto y de Fenicia, los griegos no podían dejar de ser excelentes peluqueros. Llamaban á la peluca «impostura». ¿Y qué es, en efecto, una peluca sino la oficiosa mentira de una cabellera artificial?

Las jóvenes atenienses preferían, entre las pelucas, las de trenzas rubias, que, replegadas bajo una redicilla transparente, medio se ocultaban para brillar más. Otras preferían reunir las trenzas sobre la coronilla, donde las sostenían las agujas de oro. La cabeza de esas agujas tenía la forma de cigarras, á las que sólo faltaba la voz, y que, en un balanceo perpetuo, parecían siempre dispuestas á volar.



Vestido en muselina de seda color índigo y abrigo de terciopelo en el mismo tono, con guarnición de armiño



Abrigo de terciopelo, con amplia guarnición de «astrakán»



Abrigo de terciopelo azul marino, con guarnición de «renard»

Es evidente que en Roma la moda de las pelucas se generalizó en los últimos tiempos de la república. Hacía falta—decía el abate Nadal—para el adorno de una cabeza romana, los despojos de una infinidad de otras cabezas.

Los cabellos flotaban sobre los hombros al capricho del viento, ó se enrollaban en bucles sobre un seno de alabastro. Unas veces los tejían en coronas y otras en moño alto, dejando á descubierto el marfil de un lindo cuello. Algunas pelucas se elevaban en pisos y formaban una especie de turbante á triple rollo; éste era el peinado favorito de las mujeres de talla pequeña.

Sobre las medallas de las emperadoras romanas veréis siempre una peluca distinta.

Había diferentes especies de pelucas para las diferentes horas del día: para visitas de etiqueta, para pascos y para espectáculos. En los primeros días de Enero, el regalo mejor recibido era una peluca.

De la historia de la peluca, y en su elogio, se han hecho tantos estudios y disertaciones, que es imposible resumirlos en una crónica. Continuaremos en el momento, quizá no lejano, en que el universo vuelva á estar poblado de cabezas con peluca, porque lo imponga la moda ó lo decrete el Duce.

BEATRIZ DE LEON

CÁMARA-FIU



Vestido de terciopelo negro, con caída al lado derecho



Vestido de novia, en «crêpe georgette» blanco bordado de plata y velo de tul y encaje. «Toilette» de la señorita María Josefa Serra el día de su boda con D. Agustín Vives, celebrada en el Santuario de Nuestra Señora de la Misericordia de Canet de Mar



Vestido de «crêpe marocain» azul marino, con cuello de encaje

EL negro es el tono imperante en los trajes de tarde. Son preferidos los conjuntos sobrios, aunque en algunos modelos se combina el negro diestramente con los colores más luminosos y particularmente con el blanco azulado y el marfil.

Se emplean todas las calidades, todos los crespones en sus múltiples y bellas diversidades, desde el de pesada caída al ligerísimo como una gasa sutil; el pañete, el jersey, el punto de seda ó de lana, el terciopelo, *tajfettas*, *glassé*, etcétera...

Acaso el más en boga es el pañete abrigado. El retorno de esta tela á la moda ha sido bien acogido por muchas mujeres, ya un poco hastiadas de los tejidos en uso; pero, no obstante, la mayoría sigue prefiriendo las telas de seda, aun cuando comprendan que en este tiempo invernal es más razonable un tejido más confortable.

Los trajes negros requieren, en general, una hechura complicada de vuelos amplios. Los volantes de forma, los efectos de bolero, las faldas acampanadas, los movimientos irregulares conseguidos á base de piezas superpuestas, los plegados y tablas profundas son elementos indispensables en los trajes de mucho vestir.

Los cuellos y puños de encaje siguen llevándose mucho, á pesar de que su uso se ha generalizado con exceso; pero siempre es un rico complemento de un vestido un cuello de Malinas, de Bruselas ó de Venecia.

Hay un modelo de *tajfetas* negro con carmesí



Fieltro marrón adornado con un cordón dorado (Modelo Betty Baras) (Fots. Hugelmann)

y mangas de encaje ocre, que es una verdadera maravilla.

Los adornos de piel se llevan mucho, sobre todo si son de *renard*, garras de *astrakan*, *karakul* ó nutria.

El armiño es la piel indicada para los trajes negros y, principalmente, para los de terciopelo ó de pana.

El encaje negro se emplea mucho como guarnición en las faldas; pero nunca dejando adivinar el escote ó los brazos, pues la moda comienza á ser más honesta.

Para ajustarse á la línea que los dibujantes crean ahora en sus diseños, es preciso volver al uso del corsé; las fajas que ahora se emplean no pueden dar al cuerpo la forma deseada y que requieren las prendas impecablemente ceñidas á la cintura y las caderas.

Respecto á las dimensiones de las faldas, los modistos quieren que éstas sean largas; pero las mujeres no están conformes, y lo más que conceden son cuatro ó cinco centímetros de aumento sobre las del pasado verano.

La lucha está entablada; pero, á juicio nuestro, los creadores de la moda habrán de desistir de su empeño, porque la falda corta tiene mucho arraigo; con ella se defiende la espiritualidad de la línea, la gracia, la comodidad y la juventud...

¿Y qué mujer se resigna, por un capricho vano, á perder estos cuatro inapreciables dones de seducción?

ANGELITA NARDI





Bellezas de la pantalla

CLARA BOW

«Star» indiscutible de la Paramount, es hoy una de las más admirables ingenuas del arte que fué mudo. Bella y luminosa, forzosamente fotogénica...

CÁMARA-FILM

DE SOCIEDAD

FIGURA DESTACADA

Los cronistas de sociedad solemos tener el capital defecto de ser excesivamente centralistas; reducimos nuestro círculo de acción á los salones de la Corte y hacemos mal. Hay en provincias muchas figuras aristocráticas cuyos nombres debieran figurar constantemente en las crónicas de alta sociedad.

Una de esas figuras destacadas es Antoñita Andrade Vanderwilde y Barrant, hija de los marqueses de Cartagena, nieta de los vizcondes de Barrant y por tanto hija de Blanquita Barrant, belleza celebradísima en la buena sociedad de Madrid y á que su matrimonio llevó á ser una de las más prestigiosas damas de la aristocracia de Andalucía.

Antoñita Andrade Vanderwilde, vive habitualmente en Granada, en un magnífico palacio muy próximo á la Alhambra, y puede decirse que en ella pasa más horas que en su propio hogar.

Admirable cicerone, nadie conoce como ella las viejas historias y las ardientes leyendas de aquellas estancias moriscas, que cuenta con singular encanto poético, como si la musa que inspiró á Zorrilla hubiese reencarnado en ella.

En primavera, los marqueses de Cartagena, con su encantadora hija, suelen vivir en su finca de San Juan, en Sanabria, provincia de Sevilla, y entonces Antoñita es una de las más bellas flores de la sociedad sevillana.



LA SEÑORITA ANTONIA ANDRADE VANDERWILDE Y BARRANT



La señorita María del Valle, hija de los marqueses de Montemorana, y D. Joaquín Fernández de Córdoba y Martel, que han contraído matrimonio recientemente en Córdoba (Fot. Montilla)

Antoñita Andrade se reveló como gran artista, al ser presentada en sociedad, interpretando admirablemente su papel en un auto sacramental representado por aristócratas sevillanos, dirigidos por la marquesa de Cartagena, en el palacio de Carlos V. de Granada.

BODA ARISTOCRÁTICA

En el palacio de los marqueses de Montemorana, en Córdoba, muy bellamente adornado para el caso, se ha celebrado el enlace de la hija de los señores de la casa, la encantadora María del Valle y Abarzuza, con el capitán de infantería Don Joaquín Fernández de Córdoba

y Martel, nieto del conde de Torres Cabrera y del Menado.

El oratorio, cubierto totalmente de flores blancísimas, tenía en su altar, bajo magnífico dosel formado por espléndido manto de corte azul orlado y bordado de plata, una artística imagen de la Purísima, en talla policromada del siglo XVI.

Apadrinaron á los felices novios, la madre de él, doña Fernanda Martel y Arteaga, viuda de Fernández de Córdoba, y el padre de la contratante, Excmo. Sr. D. José del Valle y de Burgos, marqués de Montemorana.

Un cortejo selectamente aristocrático deseó al nuevo matrimonio perdurable felicidad.



La Prensa y el extraordinario de La Esfera



GRACIAS A TODOS

NUESTRO número extraordinario nos ha valido el más preciado galardón: frases muy cordiales, que agradecemos también con máxima cordialidad, de todos los periódicos.

Recogemos á continuación algunas de esas alabanzas, no por lo que pueden envanecernos, aunque por venir de quien vienen sería lógica la vanidad, sino por cuanto nos obligan. El aprecio de nuestra labor, siempre encaminada al máximo prestigio de nuestra Prensa y de nuestra patria, nos hace cada vez más exigentes con nosotros mismos y más anhelosos de corresponder á la bondad de todos, depurando nuestra labor para hacerla merecedora de los elogios, que al ser para nuestra publicación, directamente lo son, por extensión, para la Prensa española.

Sean, pues, estas breves palabras de reconocimiento para todos, solamente el anuncio de que, con nuestra labor por venir, procuraremos demostrar activamente nuestra máxima gratitud.

•••••

A B C (29-12-1929):

«UN EXTRAORDINARIO DE LA ESFERA

Recibimos el espléndido número extraordinario que publica LA ESFERA con ocasión del Año Nuevo. Nunca con tantos motivos puede afirmarse que Prensa Gráfica ha hecho un alarde editorial, de que la Prensa toda puede justamente enorgullecerse. La reproducción en colores y en hucograbado de dibujos y cuadros de Bartolozzi, Ribas, Echea, Eduardo Chicharro, Romero de Torres, Hermoso, Ortíz Echagüe, Bacaristas, Federico Beltrán y de otros muchos pintores ilustres, es tan perfecta y constituye láminas tan artísticas, que ello sólo bas-

taria para justificar una alabanza calurosa si el esmero, la finura, el buen gusto moderno y la flexibilidad con que se halla todo el número gráfica y literariamente confeccionado, no hicieran á la Empresa editorial acreedora á una entusiasta felicitación. Firmas muy notables y consagradas dan al texto del número extraordinario de LA ESFERA un particular valor literario, tan relevante como el artístico.

Nos complacemos en felicitar efusivamente por este triunfo: á Francisco Verdugo, el ilustre director de Prensa Gráfica; á Ricardo Verdugo Landi, el gran artista, y á toda la Redacción de LA ESFERA, que tan brillante prueba nos ofrece del progreso del periodismo gráfico en España.»

El Liberal (29-12-1929):

«EL NÚMERO EXTRAORDINARIO DE LA ESFERA

No nos ha sorprendido este año el número extraordinario de LA ESFERA, porque ya en los anteriores hizo alarde de sus posibilidades en todos los órdenes, confeccionando números «Noel», que no ceden en nada á los de las ilustraciones de mayor fama mundial.

Dionisio Pérez dice muchas cosas bajo el epígrafe «El hombre de la calle ante la Sociedad de Naciones»; Ribas ha ilustrado un precioso cuento de José Francés, que lleva por título «Otra vez él»; la «Canción de vuelta», de Hernández-Catá, es admirable, y el cuadro *Andalucía*, de Eduardo Chicharro, fielmente reproducido, acredita la maestría de este pintor; pero en lo que hemos encontrado más emoción ha sido en la novela de aventuras, póstuma é inédita, de aquel malogrado escritor, recientemente perdido para las letras patrias. Nos referimos á «Pirula no tiene miedo», de Emiliano Ramírez Angel, especializado en la literatura para niños, tantas veces aplaudida por los mayores. Valdría la pena de editarla en volumen, y, desde

luego, creemos será recogida en las obras completas de este autor, que no deben quedar abandonadas como restos de edición. Las ilustraciones que lleva «Pirula no tiene miedo» no son inferiores al texto, y en los talleres de LA ESFERA no falta nada, á juzgar por la perfección alcanzada en la estampación tricolor, problema resuelto ya en este género de publicaciones; pero que no todos saben lo que cuesta resolverlo bien. El contraste de las ilustraciones á que nos referimos, con la reproducción de los cuadros *San Giorgio Maggiore* y *Hacia las estrellas*, de Federico Beltrán, basta por sí solo para acreditar lo que decimos.

Con dibujos de Bartolozzi, Jurado de la Parra firma el poema que lleva por título «El ópalo de los Médicos»; Montero Alonso, con Serny, «Año nuevo, vida de siempre»; Goy de Silva, «El fénix de la vida», y otra vez lo inédito y póstumo con el cuento «Libertad», ilustrado por Ribas, de la condesa de Pardo Bazán.

Nuestros genios literarios son tan inagotables que merecen, después de consagrados por lo que publicaron, otra segunda consagración por lo que dejaron inédito; un grabado en madera, original de Manuel Benet, «Interior de la mezquita de Córdoba», negro betún, y en la página siguiente «Mocita sevillana», de Alfonso Grosso, al que sólo puede hacerle sombra el abanico que lleva en la mano la mocita en cuestión, y luego las páginas estupendas de «La ruta de España», con vistas de Segovia, Avila, Sigüenza, Ciudad Real, Arenas de San Pedro, Vigo, Santiago de Compostela y, sobre todo, «Uno de los patios del Alcázar» (Sevilla), foto de Zubillaga, que está pidiendo un cuadro; como «El Tajo de Ronda», foto de Vernacci; y «Las cascadas del monasterio de Piedra», en Aragón, foto Cortés, y el templo de la Sagrada Familia, en Barcelona, foto Marín, y muchas más ilustrando el texto de Santiago Herrera. ¡Vaya turismo!

La mujer de hoy, de Romero de Torres, es, tal vez, la reproducción menos lograda, al menos

en el número que tenemos delante; pero para sí la quisieran otros.

Vuelven los grabados de madera, para ilustrar con ellos «Seis cuentos populares en Checoslovaquia», y luego «La Quica», de Eugenio Hermoso. Páginas de batalla. La vida intensa de los sitios reales. *El caballero sonriente*, de Frans Hals, conservado en la colección Wallace, de Londres, y mil cosas más, tan dignas de mención como las ya mencionadas, y un tesoro en anuncios, presentados con buen gusto y exquisito esmero.

Felicitemos por todo ello á la Empresa de LA ESFERA, y muy especialmente á su director, D. Francisco Verdugo, que goza hoy la íntima satisfacción de haber hecho de esta revista una de las mejores ilustraciones de Europa.»

La Libertad (29-12-1929):

«UN NÚMERO EXTRAORDINARIO DE LA ESFERA

Hemos recibido el número extraordinario que publica LA ESFERA con motivo de fin de año. En este magnífico cuaderno se publican originales de Dionisio Pérez, Montero Alonso, Jurado de la Parra, la Pardo Bazán—con un cuento inédito—, «Alejandro Miquis», Díaz de Escovar, Gómez de la Mata, Hernández-Catá, Ramírez-Angel, Bartolozzi, Ribas Cherif, Máximo Ramos, Tejada, Robledano, y reproducciones de obras de Romero de Torres, Hermoso, Ortiz Echagüe, Bacaristas, Federico Beltrán, LaViada...

Merece destacarse de este número la deliciosa novela corta de aventuras, para niños, de Emiliano Ramírez-Angel, obra inédita y póstuma, que es una pequeña obra maestra por la finura y pulcritud de su estilo y la riqueza de su fantasía. Lleva numerosas ilustraciones de Máximo Ramos. El lápiz de poeta del ilustrador logra en ese cuento infantil estampas preciosas, tanto por la belleza de sus concepciones como por la calidad artística con que están realizadas.

Es un número de lujo, de verdadero buen gusto, éste de LA ESFERA, y aunque Prensa Gráfica nos tiene acostumbrados á tales demostraciones artísticas, debemos consignar que esta vez se ha superado á sí misma.

Felicitemos á nuestros compañeros de LA ESFERA por su noble esfuerzo, cuyo resultado honra altamente á nuestra Prensa. Este número de LA ESFERA puede competir con las mejores revistas extranjeras de su clase.»]

La Época (31-12-1929):

«UN EXTRAORDINARIO DE LA ESFERA

La gran revista semanal LA ESFERA acaba de publicar un número extraordinario de primero de año, que constituye un verdadero alarde de lujosa presentación gráfica y de buen gusto. Con este número, LA ESFERA demuestra una vez más cómo puede situarse al lado de las mejores revistas de su género de todo el mundo y es un ejemplo, nuevamente puesto de manifiesto, de los grandes adelantos experimentados por la Prensa y las artes gráficas españolas en estos últimos años.

Una de las revistas que, precisamente, más han contribuido al progreso de nuestras publicaciones gráficas, ha sido LA ESFERA. Por ello cuida siempre la prestigiosa y excelente revista, no sólo de mantenerse de continuo á la altura de su propia tradición, sino de superarse é introducir mejoras y adelantos que la hacen una revista de intensa vitalidad é interés nunca decaído. Buena prueba de esto es el extraordinario de primero de año que motiva estas líneas.

Contiene dicho extraordinario numerosos originales—literarios y artísticos—verdaderamente notables, y constituye un álbum precioso. Bajo una bella cubierta á todo color, de Bartolozzi, encontrará el lector originales de Dionisio Pérez, José Francés, Hernández Catá, Ramírez Angel, la condesa de Pardo Bazán, Montero Alonso, Goy de Silva, Alejandro Miquis, etc.; junto á ellos, artísticas ilustraciones de Ribas,

Echea, Máximo Ramos, Serny, Beuet, Tejada, Robledano, etc. Y, sobre todo, unas preciosas reproducciones á todo color y fuera de texto, de cuadros de los ilustres artistas Eduardo Chicharro, Romero de Torres, Eugenio Hermoso, Ortiz Echagüe, Bacaristas y Federico Beltrán.

Felicitemos á LA ESFERA por su número extraordinario, que honra á la Prensa gráfica española.»

El Sol (29-12-1929):

«UN NÚMERO EXTRAORDINARIO DE LA ESFERA

Con motivo del primero de año, LA ESFERA ha publicado un número extraordinario que, sin exageración alguna, puede calificarse de notabilísimo.

Forman este número 132 páginas de literatura y grabados soberbios: cuentos, poesías, dibujos de los más afamados dibujantes, reproducción de cuadros de los más ilustres pintores; magníficas páginas en negro, en rotograbado, en bicolor y á todo color.

Es un alarde que honra á la Prensa española y que difícilmente podría ser superado. Este número de LA ESFERA puede colocarse junto á sus similares del Extranjero en brillante comparación.

Felicitemos cordialmente al colega.»

La Voz (28-12-1929):

«EL EXTRAORDINARIO DE LA ESFERA

Hemos recibido el extraordinario de fin de año de la gran revista española LA ESFERA.

Es una verdadera preciosidad. Planas en color con cuadros originales de famosos pintores, magníficas ilustraciones en rotograbado, centenarios de fotografías espléndidas con reproducciones de obras de arte y bellos paisajes, dibujos lindísimos de gran modernidad, novelas cortas, cuentos, poesías y crónicas de lo más selecto de la intelectualidad hispana, un cuento inédito de la insigne escritora, cuya pérdida lloran todavía las letras patrias, doña Emilia Pardo Bazán; secciones especiales y otros muchos atractivos avaloran este riquísimo número, del que debe sentirse orgullosa Prensa Gráfica.

A esta Empresa y al director de LA ESFERA, P. Francisco Verdugo, enviamos nuestra felicitación entusiasta.»

La Nación (30-12-1929):

«UN NÚMERO EXTRAORDINARIO DE LA ESFERA

Deliberadamente empleamos el artículo indeterminado. No queremos decir que nos referimos al número extraordinario que acaba de publicar LA ESFERA con motivo del Año Nuevo—aunque, efectivamente, á él nos referimos—. Queremos decir, y decimos, que ese número es algo extraordinario, inusitado, esplendoroso, magnífico.

Y nuestro elogio es reflexivo, que conste. En dos sentidos: que no es impremeditado, y que se refleja en nosotros mismos. Es un elogio intransitivo, porque lo es patriótico, porque todos debemos enorgullecernos de que nuestras artes gráficas hayan alcanzado un tan alto grado de perfección.

Cierto también que no debíamos asombrarnos. El solo hecho de saber que ha salido de la Dirección, Redacción y talleres de Prensa Gráfica, debiera curarnos de todo gesto de estupefacción.

Nuestra más cordial y sincera enhorabuena á D. Francisco Verdugo y á D. Mariano Zabala, director y gerente de aquella entidad. Cada uno contribuye en su campo—aquí cabría el cortés y decoroso retruécano de decir en su ESFERA—al prestigio de España ante el Extranjero.

Y ese número no sólo puede ir, sino que debe ir, debe llegar sin vacilación, á los centros más cultos del mundo entero.»

Heraldo de Madrid (31-12-1929):

LA ESFERA PUBLICA UN MAGNÍFICO EXTRAORDINARIO DE AÑO NUEVO

Lo que parecía ya imposible en los diez y siete años de su espléndida vida, lo ha conseguido ahora la gran revista semanal LA ESFERA, exponente el más alto de Prensa Gráfica y orgullo legítimo de toda la Prensa española: batir su propio *récord* en el tradicional número extraordinario de Año Nuevo.

Más de cien páginas de lectura y más de treinta planas de anuncio—todo ello impreso con exquisito esmero—dan fe de la gran vitalidad de LA ESFERA y justifican lo extraordinario del número que tenemos á la vista. El texto, con ser inferior á la parte gráfica, reúne en un haz de excelencias á los más asiduos colaboradores de esta ilustración mundial: destaca, entre todos los trabajos, la novela de aventuras «Pirula no tiene miedo», obra póstuma del inolvidable Emiliano Ramírez Angel, en la que luce con limpidez de estilo, deliciosa, el fino talento y la poderosa imaginación de aquel escritor, malgrado en plena madurez.

Para decirlo en una frase, LA ESFERA ha superado su propia marca, en un extraordinario de Año Nuevo, del que el ilustre director de la gran revista, Francisco Verdugo, puede sentirse legítimamente orgulloso.»

El Imparcial (1-1-1930):

«UN VERDADERO ALARDE.—EL EXTRAORDINARIO DE LA ESFERA

Si Prensa Gráfica no nos tuviera acostumbrados á sus frecuentes é insuperables aciertos, este extraordinario de LA ESFERA, la acreditada y prestigiosa revista, hubiera sido una sorpresa para nosotros.

Las artes gráficas han llegado en España á un punto de depuración y perfeccionamiento que ya no admite comparaciones con las más prósperas del Extranjero. El número de LA ESFERA lo demuestra.

Más de cien páginas de lectura, ilustrada con profusión de magníficos grabados, confeccionadas con exquisito gusto, revelan el esplendor de esta revista inimitable, á la cual el mejor elogio que puede tributarse es el decir que corresponde al gran favor que el público no le ha escatimado nunca.»

Informaciones (30-12-1929):

«TRIUNFO DE LA PRENSA ESPAÑOLA.—NÚMEROS EXTRAORDINARIOS DE LA ESFERA Y DE «A B C»

Con motivo de la festividad de Año Nuevo, LA ESFERA ha publicado un número extraordinario notabilísimo, que constituye un alarde editorial y patentiza el depurado gusto de los elementos directores de la prestigiosa ilustración.

La parte artística es insuperable, pues en la reproducción de colores y huecograbado de dibujos y cuadros de muchos ilustres artistas, llega LA ESFERA á un verdadero primor. Trabajos literarios debidos á firmas de gran prestigio avaloran el número de LA ESFERA.

También es otro triunfo de la Prensa española el número que ha publicado ayer el diario *A B C*, que contiene una interesantísima serie de artículos de renombrados colaboradores y redactores del gran diario de la mañana, comentando los acontecimientos de la vida española en el año 1929, y un resumen gráfico de sugestivo poder evocador. Todo el número de *A B C* es, por su texto y la esmerada y pulcra confección, un acierto indiscutible.

Estos números extraordinarios de *A B C* y LA ESFERA son un motivo de orgullo para la Prensa española. Nosotros felicitamos efusivamente por sus aciertos al marqués de Luca de Tena y al señor Verdugo Landi, directores, respectivamente, de *A B C* y LA ESFERA, y á los redactores y colaboradores de las dos publicaciones.»

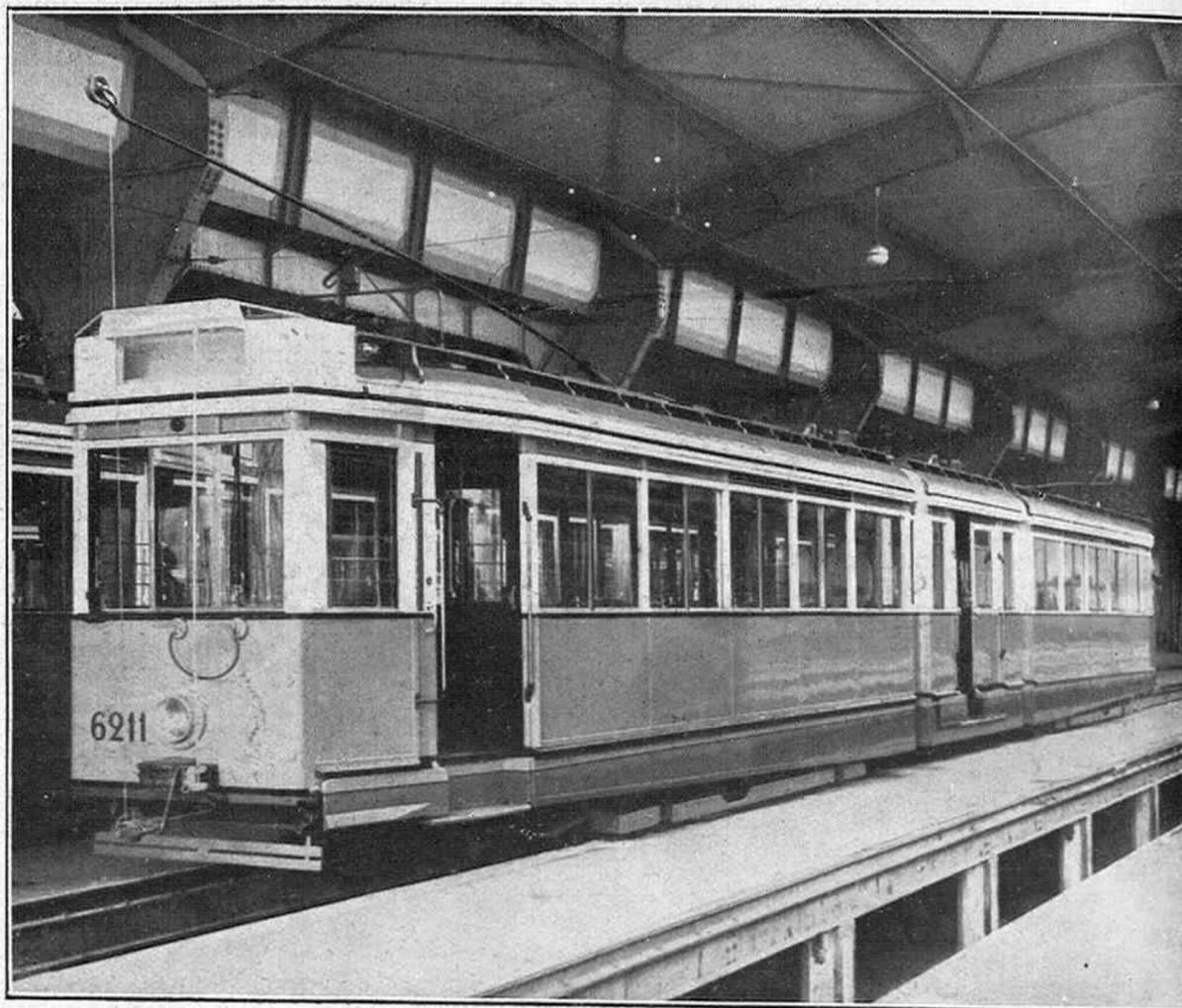
EL NÚMERO - ALMANAQUE DE «BLANCO Y NEGRO»

LA gran revista «Blanco y Negro», tan fuertemente arraigada en el fervor de nuestro público, ha publicado este año un número extraordinario verdaderamente notable, tanto por la importancia de su texto literario y artístico como por la gran belleza de su presentación.

Inicia el número un almanaque para 1930, hecho sobre dibujos muy acertados de Ferrer. Entre el contenido literario figuran cuatro admirables novelas cortas de Fernández-Flórez, García Sanchíz, Ricardo León y Gómez de la Serna, ilustradas por Barbero, Peragos, Bartolozzi y Climent; y poesías clásicas, relativas a los meses del año, de Gonzalo de Berceo, Juan del Encina, Lope de Vega, Francisco de Rioja, Rojas Zorrilla, Fray Ambrosio de Montesino, Lista, Zorrilla, Piferrer y Bretón de los Herreros.

Tanto el espíritu del número como su realización material están perfectamente conseguidos en este extraordinario de «Blanco y Negro», que es no sólo un nuevo triunfo de Prensa Española, sino un alarde editorial que debe enorgullecer a toda la Prensa de nuestro país. La magnificencia de sus páginas, tiradas en negro, en huecograbado y en color, prueban cumplidamente la perfección material a que llegan ya en España los procedimientos de impresión, más bellos y más admirables, cuando como en este caso, están puestos al servicio de una inteligencia amplia, de una sensibilidad moderna y de un instinto verdaderamente periodístico.

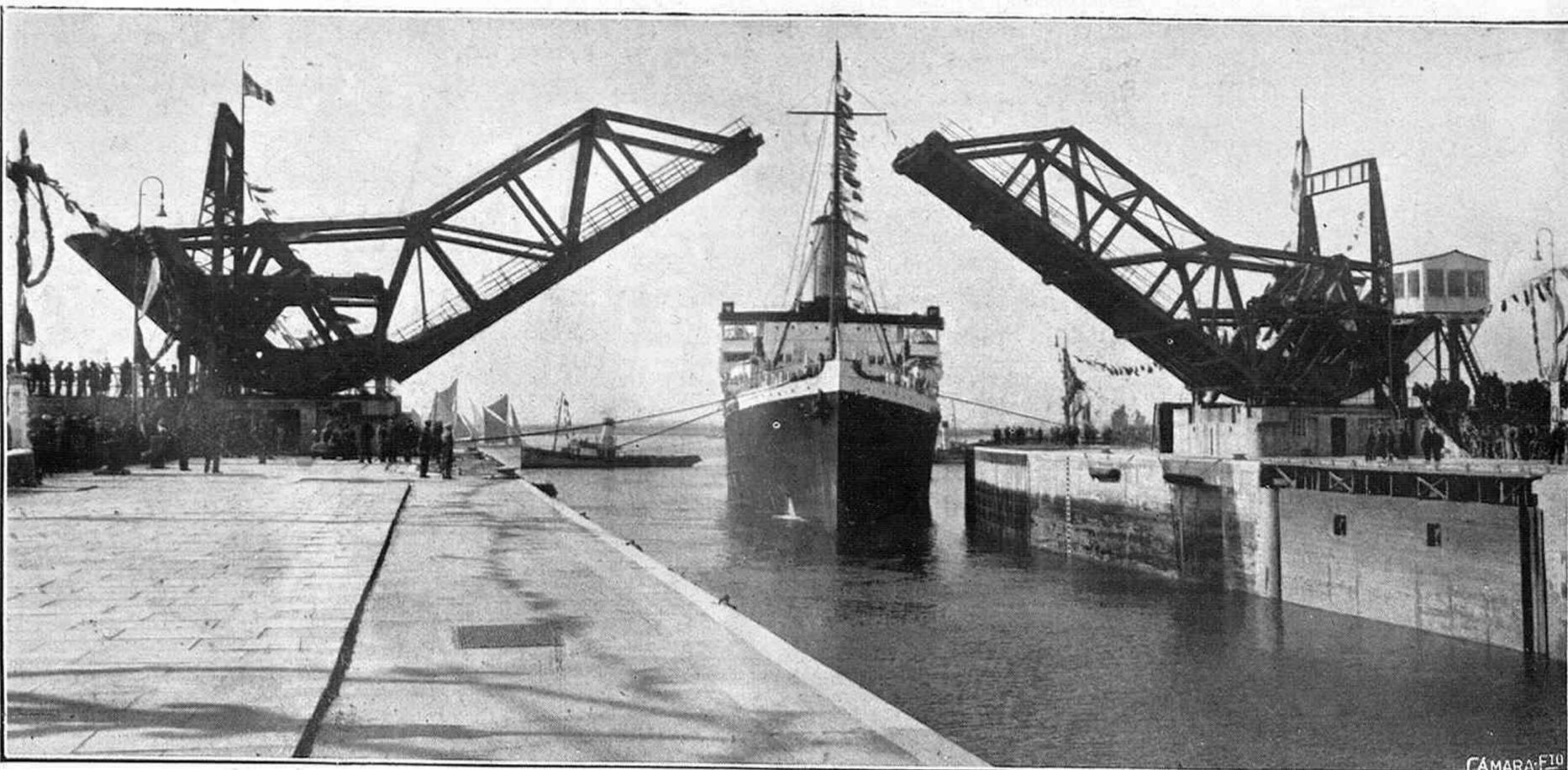
A Juan Ignacio Luca de Tena, á cuantos con él han trabajado en la preparación de este extraordinario, nos complacemos en felicitar cordialísimamente por el acierto total de este número, y por lo que él representa en la historia de «Blanco y Negro» y de toda la Prensa de España.



Los tranvías Pullmann, en Berlín

blicamos. Con capacidad para cerca de 200 pasajeros y elegantemente dispuestos, dan la impresión completa de uno de los lujosos vagones que circulan en las grandes líneas europeas y americanas.

Como saben todos cuantos hayan visitado Berlín, es frecuente, sobre todo á ciertas horas del día en que aumenta en enormes proporciones el movimiento de viajeros, que los coches de tranvía lleven remolque. Este anticuado y peligroso sistema acaba de ser sustituido por los tranvías Pullmann, cuya fotografía pu-

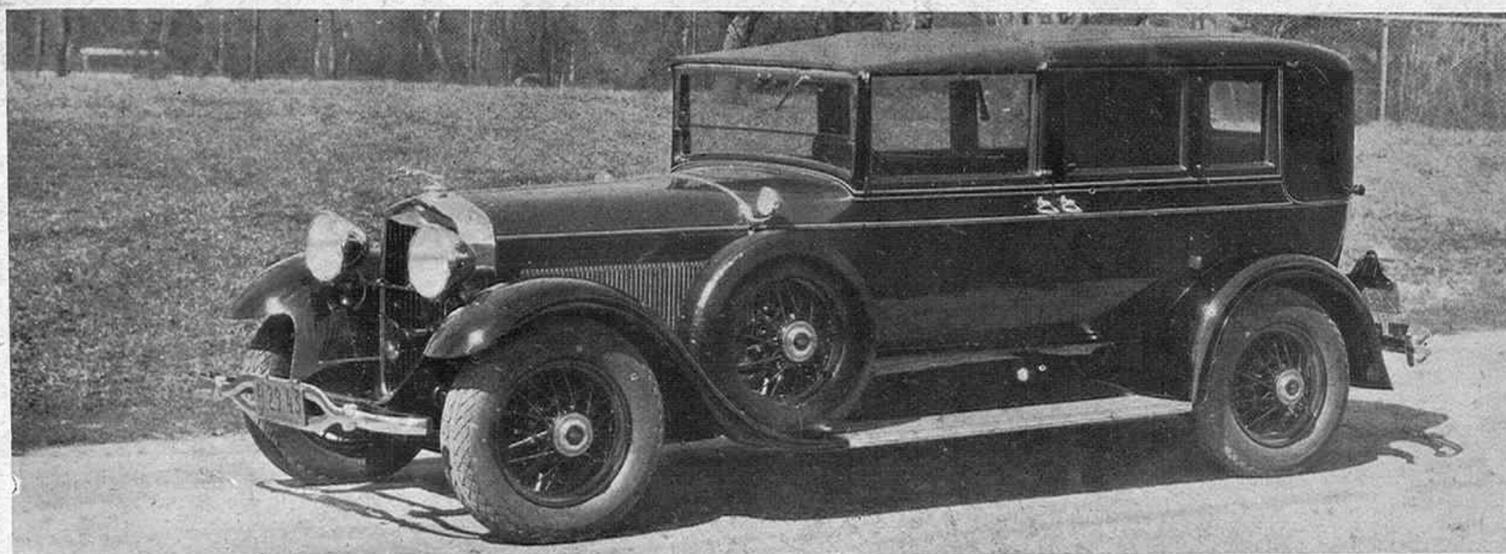


Las mejoras del puerto de Londres

Desde hace muchos años, y en vista del enorme incremento del tráfico marítimo en el puerto de Londres, viene realizándose en el mismo un vasto plan de obras de ampliación y mejora que le permita competir con los de Liverpool y Southampton. Una parte importante de dichos trabajos, el dique seco y desembarcadero de Tilbury, fué inaugurada solemnemente el 26 de Septiembre último. Mide el desembarcadero flotante 400 metros de longitud, hallándose sostenido por 63 pontones. En cuanto al dique seco, sus dimensiones son tales que podrán entrar en él los barcos de mayor calado: La longitud de éste es de 340 metros; su anchura, de 40, y su profundidad de 15 en las pleamares. El coste total de estas obras ha sido de 2.550.000 libras. En la fotografía que acompaña puede verse el trasatlántico *Orosia* entrando en el dique de Tilbury, el día de la inauguración.

CÁMARA F10

LINCOLN



Brougham por Brunn

EL número de coches Lincoln fabricados no llega nunca a igualar la demanda. Su construcción no puede confiarse a un obrero cualquiera. Son tales las exigencias, la precisión y el cuidado con que deben fabricarse sus piezas que únicamente pueden confiarse a los obreros más hábiles y de más larga experiencia. Sólo así es posible que la perfección de su trabajo esté en armonía con el ideal de calidad suprema que sus productores han querido siempre que el Lincoln encarnara.

Y en cuanto a las carrocerías, la combinación de colores, la calidad de los materiales empleados, el cuidado en los detalles, el confort obtenido, forman un conjunto que da un carácter propio e inconfundible a cada coche.

Entre todos los automóviles, el Lincoln resalta como el coche de gran lujo y calidad suprema. Por esto la posesión de un Lincoln es el sello de la opulencia y la distinción.

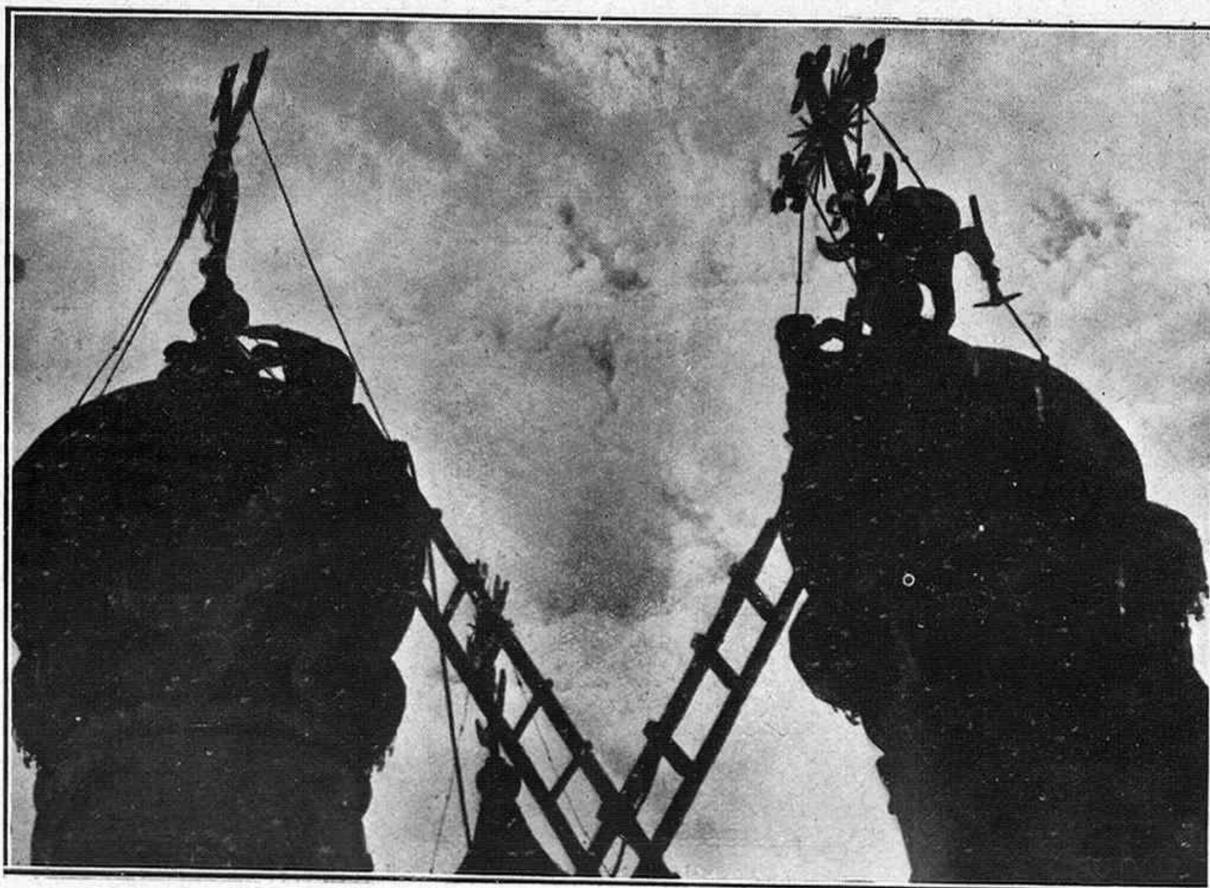
LINCOLN

División de la Ford Motor Ibérica
BARCELONA

Ford

Coches Camiones
Fordson
Tractores

La lucha contra las religiones en Rusia



HE ahí una fotografía impresionante. A poco que se esfuerce la imaginación podría evocarse el cuadro espeluznante de una fiesta sabática, donde bajo la complacida mirada de Satán, brujas y diablos, durante una noche tormentosa, destruyen los sagrados símbolos del Cristianismo erigidos sobre las cúpulas de los templos. Es ello en realidad algo muy semejante: el cumplimiento de un decreto del gobierno de Moscú, que, desde hace pocos meses, viene recrudeciendo su campaña contra las religiones, sobre todo contra la cristiana. Dispone dicho decreto que en el plazo de un mes desaparezcan de todos los palacios y templos ortodoxos existentes en el recinto del Kremlin las cruces que los coronaban, y que á juicio de los sucesores de Lenin simbolizan no sólo la tiranía zaresca sino la permanencia de un ideario opuesto al ateísmo del Estado comunista.

Libros nuevos

Hemos recibido un curioso é interesante folleto, *Los conventos de Ayllón*, por D. Pelayo Artigas y Corominas, C. de las Reales Academias de la Historia y de la de San Fernando.

—*Las dictaduras y el señor Cambó*, por «El Capitán Centellas».

Editorial Rubén Darío.—Madrid.

Libro de política, dedicado á fustigar las teorías sostenidas por Cambó en su obra «Las Dictaduras», á la par que se hace una apología de la Dictadura española.

—*Mirador*. (Las letras y el arte contemporáneos: 1924-1929), por D. Angel Dotor y Mucio.

He aquí un interesante volumen de crítica, en el que el ilustre colaborador de nuestras Revistas, dedica á estudiar la vida y la obra de aquellos hombres que con luz propia han brillado en el cielo de las letras y el arte contemporáneo, escrito con el estilo preciso, claro y castizo que es la característica de su autor.

—*La raza sufrida* (Novela americana), por Carlos B. Quiroga.

Buenos Aires, 1929.

Fábrica ESCOSURA. Arenal, 21
Artículos de piel y de viaje. Siempre
:: novedades en bolsos de señora ::
Especialidad en bolsos cocodrilo

Una curiosa novedad radiotelefónica



No transcurre una semana sin que las revistas dedicadas á radiotelefonía, registren alguna novedad de interés para los aficionados. La más reciente es la presentada por una casa constructora inglesa, y á la que se refiere la adjunta ilustración. Trátase de un reloj que es al mismo tiempo aparato receptor de ondas y que funciona de un modo enteramente automático. Situada una aguja en la hora á que comienza determinada transmisión, al sonar aquélla, el mecanismo de relojería hace mecánicamente las mismas operaciones que pudiera realizar el auditor, quien sin la más leve molestia oye con toda claridad la transmisión deseada.

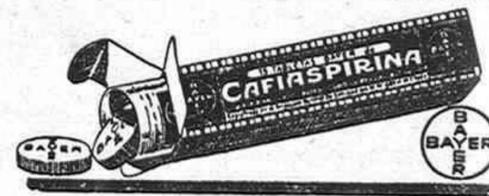


¡Qué martilleo tan atroz, qué do'or tan cruel! Se nos nublan los ojos y encontramos la vida amarga, difícil, insoportable; pero no hay que desesperar ni dejarnos llevar por el tormento que nos ocasiona esta tremenda jaqueca. Seamos más prudentes y escojamos el medicamento que no sólo nos libraré de estos sufrimientos, sino de los dolores de muelas, de cabeza, de oídos, de las neuralgias y de los dolores producidos por las molestias periódicas de las señoras. Esto lo conseguiremos con la

CAFIASPIRINA

Levanta las fuerzas, despeja el cerebro y no ataca el corazón ni los riñones.

Desconfiad de las tabletas sueltas.



Hemos recibido la Guía descriptiva de los Caminos de Hierro del Norte de España, para el invierno de 1929-30, ilustrada con gran número de grabados y mapas, y que es absolutamente indispensable para el viajero.

He aquí un resumen general de las materias que contiene:

Indices alfabéticos de horarios y descripciones.

Índice alfabético de balnearios

Tabla de tarifas.

Tarifas internacionales.

Índice de itinerarios.

Itinerarios descriptivos.

Reseña de balnearios.

Noticias generales.

Seguro obligatorio.

Exposiciones.

Alrededores de Madrid.

Datos generales relativos á billetes reducidos, sencillos y de ida y vuelta, carruajes de lujo, billetes kilométricos, tarjetas de abono, viajes circulares y tarifas internacionales.

Marcha de trenes.

Sección de anuncios generales.

Índice de anunciantes.

Hállase de venta en los despachos centrales y bibliotecas de las estaciones de la Compañía y en las principales librerías de Madrid y provincias.

En el extranjero: en la «Librería Hachette», de París, y otros departamentos, y en San Juan de Luz, en la «Librería Etrangere», de don José González.

BARCELONA - MAJESTIC HOTEL.
PASEO DE GRACIA. Primer orden.
200 habitaciones. 150 baños. Orquesta.
Precios moderados. El más concurrido.

*Toda persona de buen gusto debe
comprar el número extraordinario*

de

La Esfera

EL ÉXITO EDITORIAL DEL AÑO
ARTE - BELLEZA - LUJO
132 PÁGINAS - 3 PESETAS EL EJEMPLAR

LA MAYOR MAQUINA DE ESCRIBIR

ENTRE las muchas curiosidades que presenta al público la Exposición de objetos de escritorio que se verifica actualmente en Londres, atrae la atención de los visitantes la máquina de escribir para estados reproducida en la adjunta fotografía. Está considerada como la mayor del mundo hasta ahora construída, lo que no es obstáculo á su fácil manejo, no inferior al de una máquina ordinaria, y á la perfección del trabajo ejecutado. De la magnitud del aparato puede tenerse una idea comparándola con la pequeña máquina portátil que aparece junto á ella en el soporte.



LÁMARA-FID.

NUEVO PALACIO DE LA CINEMATOGRAFIA

GRAN CINEMA EUROPA

EMPLAZADO en la calle de Bravo Murillo, arteria principal de la populosa barriada de Cuatro Caminos, se yergue, severo y sencillo, arrogante y moderno, el soberbio edificio del Gran Cinema Europa, verdadero modelo de buena construcción é indiscutible acierto arquitectónico.

Esta obra de carácter monumental fué creada por iniciativa de don Francisco de la Vega, don Manuel Vicente, don Enrique Gutiérrez y don Antonio Pinillos, cuatro hombres de espíritu activo, geniales y emprendedores, que conocen á maravilla el secreto de los grandes negocios. Y un buen día, á sabiendas de la necesidad que tenía la barriada de Cuatro Caminos de un cine moderno, amplio y confortable, se constituyeron en Empresa, compraron el solar y encargaron la ejecución de su proyecto á un técnico: don Luis Gutiérrez Soto, arquitecto de grande y merecido renombre. De las manos hábiles del señor Gutiérrez, de su talento creador, surgió el Gran Cinema Europa, tal como hoy aparece, con su fachada severa y magnífica, con su altura de gigante, con sus dependencias interiores, sabiamente acondicionadas y repartidas, y un sin fin de detalles de confort y modernidad que dicen mucho en favor de nuestra pujanza constructiva.

Por ello hemos de consignar, ante todo, nuestra admiración y nuestras alabanzas para don Luis Gutiérrez Soto, el ilustre arquitecto que ha concebido el maravilloso edificio que hoy se alza con arrogante majestad, embelleciendo de manera fastuosa el lugar donde está enclavado.

Consta el inmueble de cuatro plantas y la azotea, teniendo por base un solar cuya superficie es de 17.000 pies cuadrados, además de los 42.000 que se han destinado para jardín y cine de verano.

En el local, entre su planta baja y dos anfiteatros, se puede dar cabida cómodamente á 2.500 espectadores, habiendo seguido, para la disposición de sus líneas, el gusto y la técnica de las modernas salas de espectáculos.

La ornamentación de la sala, de estilo modernísimo, es sugestiva, realzando su valor artístico la pintura, dada en sus delicadas tonalidades con un gusto y un acierto de conjunto exquisito. Las huellas que ha dejado el pincel en este trabajo acusa la intervención de un temperamento de artista consumado: don Agustín Espí, afamado pintor, Princesa, 26, que ha sabido interpretar fielmente las instrucciones dadas por el arquitecto director de la obra. Su trabajo, todo por igual artístico y concienzudo, es perfecto, triunfando muy particularmente en la parte del techo,



Gran Cinema Europa.—Fachada principal

(Fot. Alfonso)

donde hace una renovación de la pintura moderna admirablemente acabada en detalles y colorido. El alumbrado espléndido del local contribuye poderosamente á dar presencia á los lujosos aparatos allí instalados por la casa Terán y Aguilar, S. A., Zurbano, 65, tan especializada en estos trabajos de arte; todos ellos de estilo modernista, de cristal y bronce cromado, inoxidable, son un dechado de originalidad y buen gusto.

En construcciones de esta naturaleza no podía estar ausente una firma de positivo valor: La Nueva Sociedad General de Construcciones, Plaza de Oriente, 2. A ella, por su gran pericia, por su historia profesional, por sus conocimientos práctico-teóricos, había que encomendarla la cimentación y estructura del hormigón armado del edificio, ya que en distintas ocasiones ha sabido probar su competencia en estos trabajos, realizados con gran éxito, anteriormente,

Cinema Europa, donde tan admirablemente han sabido imprimir el espíritu artístico-técnico del autor del proyecto, ejecutando un trabajo que, por estar á salvo de todo mercantilismo, ha de ofrecer un resultado positivo y perfecto. Aparte de estos méritos tan encomiables se hace acreedora á un nuevo elogio la Nueva Sociedad General de Construcciones, por la actividad que ha desplegado en la realización de un trabajo de tanta responsabilidad é importancia como es el que ha tenido á su cargo en esta empresa.

Conociendo estos detalles, el público acudirá sin recelo á ver el espectáculo.

En el Cinema Europa no se corre riesgo alguno, ya que garantizada la solidez de su construcción, el local por otra parte reúne condiciones para ser desalojado, en cualquier caso, en dos minutos. La alarma por siniestro tampoco debe preocuparnos en el Cinema Europa. Este

se contrarresta rápidamente merced á una práctica y completa instalación que ha ejecutado el competente fontanero don Luis de Granda, Zurbano, 18. Acciona ésta por medio de un sistema de bocas de riego, distribuidas y condicionadas tan hábilmente que en breves minutos puede quedar el edificio á salvo de todo riesgo. Además, para caso de incendio en el palco escénico pudimos admirar un originalísimo y práctico sistema de lluvia que baña por completo el escenario, dejando caer agua en cantidad suficiente y á discreción hasta sofocar el incendio. Esta instalación, que es de sencillísimo funcionamiento, se puede accionar desde el patio de butacas.

El señor Granda, tan conocido de todos como elemento principalísimo en el ramo de la construcción, ha realizado también, en este mismo edificio, el abastecimiento de agua de todo el Cine á base de unos



Gran Cinema Europa.—Detalle de la sala y anfiteatros. Las butacas, cómodas y fuertes, han sido instaladas por «Sillerías Segura», S. A.

(Fot. Alfonso)